

Las moradas

*o Castillo
interior*



Santa Teresa de Jesús

Las moradas (o Castillo interior)

Tratado escrito por
Teresa de Jesús,
Monja de Nuestra Señora del Carmen,
a sus hermanas e hijas
las Monjas Carmelitas Descalzas

Versión resumida y adaptada
al lenguaje moderno
por Alberto Zuñiga Croxatto

ÍNDICE

ÍNDICE.....	3
PRÓLOGO.....	8
MORADAS PRIMERAS.....	9
CAPÍTULO 1.....	9
LA HERMOSURA Y DIGNIDAD DE NUESTRAS ALMAS. LO PROVECHOSO QUE ES RECONOCER LOS BENEFICIOS QUE RECIBIMOS DE DIOS. LA PUERTA DE ESTE CASTILLO ES LA ORACIÓN.....	9
CAPÍTULO 2.....	11
LA FEALDAD DEL ALMA QUE ESTÁ EN PECADO MORTAL. SOBRE EL PROPIO CONOCIMIENTO.....	11
MORADAS SEGUNDAS.....	18
CAPÍTULO ÚNICO.....	18
LO MUCHO QUE IMPORTA PERSEVERAR PARA LLEGAR A LAS ÚLTIMAS MORADAS. LA GUERRA QUE CAUSA EL DEMONIO. CUÁNTO CONVIENE NO EQUIVOCARSE DE CAMINO DESDE EL PRINCIPIO.	18
MORADAS TERCERAS.....	23
CAPÍTULO 1.....	23
POCA SEGURIDAD TENEMOS MIENTRAS VIVAMOS EN ESTE DESTIERRO AUNQUE ESTEMOS ADELANTADOS EN LA VIDA ESPIRITUAL. CÓMO CONVIENE ANDAR CON TEMOR.....	23
CAPÍTULO 2.....	26
LAS SEQUEDADES EN LA ORACIÓN. CÓMO PRUEBA EL SEÑOR A LOS QUE ESTÁN EN ESTAS MORADAS.....	26

MORADAS CUARTAS.....	31
CAPÍTULO 1.....	31
LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE LOS CONTENIDOS QUE TENEMOS EN LA ORACIÓN (LAS SATISFACCIONES QUE ADQUIRIMOS POR LA MEDITACIÓN O LA SÚPLICA) Y LOS GUSTOS EN LA ORACIÓN (LAS EXPERIENCIAS INFUSAS O MÍSTICAS QUE DIOS NOS CONCEDE). LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE EL PENSAMIENTO O LA IMAGINACIÓN Y EL ENTENDIMIENTO.....	31
CAPÍTULO 2.....	35
EN QUÉ CONSISTEN LOS GUSTOS DE DIOS Y CÓMO SE HAN DE ALCANZAR NO PROCURÁNDOLOS.	35
CAPÍTULO 3.....	37
LA ORACIÓN DE RECOGIMIENTO QUE SUELE ANTECEDER A LA ORACIÓN DE QUIETUD.....	37
MORADAS QUINTAS.....	42
CAPÍTULO 1.....	42
LA ORACIÓN DE UNIÓN DEL ALMA CON DIOS. EN QUÉ SE CONOCERÁ QUE NO HAY ENGAÑO.....	42
CAPÍTULO 2.....	45
DECLARA CON UNA COMPARACIÓN QUÉ ES LA ORACIÓN DE UNIÓN.....	45
CAPÍTULO 3.....	49
LA UNIÓN DE VOLUNTADES: OTRA FORMA DE UNIÓN QUE PUEDE ALCANZAR EL ALMA CON EL FAVOR DE DIOS, Y CUÁNTO IMPORTA PARA ESTO EL AMOR DEL PRÓJIMO.....	49
CAPÍTULO 4.....	53

LO MUCHO QUE IMPORTA ANDAR VIGILANTES, PUES EL DEMONIO SE AFANA POR HACERNOS TORNAR ATRÁS EN LO COMENZADO.	53
MORADAS SEXTAS.....	57
CAPÍTULO 1.....	57
CUANDO COMIENZA EL SEÑOR A HACER MAYORES MERCEDES AL ALMA, LE ENVÍA TAMBIÉN MAYORES TRABAJO.	57
CAPÍTULO 2.....	62
ALGUNAS MANERAS CON QUE DESPIERTA EL SEÑOR AL ALMA.....	62
CAPÍTULO 3.....	65
OTRA MANERA CON QUE DIOS HABLA AL ALMA. CÓMO HAY QUE CONDUCIRSE EN ESTO Y NO GUIARSE POR EL PROPIO PARECER. ALGUNAS SEÑALES PARA CONOCER CUÁNDO ES ENGAÑO O NO.....	65
CAPÍTULO 4.....	70
EL ARROBAMIENTO, ÉXTASIS O RAPTO. CÓMO SE PRECISA GRAN ÁNIMO PARA RECIBIR TAN GRAN MERCED.....	70
CAPÍTULO 5.....	74
LA FORMA CON QUE DIOS EN EL ÉXTASIS LEVANTA AL ALMA CON UN VUELO DEL ESPÍRITU.	74
CAPÍTULO 6.....	77
EFFECTOS EN EL ALMA QUE DEJA EL ARROBAMIENTO. CÓMO SE ENTENDERÁ SI ES VERDADERO O ENGAÑO. OTRA FORMA DE ORAR QUE DA EL SEÑOR AL ALMA PARA QUE LE ALABE.	77
CAPÍTULO 7.....	80

EL DOLOR QUE SIENTEN DE SUS PECADOS LAS ALMAS A QUIEN DIOS HACE TAN GRANDES MERCEDES. EL GRAN ERROR QUE HAY EN NO EJERCITARSE EN TRAER PRESENTE LA HUMANIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, SU PASIÓN Y VIDA, Y A SU GLORIOSA MADRE Y A LOS SANTOS.	80
CAPÍTULO 8.....	85
DE CÓMO DIOS SE COMUNICA AL ALMA EN LA VISIÓN INTELECTUAL. LOS EFECTOS QUE PRODUCE CUANDO ES VERDADERA.	85
CAPÍTULO 9.....	88
DE CÓMO SE COMUNICA EL SEÑOR AL ALMA POR LA VISIÓN IMAGINARIA. GUÁRDATE MUCHO DE DESEAR IR POR ESTE CAMINO.....	88
CAPÍTULO 10.....	92
OTRAS MERCEDES QUE DIOS HACE AL ALMA, Y EL GRAN PROVECHO QUE DEJAN.....	92
CAPÍTULO 11.....	95
ALGUNOS DESEOS TAN GRANDES E IMPETUOSOS QUE PONE DIOS EN EL ALMA DE GOZARLE, QUE HACEN PELIGRAR LA VIDA.....	95
MORADAS SÉPTIMAS.....	98
CAPÍTULO 1.....	98
LAS GRANDES MERCEDES QUE HACE DIOS A LAS ALMAS QUE HAN ENTRADO EN LAS SÉPTIMAS MORADAS.....	98
CAPÍTULO 2.....	101
LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE LA UNIÓN ESPIRITUAL Y EL MATRIMONIO ESPIRITUAL. CÓMO MUERE AQUÍ LA MARIPOSILLA.....	101
CAPÍTULO 3.....	105

LOS GRANDES EFECTOS QUE PRODUCE EL MATRIMONIO ESPIRITUAL: OLVIDO DE SÍ; DESEO DE PADECER; GRAN GOZO INTERIOR; GRAN DESEO DE SERVIRLE Y NO DE MORIR; DESASIMIENTO DE TODO; Y NO TEMER LAS ARGUCIAS DEL DEMONIO.....	105
CAPÍTULO 4.....	109
LO QUE PRETENDE NUESTRO SEÑOR AL HACER TAN GRANDES MERCEDES AL ALMA. CÓMO ES NECESARIO QUE ANDEN JUNTAS MARTA Y MARÍA.	109

PRÓLOGO

JHS.

Pocas cosas me han mandado por obediencia, me han resultado más dificultosas, que escribir sobre la oración. Lo primero, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo; lo segundo, por tener la cabeza desde hace tres meses tan cansada y con tanto ruido, que aun las cartas que tengo que escribir por obligación, las escribo a disgusto. Pero pienso que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles, y aunque el natural parece que se aflige mucho, porque no me ha dado el Señor tanta virtud, mi voluntad está muy determinada a hacerlo muy de buena gana.

Y así comienzo a cumplirlo hoy, día de la Santísima Trinidad, 2 de junio de 1577, en este monasterio San José del Carmen, en Toledo, sujetándome en todo lo que diga al parecer de quien me lo manda escribir. Si alguna cosa que diga no es conforme a la doctrina de la santa Iglesia Católica Romana, será por ignorancia y no por malicia.

Me dijo el que me lo mando escribir, que como algunas monjas tienen necesidad de que se les explique algunas dudas que tienen sobre la oración, que le parecía bueno que yo tratará de resolvérselas, pues me harán más caso por el amor que me tienen. Harta merced me hará Nuestro Señor si a alguna de ellas pueda aprovechar en algo con lo que diga, para que pueda alabar al Señor un poquito más. Bien sabe Dios que no pretendo otra cosa, y está claro que cuando atine a decir algo bien, que sepan que no procede de mí, pues no hay razón para ello, porque no tengo ni entendimiento ni habilidad para hablar de cosas semejantes si el Señor, por su misericordia, no me asiste.

MORADAS PRIMERAS

Contiene dos capítulos

CAPÍTULO 1

La hermosura y dignidad de nuestras almas. Lo provechoso que es reconocer los beneficios que recibimos de Dios. La puerta de este castillo es la oración.

Estando suplicando hoy a Nuestro Señor que hable por mí, porque yo no atino a saber qué decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, he entendido que nuestra alma es como un castillo de cristal, donde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que no otra cosa es el alma del justo sino un paraíso donde Él tiene sus delicias. Y de ahí que no halle otra cosa con que mejor comparar la gran hermosura del alma, donde un Rey tan poderoso, sabio y rico se deleita. Él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza. Si esto es así, muy grande debe ser la dignidad y hermosura del alma, a pesar de la enorme distancia que hay entre Creador y su criatura.

No deja de ser triste, sin embargo, que por nuestra culpa no nos entendamos a nosotras mismas, ni sepamos quiénes somos. Si le preguntasen a una persona cómo se llama y no supiese decir su nombre, ni quienes son sus padres, ni dónde ha nacido, ¿no nos parecería descabellado y enorme ignorancia? Pues si esto lo tendríamos por gran desatino, sin comparación es mayor la ignorancia que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que tan solo sabemos groseramente que tenemos un cuerpo y un alma. Y si pocas veces consideramos los bienes que puede haber en esta alma, o quién está dentro de ella, apenas pondremos empeño en conservar su hermosura. Todo se nos va en cuidar el cuerpo, la cerca de este castillo.

Pues pensemos que este castillo tiene muchas moradas [o habitaciones], unas en lo alto, otras en lo bajo, otras a los lados, y en el centro la más principal, donde pasan las cosas más íntimas entre Dios y el alma. Por esta imagen quisiera daros a entender los beneficios que Dios quiere hacer en las almas, y las diferencias que hay entre ellas. Que así como nos hace bien meditar sobre el cielo y lo que gozan los bienaventurados, también nos hará bien saber que en este destierro Dios quiere comunicarse con unos gusanos como nosotros, y que experimentemos su bondad y su misericordia sin tasa.

¿Cómo se entra a este hermoso castillo? Pareciera que digo un disparate, porque si este castillo es el alma, claro está que no hay para qué entrar, como parecería disparate decir a uno que entrase en una habitación, estando ya dentro. Mas entended que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que están en la ronda del castillo, que es dónde están los que la guardan, y que no tienen interés por entrar dentro, ni saben qué hay en aquel precioso lugar, ni quién está dentro, ni qué piezas tiene. Ya habréis leído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí; pues esto mismo quiero yo decir.

Alguien me dijo que el alma que no ora es como un cuerpo paralítico o tullido, que aunque tiene pies y manos, no los puede mandar, y así es en verdad: que hay almas tan enfermas y tan habituadas a estar en las cosas exteriores, incapaces de entrar dentro de sí, que parece que no tienen remedio. Porque ya la costumbre las tiene de tal manera, que por haber siempre tratado con las alimañas y bestias que están en la muralla del castillo, que ya casi se han hecho como ellas; y a pesar de tener una naturaleza tan rica y la posibilidad de conversar no menos que con Dios, no tienen arreglo. Y si estas almas no procuran entender y remediar esta gran miseria, acabarán como estatuas de sal, por no volver la cabeza hacia sí, como quedó la mujer de Lot por mirar hacia atrás.

Porque, según entiendo, la puerta para entrar a este castillo es la oración; no importa tanto que sea mental o vocal, con tal que haya oración verdadera, es decir, que el

alma considere qué está haciendo. Porque el alma que al orar no se da cuenta de con quién está hablando, ni qué es lo que pide, ni a quién está pidiendo, ni cuál es su indignidad al pedir, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios.

No estoy hablando aquí de las almas tullidas que nunca oran, las que están en gran peligro de acabar mal, a no ser que venga el mismo Señor a mandarlas que se levanten, como le ocurrió al que llevaba treinta y ocho años en la piscina. Hablo de las almas que con gran dificultad entran en el castillo; las que están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos y de tarde en tarde se encomiendan a Nuestro Señor, y consideran quiénes son, aunque no con mucho detenimiento. Envueltas en muchos quehaceres, intentan desprenderse de ellos y profundizar en el propio conocimiento, y por eso rezan de vez en cuando, viendo que no van bien, para atinar a dar con la puerta. Pero como el pensamiento lo tienen casi de ordinario en estos quehaceres, y como donde está su tesoro allá va su corazón, al fin, entran en las primeras piezas del castillo, pero meten con ellas tantas sabandijas, que no pueden ver la hermosura del castillo, ni sosegarse; harto de todas maneras hacen con haber entrado.

CAPÍTULO 2

La fealdad del alma que está en pecado mortal. Sobre el propio conocimiento.

Antes que pase adelante, me gustaría que consideraseis qué le ocurre a este castillo tan resplandeciente y hermoso, a esta perla oriental, a este árbol plantado en las mismas aguas de la vida, en el mismo Dios, cuando cae en un pecado mortal. No hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que ésta. A pesar de estar el mismo sol todavía en el centro de su alma, el que le daba tanto resplandor y hermosura, es como si allí no estuviese para beneficiarse de Él. A esta alma ninguna cosa le aprovecha, y de aquí viene que todas las buenas obras que haga,

estando así en pecado mortal, de nada le sirven para alcanzar la gloria; porque no proceden de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud. Por haberse apartado de Él, no puede ser agradable a sus ojos, ya que la intención de quien comete un pecado mortal no es contentarle, sino agradar al demonio, y como éste es como las mismas tinieblas, así queda la pobre alma hecha una misma tiniebla.

Yo sé de una persona a quien quiso Nuestro Señor mostrar cómo queda el alma cuando peca mortalmente. Dice esta persona que si las demás lo entendiesen, que no les sería posible pecar, aunque tuviesen que padecer los mayores trabajos por huir de las ocasiones. Y así, deben, hijas, rogar mucho a Dios por los que están en este estado, todos sumergidos en oscuridad, como lo son sus obras. Así como de una fuente muy clara lo son todos los arroyicos que salen de ella, así está el alma en gracia con todas sus obras, tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres. Porque estas obras proceden de esta fuente de vida, que es la gracia, donde como un árbol está el alma plantado en ella. No tendría frescura ni buen fruto si no estuviese sustentada en la gracia, sino que acabaría secándose. Por esto, el alma que por su culpa se aparta de esta fuente y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad.

Fijaos que la fuente y el resplandeciente sol que está en el centro del alma no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro de ella, y ninguna cosa puede quitar su hermosura. Mas si se cubre un cristal con un paño negro, indudablemente aunque el sol brille sobre él, de nada le sirve al cristal.

¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo! Tened lástima de vosotras. ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procuréis quitar este alquitrán del cristal? Mirad que si se os acaba la vida, jamás volveréis a gozar de esta luz. ¡Oh Jesús, cómo está el alma que se aparta de ti! ¡Cómo quedan los pobres aposentos del castillo! ¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en

ellos! Y las potencias, que son los alcaides y mayordomos, icon qué ceguedad, con qué mal gobierno! En fin, ¿qué fruto podrá dar el árbol que está plantado sobre el demonio?

Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal, que no hay cosa mientras vivimos que merezca este nombre de mal, sino éste, pues acarrea males eternos. Esto es, hijas, de lo que hemos de andar temerosas y lo que hemos de pedir a Dios en nuestras oraciones; porque, si Él no guarda la ciudad, en vano trabajaremos, pues somos la misma vanidad.

Decía esta persona que había sacado dos cosas del favor que Dios le hizo: la primera, un temor grande de ofenderle, y así siempre le andaba suplicando que no la dejase caer, viendo tan terribles daños; y la segunda, un aliciente para ser más humilde, al ver que cualquier cosa buena que hacemos, no viene su principio de nosotros, sino de esta fuente —la gracia— donde está plantado este árbol de nuestras almas, y de este sol que da calor a nuestras obras. Dice que se le reveló esto tan claro, que en cuanto hacía alguna cosa buena o la veía hacer, acudía a su principio y entendía cómo sin esta ayuda no podemos hacer nada; y de aquí le nacía ir luego a alabar a Dios y no acordarse de sí en cualquier cosa buena que hacía.

No sería tiempo perdido, hermanas, el que gastaseis en leer esto ni yo en escribirlo, si quedásemos con estas dos cosas. Ruego a su bondad nos dé gracia para ello.

Son tan oscuras de entender estas cosas interiores, que a quien tan poco sabe como yo, forzada tendrá que decir muchas cosas superfluas y aun desatinadas para decir alguna que acierte. Tened paciencia para leerlo, como yo la tengo para escribir lo que no sé; que, cierto, algunas veces tomo el papel como una boba, que ni sé qué decir ni cómo comenzar.

Pues retornemos ahora a nuestro castillo de muchas moradas. No habéis de entender estas moradas una en pos de otra, como si estuviesen en fila, sino considerad sobre todo la que está en el centro, que es la pieza o palacio en

donde está el rey, rodeada de todas las demás. Porque a todas las partes del alma irradia este sol del palacio. Por eso importa mucho a cualquiera que haga oración, poca o mucha, que no arrincone ni apriete a su alma. Déjela andar por estas moradas, arriba y abajo y a los lados, pues Dios la dio tan gran dignidad; no se afane en estar mucho tiempo en una sola pieza; por ejemplo, en la del propio conocimiento. Bien es verdad que esta pieza nos es muy necesaria para mantenernos humildes, que sin esto va todo perdido. Pero si una abeja labra en la colmena la miel, con todo no deja de salir a volar para traer el néctar de las flores; así el alma, a pesar de mantenerse en el propio conocimiento, debe volar algunas veces a considerar la grandeza y la majestad de Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma, y se verá más libre de las sabandijas que merodean por las primeras piezas (las del propio conocimiento); y creedme, que con la virtud de Dios obraremos mucho mejor que estando demasiado atadas a nuestra tierra.

No sé si me habrán entendido, porque es tan importante este conocimiento propio que no querría en esto hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues mientras estamos en esta tierra no hay cosa que más nos importe que la humildad. Y así torno a decir que es muy bueno y rebueno tratar de entrar primero en el aposento en donde se trata de esto, que volar a los demás; porque éste es el camino, y si podemos ir por lo seguro y llano, ¿para qué hemos de querer alas para volar? Pero jamás acabaremos de conocernos si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, apreciaremos nuestra bajeza; y mirando su limpieza, descubriremos nuestra suciedad; y considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes.

Hay dos ventajas en esto: la primera, que una cosa negra, parece mucho más negra, cuando se coloca junto a otra blanca; la segunda, porque nuestro entendimiento y voluntad se disponen mucho más para todo bien cuando el alma trata con Dios; pues, no salir nunca de nuestro cieno de miserias tiene grandes inconvenientes.

Así como decíamos de los que están en pecado mortal que muy negras y de mal olor son sus corrientes, así acá (aunque no son como aquéllas, Dios nos libre, que esto es una simple comparación), metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca la corriente saldrá de cieno de los temores, de la pusilanimidad y de la cobardía.

Pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí aprenderemos la verdadera humildad y ennobleceremos el entendimiento, quitando toda mezquindad y cobardía. Que aunque la morada del propio conocimiento sea muy rica y de gran precio, si no se libra el alma de las sabandijas que hay en ella, se quedará sin pasar adelante. Terribles son los ardides y artimañas del demonio para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos.

Satanás, tan malévolo siempre, debe tener en cada una de estas primeras moradas muchas legiones de demonios, para impedir que el alma no pase de unas a otras y, como la pobre alma no lo entiende, por mil maneras se engaña, lo que no puede tanto con las que están más cerca de donde está el rey. Como aún están fascinadas por el mundo y engolfadas en sus contentos, fácilmente se dejan vencer, aunque anden con deseos de no ofender a Dios, y hagan buenas obras. Las que se vean en este estado, que acudan a menudo, como puedan, a Su Majestad, que tomen a su bendita Madre por intercesora, y a los santos, para que ellos peleen por ellas.

Habéis de notar que a estas primeras moradas apenas llega la luz que sale del palacio donde está el Rey; porque, aunque no están tan oscurecidas y negras como cuando el alma está en pecado, lo están en alguna manera. Esto ocurre, no por culpa de la habitación, sino porque las malas culebras y víboras y cosas venenosas que entraron en ellas, les impide que vean la luz. Es como si uno entrase en una habitación donde entra mucho sol y llevase tanta tierra en los ojos que casi no los puede abrir. Clara está la pieza, mas él no la disfruta, porque se lo impiden esas fieras y bestias que le hacen cerrar los ojos, para que no vea sino a ellas. Así me parece debe estar el alma que, aunque no esté en pecado mortal, está tan metida en las cosas del

mundo y tan preocupada por las riquezas, por el prestigio o por los negocios que, aunque ciertamente querría ver y gozar de su hermosura, de hecho no puede, ni parece que puede librarse de tantos impedimentos.

Mucho conviene, para poder entrar en las segundas moradas, intentar desembarazarse de las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado; que es cosa que importa tanto para llegar a la morada principal, que si no comienza a hacer esto lo tengo por imposible; y no dejará de estar en mucho peligro, aunque haya entrado en el castillo, porque es imposible que estando entre animales tan venenosos, que no le puedan morder en alguna ocasión.

Pues ¿qué pasaría, hijas, si a las que como nosotras ya están libres de estos tropiezos, pues ya hemos entrado a otras moradas más interiores, si por nuestra culpa tornásemos a salir a este bullicio? Mirad que en pocas moradas de este castillo dejan de combatir los demonios, por lo que no debemos descuidarnos para entender sus ardides y engaños, para que no nos engañe cuando se hace pasar por ángel de luz; que con muchas cosas nos puede hacer daño entrando muy poco a poco, hasta que nos ha causado gran daño sin advertirlo. Por eso, es necesario conocerle a los principios. Sobre esto quiero poner algunos ejemplos para que mejor lo entendáis.

En una hermana pone el demonio grandes ímpetus de penitencia, de tal forma que le parece no descansa sino cuando se está atormentando. Este principio bueno es; mas si la priora ha mandado que no hagan penitencias sin permiso, y a esta hermana le parece que en cosa tan buena bien se puede atrever, y a escondidas se da tal vida que viene a perder la salud y no hacer lo que manda su Regla, ya veis en qué paró este bien.

A otra le pone un gran celo de la perfección. Esto muy bueno es; mas podría surgir de aquí que cualquier faltita de otras hermanas le parezca una gran desobediencia, y de que esté pendiente de comprobar si las demás cumplen o no, llegando hasta no ver sus propias faltas por el gran celo que tiene de mirar por las demás. Lo que aquí pretende el

demonio es hacer mucho daño, enfriando la caridad y el amor de unas para con otras. Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardemos estos dos mandamientos, más perfectas seremos. Toda nuestra Regla y Constituciones no sirven de otra cosa sino de medios para guardar esto con más perfección. Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño; cada una se mire a sí misma.

Importa tanto este amor de unas para con las otras, que nunca querría que lo olvidaseis; porque andar vigilando minucias en las demás tal vez no será imperfección, pero como somos muy limitados en el conocer, quizá lo atribuyamos a la peor parte, perdiendo el alma la paz e incluso inquietando a las otras: mirad si costará caro la perfección.

También podría el demonio tentar de esta manera fijando la atención sobre la priora, y sería una tentación mucho más peligrosa. Para esto es menester mucha discreción; porque, si fuesen cosas que van contra la Regla y Constitución, no siempre habrá que disculparla, sino avisarla, y si no se enmendase, avisar al prelado. Esto es caridad. Y también habría que hacer lo mismo con las hermanas si fuese en alguna cosa grave. Dejar pasar todo por miedo significaría caer en la misma tentación. Mas es muy importante, para que no nos engañe el demonio, no hablarlo una con otra, que de aquí puede sacar el demonio gran ganancia y meter la costumbre de la murmuración; no lo hablemos sino con quien puede poner remedio, como tengo dicho. Aquí, gracias a Dios, no hay tantas ocasiones, por guardarse tan continuo silencio; pero debemos estar sobre aviso.

MORADAS SEGUNDAS

CAPÍTULO ÚNICO

Lo mucho que importa perseverar para llegar a las últimas moradas. La guerra que causa el demonio. Cuánto conviene no equivocarse de camino desde el principio.

Ahora hablaré de las almas que entran a las segundas moradas, aquellas que han comenzado a tener oración y han comprendido cuánto importa no quedarse en las primeras, pero que están todavía en gran peligro porque no están determinadas del todo a evitar las ocasiones que les hacen retroceder. Mucho les aprovecha al menos el que a veces procuran huir de las culebras y cosas venenosas, y comprenden lo bueno que sería si las dejasen. Estas almas tienen hartos más trabajo que las que permanecen en las primeras moradas, aunque no están en tanto peligro, porque ya empiezan a mejorar y es de esperar que entrarán más adentro, para estar más cerca de donde está su Majestad. Porque van entendiendo los llamamientos que el Señor les hace, aunque todavía permanecen en sus pasatiempos, contentos y preocupaciones mundanas, lo que les hace fácilmente tropezar y estar cayendo y levantándose de sus pecados. Con todo, desea mucho el Señor que le queramos y busquemos su compañía, y no nos dejará de llamar para que nos acerquemos a Él; y su voz es tan dulce que se deshace la pobre alma por no hacer luego lo que le manda; y así es más trabajo que si no la oyese. Pues las almas de las primeras moradas son como sordomudas, comparadas con las de la segundas, que están mudas únicamente.

Estas voces y llamamientos les llegan por los consejos que reciben de gente buena, por los sermones que escuchan, por los buenos libros que leen, por las enfermedades y trabajos que pasan, y por las verdades

que entienden en los ratos que dedican a la oración, aunque no sean muchos. Y así, no hay que tener en poco estos primeros favores, ni el alma debe desanimarse por no responder prontamente al Señor, que bien Su Majestad sabe esperar muchos días y años, sobre todo cuando ve perseverancia y buenos deseos. Esta perseverancia es lo más necesario, porque teniéndola jamás se deja de ganar mucho. Pero es terrible la guerra que de mil maneras dan aquí los demonios y la pena que le causan al alma, mucho mayor que en las primeras moradas. Porque, como hemos dicho, en estas primeras estaba muda y sorda, al menos oía muy poco y resistía menos, como quien tiene en parte perdida la esperanza de vencer; pero en las segundas moradas el entendimiento está más vivo, de forma que no puede el alma dejar de sentir el estruendo de la artillería. No dejan aquí los demonios de tentar con las vanidades y placeres mundanos, exagerándolos como si fuesen eternos; o de tentar por los afectos de amigos y familiares; o sugiriéndoles alguna excusa para no hacer penitencia (que siempre comienza el alma que entra en esta morada a desear hacer alguna), y con otros mil impedimentos.

¡Oh Jesús!, qué grande es la turbación que ponen aquí los demonios, y qué grande es la aflicción de la pobre alma, que no sabe si pasar adelante o tornar a las primeras moradas. Porque por otra parte la razón le muestra como todo es nada en comparación con el fin para el que ha sido creada; y la fe le enseña lo que de verdad importa; y la memoria le recuerda en lo que paran todas estas cosas, haciéndole presente la muerte, algunas veces repentina, de los que mucho gozaron, y cómo pronto son olvidados de todos. Entonces la voluntad se inclina a amar al que tan innumerables muestras le ha dado de amor, queriendo corresponder a alguna de ellas. El entendimiento le hace entender que no puede tener otro amigo mejor que Jesucristo; que todo el mundo está lleno de falsedad, y que estas delicias que le pone el demonio están llenas de trabajos, preocupaciones y contradicciones; y le hace ver cómo fuera de este castillo no hallará seguridad ni paz; que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya está llena

de tantos bienes, si los quiere gozar; que ningún lugar podrá ofrecerle todo lo que necesita como su casa, sobre todo por alojar a tan digno huésped, el cual le hará señor de todos sus bienes, si él no quiere perderse, como el hijo pródigo, comiendo manjar de puercos.

Razones son éstas para vencer los demonios. Mas ¡oh Señor y Dios mío!, cómo lo estropea todo la vanidad con que la gente acostumbra a vivir y a tratar todo esto. Porque está tan muerta la fe, que queremos más lo que vemos que lo que ella nos dice; y en verdad, no vemos más que desgracias e infelicidad en los que persiguen estas cosas visibles. Mas eso hacen estas cosas ponzoñosas que tratamos: que al igual que al que le muerde una víbora, se envenena todo y se hincha, así es aquí. No nos fijamos en que se necesitan muchas curas para sanar; y harta merced nos hace Dios, si no morimos de ello. Ciertamente, pasa el alma aquí grandes trabajos; y si está dispuesta a seguir adelante, todo el infierno se juntará para hacerla tornar a salir fuera.

¡Oh Señor mío!, cómo necesitamos aquí vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada. Por vuestra misericordia no consintáis que esta alma sea engañada dejando lo comenzado. Dadle luz para que vea cómo está en esto todo su bien, y para que se aparte de las malas compañías; que gran ayuda es conversar con los que están en los mismas moradas y con los que se entiende están más adelantados. Siempre esté atenta a no dejarse vencer; porque si el demonio la ve con una gran determinación, — queriendo antes perder la vida y el descanso y todo lo que le ofrece que volver a la morada primera—, mucho más pronto la dejará. Sea varón y determínese que va a pelear con todos los demonios y que no hay mejores armas que las de la cruz.

No quiera descansar y disfrutar en estos comienzos, porque sería una mala forma de comenzar a cimentar este gran edificio; si comienza a fundamentarlo sobre arena, dará con todo en el suelo; nunca acabará de andar a disgusto y tentado. Porque no son éstas las moradas en que llueve el maná; sino que están más adelante, cuando

todo resultará más amable, porque el alma entonces no querrá sino lo que quiere Dios. Es cosa penosa ver que en esos principios todavía estamos con mil turbaciones e imperfecciones y con unas virtudes que todavía no saben andar, sino que hace poco nacieron, y aun ruego a Dios hayan comenzado a crecer.

¿No nos avergüenza que, estando en tal estado, busquemos gustos en la oración y nos quejemos de sequedades? Nunca os acaezca esto, hermanas; abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí y entended que ésta ha de ser vuestra empresa; la que más pueda padecer, que padezca más por Él, y será la más favorecida. Lo demás, tenedlo como cosa accesorio, y si os lo da el Señor, dadle muchas gracias.

Su Majestad sabe mejor lo que nos conviene; no queramos aconsejarle lo qué nos tiene que dar, para que no nos pueda con razón decir que no sabemos lo que pedimos. Toda la pretensión de quien comienza a hacer oración ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer que su voluntad esté conforme con la de Dios. No se os olvide esto, que importa mucho, y sabed ciertamente que en esto consiste la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual: quien más perfectamente cumpla esto, más recibirá del Señor y más progresará en este camino. No penséis que la perfección consiste en cosas muy subidas e ininteligibles, sino que en esto consiste todo nuestro bien. Pues si erramos en el principio, queriendo que el Señor haga nuestra voluntad y nos lleve según nuestro gusto, ¿qué solidez tendrá este edificio? Procuremos hacer lo que en nosotros está y guardarnos de estas sabandijas venenosas; que muchas veces quiere el Señor que nos persigan y aflijan malos pensamientos y sequedades, sin poderlos echar de nosotros; y aun algunas veces permite que nos muerdan, para que sepamos mejor guardarnos después y para probar si nos pesa mucho haberle ofendido.

Por eso, si alguna vez caéis, no os desaniméis de seguir adelante; que aun de esa caída Dios sacará bienes. Bastaría para volvernos a recoger mirar nuestra miseria y

el gran daño que nos hace andar derramados en las cosas exteriores. Pues, ¿puede haber mayor mal que no hallarnos en nuestra misma casa? ¿Qué esperanza podemos tener de encontrar sosiego en otras cosas, si en las propias no encontramos reposo? Las potencias, esos amigos y parientes con quienes siempre tratamos, son quienes nos hacen la guerra, resentidas por el daño que les han hecho nuestros vicios. ¡Paz, paz!, es lo que amonestó el Señor tantas veces a sus apóstoles. Pues, creedme, que si no la tenemos y procuramos en nuestra casa, no la hallaremos fuera. Acábase ya esta guerra, por la sangre que Jesucristo derramó por nosotros; lo pido por los que han comenzado, para que no se tornen atrás. Miren que es peor la recaída que la caída; confíen en la misericordia de Dios y nada en sí, y verán cómo Dios les lleva de unas moradas a otras y les mete en la tierra de promisión, donde estas fieras no les podrán tocar ni cansar, sino que Él las sujetará a todas, para que os gocéis de muchos más bienes de los que deseáis, incluso ya en esta vida.

No ha de ser a fuerza de brazos cómo hay que empezar a recogerse, sino con suavidad. Importa mucho para esto tratar con personas experimentadas. Todo lo conducirá el Señor para nuestro bien con tal que no dejemos la oración, aunque no hallemos quien nos enseñe; que para este mal (dejar la oración) no hay remedio si no se vuelve a empezar, pues una vez dejada se va perdiendo cada día más el alma.

Podría alguna pensar que si tan malo es volver atrás, que mejor sería nunca haber comenzado, quedándose fuera del castillo. Ya os dije al principio, y el mismo Señor lo dice, que quien anda en el peligro, en él perece, y que la puerta para entrar en este castillo es la oración.

Pues es un gran disparate pensar que podemos entrar en el cielo sin entrar en nosotros mismos, en donde reconocemos nuestra miseria y nuestra deuda para con Dios, lo que nos lleva a pedirle continuamente misericordia. El mismo Señor dice: *Ninguno subirá a mi Padre, sino por Mí; y quien me ve a Mí, ve a mi Padre*. Pues si nunca miramos ni consideramos lo que le debemos y la muerte

que pasó por nosotros, no sé cómo le podremos conocer o hacer su voluntad; porque la fe sin obras y sin estar acompañadas del valor de los merecimientos de Jesucristo, bien nuestro, ¿qué valor pueden tener? ¿Quién nos despertará a amar a este Señor?

Ruego a Dios nos dé a entender lo mucho que le costamos, y cómo no es más el siervo que el Señor, y que nos es necesario obrar para gozar de su gloria y que para esto nos es necesario orar, para no andar siempre en tentación.

MORADAS TERCERAS

Contiene dos capítulos

CAPÍTULO 1

Poca seguridad tenemos mientras vivamos en este destierro aunque estemos adelantados en la vida espiritual. Cómo conviene andar con temor.

A las almas que por la misericordia de Dios han vencido estos combates y perseverando han entrado en las terceras moradas ¿qué les diremos, sino *bienaventurado el hombre que teme al Señor*? Con razón le llamamos bienaventurado, pues si no torna atrás, lleva camino seguro de salvación. Aquí veis lo que importa vencer las batallas pasadas, pero seguridad total no la hay en esta vida, y por eso entiendo que digo: si no torna a dejar el camino comenzado.

Harta miseria es andar siempre en esta vida como los que tienen enemigos a la puerta, que ni pueden dormir ni comer sin armas, y siempre con sobresalto, por si por alguna parte logran desportillar esta fortaleza. ¡Oh Señor mío y bien mío!, ¿cómo queréis que deseemos vida tan miserable? No podemos de dejar querer y pedir que nos saquéis de esta vida, con la esperanza de perderla por Ti o de gastarla de veras en tu servicio si esa es tu voluntad. Si

lo es, Dios mío, muramos contigo, que no es otra cosa sino morir muchas veces el vivir sin Ti y con estos temores de poder perderos para siempre. Por eso digo, hijas, que la bienaventuranza que hemos de pedir es estar ya seguras con los bienaventurados; que con estos temores ¿qué contento puede tener quien todo su contento es contentar a Dios? Y considerad que este contento tenían algunos santos que cayeron en graves pecados; y no tenemos la seguridad de que Dios nos auxiliará particularmente para salir de nuestros pecados y hacer la penitencia que ellos hicieron.

Nunca os sintáis seguras, que muy santos eran David Salomón y ya veis lo que se pasó; ni hagáis caso de la clausura y penitencia en que vivís, ni os sintáis segura por tratar siempre con Dios y por ejercitaros en la oración, ni por estar tan retiradas de las cosas del mundo. Bueno es todo esto, mas no basta para que dejéis de temer; y así traed a la memoria muchas veces el salmo: *Bienaventurado el hombre que teme al Señor.*

Pero volvamos a hablar de las almas que han entrado en las terceras moradas; gran merced les ha hecho el Señor para que hayan superado las primeras dificultades. Gracias a Dios, de estas almas, hay muchas en el mundo; las cuales desean grandemente no ofenderle, incluso algunas de los pecados veniales se guardan; dedican bastante tiempo a la oración, hacen penitencia, se ejercitan en obras de caridad, se guardan de murmurar, y son muy responsables en sus deberes y obligaciones. Si perseveran así, el Señor no les negará la entrada hasta la última morada.

¡Oh Jesús!, ¿quién no querrá tan gran bien, habiendo ya pasado por lo más trabajoso? Ninguna, en verdad, que todas lo queremos; pero es necesario más para que el Señor del todo se apodere del alma. No basta decirlo, como no le bastó al joven rico cuando le dijo el Señor si quería ser perfecto. Hace falta pasar por grandes sequedades en la oración, melancolías y otros trabajos interiores, como las que tienen muchas almas buenas sin culpa suya, de los cuales siempre las saca el Señor con mucha ganancia.

Pero lo que les suele suceder a estas almas es lo siguiente: como ven que por ninguna cosa cometerían pecado, y como emplean bien su tiempo y sus bienes, no toleran que se les cierre la puerta para entrar en donde está nuestro Rey, por cuyos vasallos se tienen, y lo son. Mas aunque acá tenga muchos vasallos el rey de la tierra, no entran todos hasta su cámara. Entrad, entrad, hijas mías, en lo interior; pasad por delante de vuestras obras. Mirad los santos que entraron a la cámara de este Rey, y veréis la diferencia que hay de ellos a nosotras.

¡Oh humildad, humildad! No puedo acabar de creer a quien tanto caso hace de estas sequedades, sino que le falta un poco de ella. Veamos qué hacen estas almas por Dios y luego veremos cómo no tenemos razón de quejarnos de Él. Porque si le volvemos las espaldas y nos vamos tristes, como el joven del Evangelio, cuando nos dice lo que hemos de hacer para ser perfectos, ¿qué queréis que haga el Señor, pues ha de premiarnos conforme al amor que le tenemos? Y este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras; y no penséis que necesita nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad.

Nos parecerá a las que somos religiosas y que dejamos el mundo y todo lo que teníamos por Él (aunque sea las redes de San Pedro, que harto le parece que da quien da lo que tiene), que ya está todo hecho. No es así, mas el que desea alcanzar lo que pretende, tendrá que perseverar en esta desnudez y desprendimiento de todo, no retrocediendo a las primeras moradas, por lo menos en el deseo. Pero esto ha de ser con la condición de que se tenga por siervo sin provecho —como dice Cristo— y crea que no está obligado Nuestro Señor a hacerle semejantes mercedes; antes, como quien más ha recibido, queda más endeudado. Pues, ¿qué podemos hacer por un Dios tan generoso que murió por nosotros, que nos creó y da el ser? ¿No nos sentiríamos felices de que se vaya desquitando algo de lo que le debemos, sin que le pidamos nuevas mercedes y regalos?

Tened muy presente esto. El Señor os lo dé a entender, para que saquéis de las sequedades, humildad y no la

inquietud que pretende el demonio; y creed que en donde hay verdadera humildad, aunque nunca le dé Dios consuelos, le dará una paz y conformidad tal que les hará estar más contentas que con otros regalos; que muchas veces estos regalos los da a los más flacos; aunque ellos no los cambiarían por la fortaleza de los que andan en sequedad. Somos amigos de contentos más que de cruz. *Pruébanos, tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos.*

CAPÍTULO 2

Las sequedades en la oración. Cómo prueba el Señor a los que están en estas moradas.

He conocido bastantes personas que habiendo llegado a este estado y habiendo vivido muchos años con rectitud de alma y cuerpo, cuando parecía que eran señores del mundo y que estaban desengañadas de él, Dios las ha probado en cosas pequeñas, produciéndoles tanta inquietud y apretamiento de corazón, que a mí me desconcierta. Lo peor es que ellas piensan que por Dios sufren estas penas, y así no acaban de entender que las sufren por su imperfección. Que éste es un engaño de gente tan aprovechada. Porque muchas veces Dios quiere que sus escogidos sientan su miseria y aparta un poco su favor, que no se necesita más para que nos conozcamos presto. Y esto lo hace para que sepamos reconocer nuestras faltas y comprobar lo débiles que somos ante tan pequeñas tentaciones. Esta prueba la tengo yo por gran misericordia de Dios y es muy beneficiosa para la humildad.

Pero para estas personas que se creen tan espirituales no es así, sino que piensan que sufren estas pruebas interiores porque ya son santas, y así querrían que los demás las tuviesen. Pondré a continuación algunos ejemplos, para que lo entendáis, y de esta manera estéis advertidas para que no os pase lo mismo.

A un rico, que no tiene hijos ni herederos, le acontece que en un momento dado pierde gran parte de sus posesiones, mas no tanto como para que en lo que le queda de vida le pueda faltar lo necesario para sí y para su casa, sino sobrado. Ante su nueva situación, si anda con tanto desasosiego e inquietud como si no le quedara un pan para comer, ¿cómo va a pedirle Nuestro Señor que lo deje todo por Él, aunque ella piense que sus posesiones están para ayudar a los pobres? Dios no quiere más que se conforme con su voluntad y, aunque el alma intente seguir los propios deseos, que tenga paz y no estos buenos sentimientos (el querer ayudar a los pobres). Si el alma no se siente capaz, porque no la ha llevado el Señor a tanto, enhorabuena; mas entienda que le falta esta libertad de espíritu, y con esto se dispondrá para pedírsela al Señor.

A otra persona que tiene de sobra con que alimentarse, se le ofrece la ocasión de poder adquirir más posesiones: está bien que las acepte si se las dan, y que esté de enhorabuena por ello; mas si se esfuerza e inquieta por adquirirlas y, después de tenerlas, procura acrecentarlas cada vez más, por más buena intención que tenga (la cual siempre suelen tener por ser personas de oración y virtuosas), que no piense que ha de llegar a las moradas más cercanas al Rey.

Otras veces acontece con algunas personas que en cierto momento sufren en algo el desprecio de los demás o la pérdida de su prestigio; y aunque Dios les hace la merced de que la gente no se dé cuenta de lo que pasan por dentro, están tan inquietas que no se pueden valer. ¡Válgame Dios! ¿No son éstas las que tanto meditaban cómo padeció el Señor y lo bueno que es padecer y aún lo desean? Querría a todos fuesen conformes a como idealizan sus vidas, y ruego a Dios que no piensen que la pena que tienen es por culpa ajena y se envanezcan por ello.

Os parecerá, hermanas, que hablo fuera de propósito, porque estas cosas no las hay acá, que ni tenemos posesiones ni las queremos o procuramos, ni tampoco nos injuria nadie. Pero estas comparaciones os servirán para

ver si estáis bien desprendidas de lo que dejasteis; porque siempre habrá ocasiones, aunque no de esta clase, en que podréis muy bien probar y entender si sois señoras de vuestras pasiones. Y creedme, que no está el asunto en haber hecho votos o no, sino en procurar ejercitar las virtudes y rendir nuestra voluntad en todo a la de Dios, y en que nuestra vida sea lo que Su Majestad ordene de ella, no queriendo nosotras que se haga nuestra voluntad, sino la suya. No perdamos el ánimo, aunque en la práctica no hayamos llegado a tan alta disposición; si hay humildad, que es el ungüento de nuestras heridas, no dejará el Señor, aunque tarde algún tiempo, de venir como cirujano a sanarnos.

Por otro lado, las penitencias que hacen estas almas por Nuestro Señor son tan moderadas como su vida; quieren hacerlas, pero con enorme prudencia por miedo a perder su salud. No tengáis miedo de que se maten, porque son tan razonables que no llegará a tanto su amor como para hacer locuras; mas querría yo que así fuese para que no nos contentásemos con esta manera de servir a Dios, siempre paso a paso, sin nunca acabar de andar el camino, con gran peligro de perderlo. Porque, ¿os parece, hijas, que pudiendo llegar a un país en ocho días, que sería bueno andarlo en un año por posadas, nieves y aguas y malos caminos? ¿No valdría más pasarlo todo de una vez? Porque todo el camino está lleno de peligros. ¡Oh, qué buenas señas podré yo dar de esto! Y ruego a Dios que haya pasado de aquí, que hartas veces me parece que no.

Como vamos con tanta moderación, todo nos molesta, porque todo tememos; y así no osamos pasar adelante, como si pudiésemos nosotras llegar a estas moradas sin andar el camino. Pues si esto es imposible, esforcémonos, hermanas, por amor de Nuestro Señor; dejemos nuestra razón y temores en sus manos; olvidemos esta flaqueza natural, para que no nos tiranice. Del cuidado de nuestros cuerpos ocúpense otros; nosotras tratemos de caminar bien deprisa para ver a este Señor; que, aunque las comodidades que tenemos son pocas o ninguna, el cuidado de la salud nos podría engañar. No está el asunto en lo que

toca al cuerpo, que esto es lo de menos; que el caminar que digo es con una gran humildad; que si habéis entendido, aquí creo está el daño de los que no van adelante. La humildad consiste en que nos parezca que hemos andado pocos pasos y lo creamos así, y en que nos parezcan muy presurosos los que andan nuestras hermanas, y no sólo deseemos sino que procuremos que nos tengan por la más ruin de todas.

Y con esta humildad toda nuestra vida será excelente; y sino, toda la pasaremos entre mil penas y miserias. Porque no dejarse a sí misma es muy trabajoso y pesado, yendo tan cargadas de nuestra miseria, lo que no les pasa a los que suben a las moradas que faltan. En éstas últimas no deja el Señor de pagar con misericordia, que siempre da mucho más de lo que merecemos, dándonos «contentos» harto mayores de los que nos darían los regalos y distraimientos de la vida a los que renunciamos; mas el Señor no da estos contentos con profusión sino ocasionalmente, para invitarnos y disponernos a entrar en las demás moradas.

Os advierto todo esto para que os esforcéis a seguir lo mejor, viendo el gran consuelo que sienten las almas a las que Dios lleva hasta allí. Si son humildes daréis gracias por ello, sabiendo que no está la perfección en los gustos, sino en quien ama más, y lo mismo del premio, en quien mejor obre con justicia y verdad.

Gran alegría me ha dado leer en los libros las mercedes y consuelos que hace el Señor a las almas que le sirven. Cuántos goces de Dios perdemos por nuestra culpa. Estos goces vienen cargados de amor y de fortaleza para que podamos proseguir nuestro camino y crecer en obras y virtudes. Y si no nos los da y no tenemos culpa, justo es el Señor, pues Él nos dará por otros caminos lo que os quita por éste, como más nos conviene, sin duda.

Muy provechoso les viene, a los que por la bondad del Señor están en esta morada, poner mucho empeño en la prontitud de la obediencia; y aunque no sean religiosos, sería muy bueno tener a quien acudir para no seguir en nada la propia voluntad, que es donde más nos dañamos

ordinariamente; y no tratar de buscar una persona de nuestro mismo talante, que vaya con tanto tiento en todo, sino elegir a quien esté muy desengañado de las cosas del mundo, porque fácilmente nos conocerá. Además, nos animará a actuar el ver que algunas cosas que nos parecen imposibles, las viven con naturalidad estas personas a las que acudimos pidiendo consejo. De esta manera, por imitación, viendo como vuelan nos atrevemos a volar, como aprenden poco a poco los pajaritos de sus madres.

Por muy determinadas que estéis a no ofender al Señor, no lo conseguiréis si no evitáis las ocasiones que os llevan a ofenderle. Advertid que todavía estáis cerca de las primeras moradas y fácilmente podéis tornar atrás. Vuestra fortaleza no está aún cimentada en tierra firme, como los que están ya ejercitados en padecer, que conocen las tempestades del mundo y no las temen ni desean sus contentos.

Miremos nuestras faltas y dejemos las ajenas, para no despistarnos. No os espantéis de las pequeñas faltas que cometen las otras, sino imitadlas en lo principal, aunque en la apariencia exterior parezcáis que les lleváis ventaja; no es la apariencia lo que más importa, aunque sea bueno tenerla. No queramos que todos vayan por nuestro camino; que con estos deseos que nos da Dios del bien de las almas podemos cometer muchas equivocaciones; y así es mejor vivir lo que dice nuestra Regla: «en silencio y esperanza procurar vivir siempre», que el Señor tendrá cuidado de vuestras almas. Si no nos descuidemos nosotras en suplicárselo a Su Majestad, haremos hartó provecho con su favor. Sea por siempre bendito.

MORADAS CUARTAS

Contiene tres capítulos

CAPÍTULO 1

La diferencia que hay entre los contentos que tenemos en la oración (las satisfacciones que adquirimos por la meditación o la súplica) y los gustos en la oración (las experiencias infusas o místicas que Dios nos concede). La diferencia que hay entre el pensamiento o la imaginación y el entendimiento.

Para comenzar a hablar de las cuartas moradas me he encomendado al Espíritu Santo y le he suplicado que de aquí en adelante hable por mí, porque es muy difícil daros a entender estas cosas, si Él no lo hace.

Parecerá que para llegar a estas moradas se ha de haber pasado mucho tiempo en las otras; y aunque ordinariamente es así, no lo es siempre, porque el Señor da sus bienes cuando quiere y como quiere y a quien quiere, sin hacer agravio a nadie.

En estas moradas pocas veces hay grandes tentaciones, y si las hay no hacen daño, antes dejan con ganancia. Si las hay y dan guerra, lo tengo por mejor, porque sino podría el demonio engañar a causa de los gustos que da Dios, y hacer mucho más daño que cuando hay tentaciones, y no ganar tanto el alma, al menos alejando de sí todas las cosas que la impiden progresar.

Aunque parezcan igual, no son lo mismo los contentos de la oración que los gustos de la oración. A mi entender, los contentos son los que nosotros adquirimos mediante nuestra meditación y súplicas al Señor, los cuales proceden de nuestro natural, aunque siempre ayude Dios, pues nada podemos sin Él; mas estos contentos nacen de la misma obra virtuosa que hacemos y nos puede parecer que con nuestro trabajo los hemos ganado, y con razón nos da contento habernos empleado en cosas semejantes. No obstante, estos mismos contentos también pueden

provenir de otras muchas cosas: como de haber ganado inesperadamente mucho dinero; por volver a ver a una persona muy amada, a la que no veíamos desde hacía tiempo; por haber acertado en algún negocio o asunto importante; o porque a alguna le han dicho que ha muerto su marido o hermano o hijo y le ve venir vivo. Yo he visto derramar lágrimas por estos contentos, y a mí también me ha pasado. Todos estos contentos son naturales, sin que tengan porque ser malos, pues comienzan de nuestro natural mismo aunque acaben en Dios.

Los gustos, por el contrario, provienen de Dios y los goza nuestra naturaleza con gran diferencia. Ahora me acuerdo de un verso del Oficio divino que dice: *Ensanchaste mi corazón* (Salmo 118, 32). Los contentos primeros no ensanchan el corazón, antes frecuentemente oprimen un poco, aunque sea con la satisfacción de ver que se sienten por Dios; mas vienen unas lágrimas angustiosas, que en cierta manera parece las mueve la pasión. Por ejemplo, si en la meditación comenzaba a llorar por la Pasión, no sabía acabar hasta que se me quebraba la cabeza; si era por mis pecados, lo mismo. Gran merced me hacía Nuestro Señor para que llorase por Él. Pero no por tener estos sentimientos somos mejores; porque no podemos saber si son efectos del amor, ni cuando son dados por Dios.

Estas devociones las experimentan la mayor parte de las almas en las moradas pasadas, porque proceden del entendimiento y de discurrir con la meditación; y son buenas, porque no se les ha dado más, aunque acertarían mejor si se ocupasen de vez en cuando en alabar a Dios y en regocijarse de su bondad y de que sea el que es, y en desear su gloria. Esto último es bueno hacerlo porque despierta mucho la voluntad y, si el Señor nos lo inspira, no tengamos miedo de emplearnos en ello aunque no acabemos la meditación que teníamos proyectada.

Sólo quiero advertiros que para aprovechar mucho en este camino y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despierte a amar, eso haced. Porque el amor no está en sentir gustos, sino en determinarse resueltamente

en desear contentar en todo a Dios y en procurar, en cuanto podamos, no ofenderle, y en rogar que esté por encima siempre la gloria de su Hijo y el acrecentamiento de la Iglesia Católica. Estas son señales del amor, y no penséis que está la clave en no distraerse, ni en que si os distraéis un poco que va todo perdido.

Yo he pasado por esta barahúnda de pensamientos muy angustiada algunas veces, y hará poco más de cuatro años que fui entendiendo por experiencia que el pensamiento o imaginación no es el entendimiento, lo cual me dio gran alegría. Porque se me hacía muy duro estar a veces tan atolondrada, pues muchas veces vuela el pensamiento de repente, que sólo Dios puede atarle. Yo veía las potencias del alma empleadas en Dios y estar recogidas con Él, y por otra parte el pensamiento alborotado: esto me traía tonta.

¡Oh Señor, tened en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por ignorancia! Porque pasamos terribles trabajos porque no nos entendemos, y lo que no es malo, sino bueno, pensamos que es por nuestra culpa. De aquí procede la pesadumbre de mucha gente que hace oración, sus quejas sobre las luchas interiores que pasan, hasta llegan a perder el ánimo y la salud y aun hasta dejan del todo la oración. Esto nos pasa porque no comprendemos que tenemos todo un mundo interior acá dentro; y así como no podemos detener el firmamento, tampoco podemos detener nuestro pensamiento. Nos parece que estamos perdidas y que gastamos mal el tiempo que estamos delante de Dios. Pero en realidad lo que ocurre es que el alma está en las moradas interiores muy cerquita de Él, mientras que el pensamiento está en los alrededores del castillo padeciendo con miles de bestias feroces y venenosas y mereciendo con este padecer; y así, ni nos turbemos ni dejemos la oración, que es lo que pretende el demonio. No cabe duda que la mayor parte de las inquietudes y trabajos nos vienen porque no nos entendernos.

Al escribir esto, tengo presente el dolor de cabeza que casi siempre suelo tener; es como si por mi cabeza se despeñaran muchos ríos caudalosos y silbaran una

bandada de pájaros. Pues a pesar de toda esta algarabía, no me estorba para hacer oración, sino siento mi alma muy entera en quietud, amor, deseos y entendimiento. Harto mal seria que por este dolor dejara yo la oración. Del mismo modo no está bien que por tener el pensamiento alborotado nos turbemos o preocupemos, pues esto procede de la miseria que nos ha quedado del pecado de Adán, al igual que otras muchas. Tengamos paciencia y sufrámoslo por amor de Dios, como estamos también sujetas a comer y dormir, sin poderlo excusar, que es harto trabajo.

Reconozcamos nuestra miseria. Todos los menosprecios y trabajos que podamos pasar en la vida no me parece que puedan compararse a estas batallas interiores. Cualquier desasosiego y guerra se pueden sufrir con tal que encontremos paz en la propia casa; pero resulta muy penoso y casi insufrible estar pasando muchos trabajos, querer ir a descansar a nuestra propia alma, y no poder porque en nosotras mismas está el impedimento. Por eso, llévanos, Señor, a donde no nos humillen estas miserias, que parece que algunas veces se burlan del alma. En esta vida lo puedes hacer, si llevas al alma a la última morada.

Yo pasé durante muchos años estas miserias por ser tan ruin. Y como fue muy penoso para mí, pienso que quizá lo será también para vosotras, por lo que os lo advierto; tenedlo como algo obligado, así que no andéis inquietas y afligidas, dejad que se mueva la loca de la casa, y vosotras no dejéis de obrar con la voluntad y el entendimiento. Padezca con paciencia la pobre alma, aunque no sea por su culpa. No hagamos caso de estos pensamientos. Quiera Su Majestad que nos conozcamos, y que no echemos la culpa al alma de lo que procede de nuestra flaca imaginación.

CAPÍTULO 2

En qué consisten los gustos de Dios y cómo se han de alcanzar no procurándolos.

Tal como he dicho, los contentos espirituales pueden algunas veces venir envueltos con nuestras pasiones, trayendo consigo gran alboroto de sollozos y congojas de corazón. Pero con todo, producen consuelo, porque se desea contentar a Dios.

Los que yo llamo «gustos de Dios» —u «oración de quietud»— es muy diferente, como sabéis las que los habéis probado por la misericordia de Dios.

Hagamos cuenta, para entenderlo mejor, que tenemos dos caños con dos pilones que se llenan de agua de diferente manera. El primero trae el agua de lejos, por muchas conducciones y tuberías; el segundo caño está en el mismo manantial, se va llenando silenciosamente, da nacimiento a un gran arroyo, nunca se agota y no requiere de ningún artificio. Pues bien, el primer caño representa los «contentos» que resultan de la meditación; porque los traemos con los pensamientos y con la imaginación, cansando el entendimiento; y como proceden a fin de cuentas de nuestro esfuerzo, cansan el entendimiento y hacen ruido cuando aprovechan el alma.

En el otro caño, sin embargo, viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios y produce grandísima paz, quietud y suavidad en el alma, de muy diferente manera a como lo hacen los contentos; este agua fluye por todas las moradas y potencias hasta llegar al cuerpo; por eso dije que comienza en Dios y acaba en nosotros, de tal forma que todo la persona goza de este gusto y suavidad. El agua celestial de este manantial va dilatando lo profundo del alma, ensanchando todo el interior y produciendo unos bienes que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender. Esta agua expele una fragancia de delicados perfumes que la penetran toda e incluso a veces hacen participar al cuerpo. Los llamo perfumes, para que lo entendáis, aunque es una cosa mucho más delicada. No es

cosa que pueda procurar el alma por muchas diligencias que haga, y en esto mismo se ve que no procede de nuestro natural, sino de aquel purísimo oro de la sabiduría divina. Aquí las potencias se hayan embelesadas y como asombradas. La voluntad se haya unida de alguna manera con la de Dios, tal como se muestra por los efectos y obras que después resultan, que no hay mejor crisol para probarlo. Harta gran merced es la que Nuestro Señor hace al alma, y muy grande si no torna atrás.

Hermanas, hacéis bien en desear probar estos gustos del Señor, pero dejemos que Su Majestad lo haga cuando le plazca. Él sabe el porqué; no nos metamos en eso. Vivamos en humildad, humildad. Por ésta se deja ganar el Señor a nuestros deseos; y la señal de que la tenéis es que no os sentís dignas de merecer estos gustos ni que pensáis que los tendréis en vuestra vida.

Me diréis, entonces, que ¿cómo se pueden alcanzar sino se procuran? A esto respondo que no hay otra manera mejor que la que os he dicho, no procurándolos, por las siguientes razones. La primera, porque lo principal es amar a Dios sin buscar el propio interés. La segunda, porque es señal de poca humildad pensar que por nuestros pequeños servicios hemos de alcanzar cosa tan grande. La tercera, porque la mejor disposición que podemos tener los que le ofendimos, es desear padecer e imitar al Señor, y no desear gustos. La cuarta, porque no está obligado Su Majestad a dárnoslos, pero si a darnos la gloria del cielo si guardamos sus mandamientos; que sin estos gustos no podremos salvar y Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y quién le ama de verdad. Conozco personas que van por el camino del amor, sirviendo a Cristo crucificado, que no sólo no le piden gustos ni los desean, mas le suplican no se los conceda en esta vida. La quinta razón, para que no trabajemos en balde, pues como no se ha de traer esta agua por tuberías como la primera, si el manantial no la quiere manar, poco aprovecha que nos cansemos. Por más que meditemos, nos estrujemos y lloremos, no saldrá este agua. Sólo lo da Dios a quien

quiere y cuando más descuidada está muchas veces el alma.

Suyas somos, hermanas; haga lo que quiera de nosotras; llévenos por donde le plazca. A quien de verdad se humille y se abandone (desasida del todo, incluso de sus deseos), no dejará el Señor de hacerle esta merced y otras muchas. Sea por siempre alabado y bendito, amén.

CAPÍTULO 3

La oración de recogimiento que suele anteceder a la oración de quietud.

Hay otra forma de oración que regala el Señor casi siempre antes que la de quietud. Se trata de un recogimiento que me parece sobrenatural, el cual no consiste tanto en estar a oscuras o en cerrar los ojos, ni en algo exterior, sino en desear soledad y cerrar los ojos como sin quererlo y con naturalidad, porque los sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo su fuerza y el alma va recobrando el derecho que había perdido.

El alma entra entonces dentro de sí, como dicen algunos. Los sentidos y potencias salieron del castillo y han estado fuera durante años andando con gente extraña, enemiga del bien del alma. Ahora se acercan de nuevo al castillo y dejan de ser traidores, aunque sin acabar de entrar dentro, porque les resulta costoso. Viendo el gran Rey que mora en el castillo la buena voluntad del alma, por su gran misericordia quiere tornar a él las potencias y sentidos y, como buen pastor, con un silbo muy suave, que aun casi ellos mismos entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que tornen a su morada. Y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que abandonan las cosas exteriores que los tenía enajenados y se meten en el castillo.

Dios se halla mejor dentro de nosotros mismos y más a nuestro alcance que en las criaturas, tal como dice San Agustín, quien le halló dentro de sí después de haberle buscado por muchos sitios. Pues bien, para buscar a Dios

en lo interior, es de gran ayuda que haga Dios esta merced. Y no penséis que se logra por el pensamiento, procurando pensar mucho sobre Dios; ni por la imaginación, imaginándole dentro de uno mismo. Bueno es esto y excelente manera de meditación, porque se fundamenta en la verdad de que Dios está dentro de nosotros. Pero no es esto, que esto cada uno lo puede hacer (con el favor del Señor, se entiende). Mas a lo que me refiero es algo muy diferente: el que algunas veces, antes que se comience a pensar en Dios, ya esta gente está dentro del castillo, que no sé por dónde ni cómo oyeron el silbo de su pastor. Que no fue por los oídos, que no se oye nada, mas se siente una fuerte y a la vez suave atracción hacia el interior, como reconocerá quien haya pasado por ello, que no atino a explicarlo mejor. Es algo parecido a como se esconde una tortuga dentro de su caparazón. Pero este animal entra cuando quiere; mas aquí no está sujeto a nuestra voluntad, sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced. A mi parecer la hace a personas que van ya dando de mano a las cosas del mundo, no tanto en cuanto a que se hayan alejado físicamente de él, sino en cuanto a que lo deseen. Dios los llama particularmente para que estén atentos a las cosas interiores y así creo que no dará esta oración sino a quien quiere pedirle más. Alábele y agradézcale mucho quien haya recibido esta merced, porque por ella podrá disponerse para otras mayores.

Según se aconseja en algunos libros, es bueno para poder escuchar el procurar no discurrir y estarse atentos a ver qué obra el Señor en el alma. Mas a mi parecer, si Su Majestad no ha comenzado a embelesarnos, no puedo entender cómo se puede detener el pensamiento de manera que no haga más daño que provecho. De ahí, que mientras no esté despierto el amor, no considero bueno dejar de meditar con el pensamiento, y esto lo avalo con algunas razones:

La primera razón, si dejar de pensar fuese bueno, se podría aducir que en esta obra de espíritu quien menos piensa y quiere hacer, hace más; pero lo que debemos

hacer es pedir como pobres necesitados que están ante el emperador, y luego bajar los ojos y esperar con humildad. Sólo cuando nos parezca que nos escucha estará bien callar, pues sentimos que nos ha admitido a su compañía, y no será malo entonces dejar de pensar, si podemos. Pero cuando entendamos que todavía este Rey no nos ha visto ni oído, no estemos como bobas sin pensar nada, que así queda el alma cuando así se está, quedando mucho más seca e inquieta la imaginación por el esfuerzo que ha hecho en no pensar nada. El Señor quiere que le pidamos y que estimemos lo que vale estar en su presencia. Dios quiere que por nuestro esfuerzo y con su ayuda logremos muchas cosas, ya sean de penitencia, de obras, o de oración, hasta donde pueda nuestra miseria, pero no intentemos por nuestro propio esfuerzo lograr lo que Su Majestad quiso dejar para Sí.

La segunda razón es que orar interiormente debe ser algo suave y pacificador, mientras que tratar de hacer algo penoso, antes daña que aprovecha. Llamo penoso el esfuerzo que tenemos que hacer para detener el aliento y el pensamiento; y suave y pacificador dejar al alma en las manos de Dios, que haga lo que quiera de ella, sin buscar el propio interés y con la mayor resignación a su voluntad.

La tercera razón, que por poner tanto cuidado en no pensar nada tal vez se estimule mucho más el pensamiento.

La cuarta, lo que más le agrada a Dios es que le alabemos y le glorifiquemos, y que nos olvidemos de nosotros mismos, de nuestro provecho, regalo y gusto. Pues ¿cómo estará olvidado de sí el que pone tanto empeño en no pensar nada, sin dejar que el pensamiento desee la mayor gloria de Dios, ni que se goce de la que tiene? Cuando Su Majestad quiere que el entendimiento cese, lo ocupa de otra manera, iluminando grandemente el conocimiento y dejándolo absorto, mucho más de lo que por nuestros medios podemos alcanzar. Pues si Dios nos ha dado las potencias para que con ellas trabajemos y alcancemos el premio, no hay por qué encantarlas, sino

dejarlas hacer su oficio, hasta que Dios las emplee en otro mayor.

Lo que más le conviene al alma, que ha querido el Señor meter en esta morada, es que suavemente y sin ruido trate de no discurrir con el entendimiento, mas no suspender el pensamiento, pues esta bien que se acuerde que está delante de Dios y de quién es Él. Si lo que siente en sí le embelesa, enhorabuena; mas no procure entender lo que es, porque esta merced es dada a la voluntad; déjela gozar, no diga ni piense más que algunas palabras amorosas, que aunque no procuremos aquí estar sin pensar nada, se está sin pensar muchas veces, aunque por muy breve tiempo.

En la oración de recogimiento no se ha de dejar la meditación ni de discurrir con el entendimiento. Mas en la siguiente manera de orar, en la de los gustos que da Dios por el caño del manantial —u oración de quietud—, que no proviene de tuberías ni conducciones, el entendimiento se detiene y no entiende lo que quiere; y así anda de un punto a otro como tonto que en nada hace asiento. La voluntad la tiene tan unida a Dios, que le da gran pesadumbre tener el pensamiento tan alborotado, y así no debe hacer caso de él, pues le hará perder mucho de lo que goza, sino dejarle y dejarse a sí en los brazos del amor. El Señor la enseñará lo que ha de hacer en esos momentos, mientras el alma se siente indigna de tanto bien y da gracias por ello.

Varios son los efectos o señales que tienen las almas a quien Dios concede esta forma de orar. El alma se dilata y ensancha, de forma que Dios la capacita y dispone para recibir todo lo que le manda. Esta suavidad y agrandamiento interior hace que el alma no esté tan atada como antes a las cosas del servicio de Dios, sino que lo hace con mucha más libertad. Tampoco se turba por el temor del infierno, porque aunque queda más dispuesta a no ofenderle, el temor servil desaparece: queda con una gran confianza. Desaparece también el miedo que solía tener para hacer penitencia por temor a perder la salud, de ahí que esté más resuelta a hacerla, poniendo su confianza en Dios. También se aminora el temor que solía tener a los trabajos; está más viva la fe y entiende que, si los pasa por

Dios, Él le dará gracia para que los sufra con paciencia; incluso algunas veces los desea, porque queda con una gran voluntad de hacer algo por Dios. Como va más conociendo la grandeza de Dios, se tiene por más miserable; como ha probado ya los gustos de Dios, tiene por basura los del mundo, y se va poco a poco apartando de ellos y es más señora de sí para hacerlo. En fin, en todas las virtudes progresa y no deja de crecer, si no torna atrás ofendiendo a Dios, porque entonces todo se pierde, por muy subida que esté el alma en la cumbre. No obstante, no penséis que porque Dios le haya hecho esta merced a un alma una o dos veces, que está ya afianzada y llena de virtudes; necesita todavía perseverar, que en esta perseverancia está todo nuestro bien.

De una cosa advierto mucho a quien se vea en esta situación: que se guarde mucho de ponerse en ocasiones de ofender a Dios. Porque todavía está el alma como un niño que comienza a mamar, que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte? Es lo que le ocurre al que haya recibido esta gracia y deje la oración, acabará muriendo su alma si no vuelve pronto a tenerla, porque irá de mal en peor. Yo lo he comprobado con algunas personas, las cuales me daban harta pena, por haberse apartado de quien con tanto amor se les quería dar por amigo y mostrárselo por obras.

Si os advierto tanto que no os pongáis en ocasión de ofender a Dios, es porque el demonio tentará mucho más a un alma de éstas que a las muchas a quien no les hace estas mercedes; porque sabe el demonio que le puede causar gran daño por llevar tras de sí a otras consigo, haciendo gran provecho en la Iglesia.

Me he detenido mucho en esta morada porque es la morada a la que más almas llegan y donde el demonio puede hacer más daño.

MORADAS QUINTAS

Contiene cuatro capítulos

CAPÍTULO 1

La oración de unión del alma con Dios. En qué se conocerá que no hay engaño.

¡Oh hermanas!, ¿cómo os podría explicar los tesoros que hay en las quintas moradas? Aquí ya las comparaciones no sirven, porque son muy bajas las cosas de la tierra para este fin. Ilumíname, Señor mío, para que pueda darlo a entender de alguna manera a estas siervas tuyas que solo desean vuestro contento. Pues te place que bastantes disfruten de estos gozos, que no sean engañadas por el demonio transfigurado en ángel de luz.

Muchos son los llamados, pocos los escogidos. Y aunque todas las que vestimos este hábito del Carmen hemos sido llamadas a la oración y contemplación, a tan gran soledad y a tan desprecio del mundo, buscando este tesoro, pocas nos disponemos para que nos lo descubra el Señor. Porque mucho necesitamos las virtudes que se requieren para llegar hasta aquí, y no descuidarnos en nada. Por eso, hermanas mías, pidamos mucho a Dios, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor para que no quede por nuestra culpa, y que nos muestre el camino y dé fuerzas al alma para que pueda cavar hasta hallar este tesoro escondido. Mirad, hijas, que para esto que tratamos el Señor no quiere que os quedéis con nada; poco o mucho, todo lo quiere para sí, y conforme a lo que hayáis recibido, se os harán mayores o menores mercedes.

En esta morada Dios concede la oración de unión, en la que el alma se queda como sin sentido durante el poco tiempo que dura, que ni puede pensar, aunque quiera, y no necesita de artificios para suspender el pensamiento, pues las potencias quedan adormecidas a las cosas del mundo y a la propia persona. Como quien del todo ha muerto al

mundo para vivir más en Dios: se trata de una muerte sabrosa, un arrancamiento del alma de todas las operaciones que tiene estando en el cuerpo; es una muerte deleitosa, porque aunque está el alma en el cuerpo ciertamente, parece que se aparta de él, para mejor estar en Dios. Todo el entendimiento querría ocuparse en entender algo de lo que siente y, como no puede, se queda atemorizado, de manera que la persona para nada se mueve, como cuando vemos a una persona que ha sufrido un desmayo y nos parece que está muerta.

La oración de la morada precedente parecía algo soñado porque hasta que el alma no tiene mucha experiencia, queda con algunas dudas de lo que fue aquello: si se le antojó, si estaba dormida, si fue dado por Dios, o si se transfiguró el demonio en ángel de luz. Queda con mil sospechas, y es bien que las tenga, porque incluso el mismo natural nos puede engañar allí alguna vez; porque aunque no es fácil que se metan las serpientes venenosas, unas lagartijas sí, que como son delgadas por cualquier sitio se meten; y aunque no hacen daño, sobre todo si no se hace caso de ellas, estos pensamientos que proceden de la imaginación importunan muchas veces.

En esta otra morada, sin embargo, por finas que sean las lagartijas, no pueden entrar; porque ni hay imaginación, ni memoria ni entendimiento que pueda impedir este bien. Incluso afirmo que si es verdadera oración de unión con Dios, que no puede entrar el demonio ni hacer ningún daño; porque el Señor está unido con la esencia del alma, que no osará llegar allí. De esta manera queda el alma con grandes ganancias, por obrar Dios en ella sin que nadie le estorbe, ni nosotros mismos. ¿Qué no dará quien es tan amigo de dar y puede dar todo lo que quiere?

Además de unirse a Dios, el alma también puede embelesarse y unirse con cosas vanas cuando se aman mucho, pero en este caso no lo hace a la manera de Dios, y el deleite, el gozo y la paz que deja en el alma son muy distintos. La unión con Dios está muy por encima de todos los gozos y deleites de la tierra.

Si no estáis aún satisfechas, porque os parece que podéis engañaros, os quiero dar una clara señal para que no dudéis de si es oración de unión con Dios. Ya veis como deja Dios al alma embobada para poder imprimir mejor en ella la verdadera sabiduría, que ni ve ni oye ni entiende en el breve tiempo que está así. De tal manera imprime Dios interiormente aquella alma que cuando vuelve en sí en ninguna manera pueda dudar que estuvo en Dios y Dios en ella. Con tanta certeza queda de ello, que aunque pasen años sin que Dios le vuelva a hacer tal merced, ni se le olvida ni puede dudar que así fue.

Me diréis algunas: ¿cómo lo vio o cómo lo entendió, si no ve ni entiende? No digo que lo vio entonces, sino que lo ve después claro; y no porque sea visión, sino por ser una certidumbre que queda en el alma que sólo Dios la puede poner. Yo sé de una persona que no sabía que Dios estaba en todas las cosas por presencia y potencia y esencia, que por una merced que le hizo Dios de esta clase lo vino a creer firmemente.

¿Cómo lo que no vimos nos deja con tal certeza? Eso no lo sé yo, son obras tuyas: mas sé que digo verdad, y quien no quede con esta certeza, no diría yo que ha tenido unión de toda el alma con Dios, sino de alguna potencia, o que ha tenido otra distinta merced de las muchas que hace Dios al alma. Dejemos en estas cosas de buscar razones para saber cómo fue. Si no llega nuestro entendimiento a comprenderlo, ¿para qué nos preocupamos? Basta ver que es todopoderoso el que lo hace, pues no lo entenderemos por mucho que nos esforcemos.

Ahora me acuerdo a este respecto de lo que dice la Esposa en el Cantar de los Cantares: *Me llevó el rey a la bodega del vino, o me metió en ella*. Y dice también que andaba buscando a su Amado por una parte y por otra. Ésta es la bodega donde nos quiere meter el Señor cuando quiera y como quiera; mas por muchos esfuerzos que hagamos, no podemos entrar. Él nos ha de meter en el centro de nuestra alma, y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos voluntad propia sino que del todo nos rindamos, ni que estén las potencias y

sentidos despiertos, que todos están dormidos; quiere, por tanto, que entremos en el centro del alma sin ninguna participación nuestra.

CAPÍTULO 2

Declara con una comparación qué es la oración de unión.

Quiero valerme de una comparación para que entendáis en qué consiste la oración de unión con Dios y cuáles son sus efectos. Además con ella podréis ver cómo podréis disponeros para recibirla, cuando quiera el Señor concedérosela, reconociendo que es toda obra suya.

Ya sabéis lo maravilloso que es el proceso de elaboración de la seda y cómo sólo el Señor podría inventar algo así. A partir de un pequeño germen y con el calor nace un gusanillo, el cual crece y se alimenta con las hojas del moral, hasta que ya grande comienza a hilar la seda y hacer un capullo muy apretado en donde se esconde. Al poco tiempo, de este gusano grande y feo, sale del mismo capullo una linda mariposa blanca. ¡Qué sabiduría la de nuestro Dios! Si de esto nos maravillamos, ¿qué sería si conociéramos las propiedades de todas las cosas? Mucho nos aprovecha meditar estas grandezas y considerar que somos esposas de un Rey tan sabio y poderoso.

Pero volviendo a la comparación, inicia su vida este gusano cuando con el calor del Espíritu Santo comienza a aprovecharse de todos los medios generales que Dios nos ha dado para nuestro remedio y que dejó en su Iglesia, tales como la confesión frecuente, las buenas lecturas y las homilías; las cuales son remedios para que un alma, muerta por su descuido y por su pecados, pueda retornar a la vida. De esta manera comienza a vivir y se va sustentando con estos remedios y con las buenas meditaciones. Y una vez crecido este gusano, comienza a labrar la seda y edificar la casa donde ha de morir. Esta casa no es otra que Cristo, pues tal como dice la Escritura *nuestra vida está escondida en Cristo Jesús*, y Él es nuestra vida.

Ya veis aquí, hijas, lo que podemos hacer con el favor de Dios: que el Señor mismo sea nuestra morada. Y podemos cuando nos disponemos como hacen estos gusanitos. Y no habremos acabado de hacer todo lo que podamos, cuando este trabajillo, que no es nada, lo junte Dios con su grandeza y le dé tan gran valor que el mismo Señor sea el premio de la obra. Así quiere juntar nuestros trabajillos con los grandes que padeció Su Hijo y que todo sea una cosa.

Por tanto, hijas mías, apresurémonos por hacer esta labor y tejer este capullo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, no estando asidas a ninguna cosa de este mundo, haciendo obras de penitencia, oración, mortificación y obediencia, y todo lo demás que sabéis. ¡Qué sería si hiciésemos como sabemos lo que debemos hacer! Muera este gusano y veréis cómo veremos a Dios y nos veremos tan metidas en su grandeza como lo está este gusanillo en el capullo. Fijaos que digo ver a Dios, que es como se da a sentir en esta manera de unión.

De este gusano en oración, muerto a las cosas del mundo, sale una mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios!, cómo sale el alma de aquí, tras haber estado un poquito — que a mi parecer nunca llega a media hora— metida en la grandeza de Dios y tan unida a Él. La misma alma no se conoce a sí misma, tal como se diferencia este feo gusano de la mariposita blanca. Al mismo tiempo ignora de dónde le pudo venir tanto bien, pues claramente sabe que no lo merece. Queda con un gran deseo de alabar al Señor, que querría deshacerse y morir mil muertes y padecer grandes trabajos por Él; ansía mucho hacer penitencia y estar en soledad. Le encantaría que todos conociesen a Dios y siente una gran pena de ver cómo es ofendido. Tales son los beneficios que ha recibido, y si se esfuerza por seguir adelante, verá grandes cosas.

Podréis entonces imaginaros el desasosiego de esta mariposita, pues aunque nunca haya estado más quieta y sosegada en toda su vida, no sabe dónde asentarse, que todo lo que ve en la tierra le desagrade. Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, cuando tejía poco a poco el capullo. Si le han nacido alas, ¿cómo le ha de

agradar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Se le hace poco todo lo que hace por Dios. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, pues entiende por experiencia cómo ayuda el Señor y transforma un alma, que parece ser otra. Porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, se ha convertido en fortaleza; lleva con disgusto las ataduras que todavía tiene con familiares, amigos o bienes materiales, y si los atiende es por obligación, para no ir contra Dios. Todo le cansa, porque ha probado que el verdadero descanso no se lo pueden dar las criaturas.

Esta mariposilla parece otra respecto a las cosas del mundo. Pues ¿adónde irá la pobrecica? Tornar a donde salió no puede, no está en su mano por mucho que haga, hasta que a Dios le plazca volver a hacerle esta merced. ¡Oh Señor!, y ¡qué nuevos trabajos tendrá que afrontar esta alma! ¿Quién lo creería, después de haber recibido merced tan subida? En fin, de una manera o de otra ha de haber cruz mientras vivimos, y quien diga que después que llegó aquí, que siempre está descansada y regalada, diría yo que nunca llegó.

No quiero decir con esto que no vivan en paz los que llegan aquí, que sí la tienen y muy grande; porque los mismos trabajos son de tanto valor que, aunque sean muy grandes, de ellos mismos salen con paz y contento. Del mismo descontento que dan las cosas del mundo nace un deseo ardiente de salir de él, que si algún alivio tienen es pensar que Dios quiere que vivan en este destierro, y aun no basta, porque el alma todavía no está totalmente rendida a Su voluntad, aunque no deja de conformarse. Cada vez que hace oración es ésta su pena. Y tiene otra muy grande, la de ver como es ofendido y qué poco se le estima en este mundo, y de cómo muchas almas se pierden, siendo las que más le dan pena las de los cristianos, que aunque sabe que es grande la misericordia de Dios, que por mal que vivan se pueden enmendar y salvarse, teme que se condenan muchos.

¡Qué enorme cambio! Antes esta alma no se acordaba más que de sí, y ahora, ¿por qué tanto se preocupa y

sufre? No llegaríamos a sentir una pena semejante por muchos años que meditásemos sobre las ofensas que se hacen a Dios, sobre cómo se condenan los hombres y los numerosos peligros en que vivimos. La pena no podrá llegar a lo íntimo de las entrañas como aquí, que parece desmenuza el alma, sin procurarlo ella.

¿No habéis oído, a este propósito, en el Cantar de los Cantares que *Dios metió a la esposa en la bodega y ordenó en ella la caridad*? Pues esto significa; que el alma que se entrega en las manos de Dios y con gran amor se rinde a Él, que no sabe ni quiere más que lo que Él disponga de ella. Y Dios quiere que se comporte como la cera para dejarse estampar por Él, y ella sabe que no hace nada sino dejarse imprimir. Porque Dios sólo quiere nuestra voluntad y que no haya impedimento en la cera.

¿Qué hace Dios para reconocer a esta alma como hija suya? La trata como trató a su Hijo en esta vida, pues no nos puede hacer mayor merced. Jesucristo sabía de antemano la espantosa y dolorosa muerte que le esperaba, pero supo sobreponerse por el gran amor que tenía a las almas.

A este respecto, conozco un alma que está pasando un insufrible tormento [habla de sí misma] de ver cómo se ofende al Señor, y sabiendo la distancia abismal que hay entre ella y Nuestro Señor Jesucristo, no puedo imaginarme cuál sería el sentimiento de Él durante su vida, pues como todas las cosas le eran presentes, veía las grandes ofensas que se hacían a su amado Padre. Sin duda que estos tormentos fueron mucho mayores que los sintió en su Pasión; porque en ésta ya divisaba el fin de sus trabajos y le consolaba ver que con su muerte nos íbamos a salvar. Así ocurre también acá a los que por amor hacen grandes penitencias, que no las sienten casi, antes querrían hacer más y más, y todo se les hace poco. Pues ¿qué sentiría Jesucristo viendo la gran ocasión que tenía para demostrar su obediencia total al Padre y su amor al prójimo? Gran gozo es ciertamente poder padecer por hacer la voluntad de Dios. Mas ver como continuamente se ofende a Dios, y

como tantas almas van al infierno, lo tengo por cosa muy recia.

CAPÍTULO 3

La unión de voluntades: otra forma de unión que puede alcanzar el alma con el favor de Dios, y cuánto importa para esto el amor del prójimo.

Pues tornemos a nuestra mariposica y veamos algo de lo que Dios da en esta morada. Esto se entiende mientras procure progresar en el servicio de Nuestro Señor y en el conocimiento propio; que si no hace más que recibir esta merced y, como cosa ya segura, descuida su vida y se extravía del camino del cielo, no cumpliendo los mandamientos, terminará por morir para siempre. A pesar de todo, Dios no da de balde una merced tan grande; pues si ella no la aprovecha para sí, aprovechará a otras. Porque mientras viva el alma con estos deseos y estas virtudes siempre hará provecho a otras almas, comunicándoles su calor y mostrándoles las mercedes que Dios hace a quien le ama y sirve.

Cuántos habrá que el Señor haya llamado al apostolado, como a Judas, y para ser reyes, como a Saúl, y que después por su culpa se hayan perdido. Si esto les paso a ellos, ¿cómo podremos estar seguras, hermanas, de que vamos progresando más y más y no perdiéndonos como ellos? Lo estaremos si vivimos la obediencia y somos fieles a los mandamientos de Dios.

Como tantos beneficios vienen por entrar en esta morada, habrá quien piense que nada podrán esperar quienes no reciban del Señor merced tan señalada, lo cual es totalmente falso. La verdadera unión con Dios se puede muy bien alcanzar sin esta gracia mística, con tal de que el Señor nos ayude y nos esforcemos en no tener otra voluntad que la de Dios. Si de verdad conformáis vuestra voluntad con la de Él, para nada envidiéis esta unión mística, pues lo que hay de mayor precio en ella procede

de aquella (la unión de voluntades); y no se puede llegar a la unión mística, sin la unión de voluntades.

¡Oh, qué unión ésta para desear! Feliz el alma que la haya alcanzado, pues vivirá en esta vida y en la otra con descanso; porque no le afligirá ningún suceso del mundo, excepto si se ve en algún peligro de perder a Dios o ve como es ofendido; no le afligirán ni la enfermedad, ni la pobreza, ni las muertes de seres queridos, pues bien reconoce que Él sabe mejor lo que nos conviene.

Notad que hay penas y penas; porque algunas penas provienen de nuestra naturaleza, como la que sintió Nuestro Señor cuando resucitó a Lázaro. Y sobre los contentos y amores que sentimos hacia nuestros prójimos, lo mismo. Con tal de que sigamos unidos a la voluntad de Dios, estas penas no turban ni inquietan el alma y pasan pronto, porque no llegan a lo hondo del alma.

Pero advertid mucho, hijas, que es necesario que muera el gusano y a vuestra costa; porque si mucho ayuda la oración de unión mística para morir a sí misma y verse en vida tan cambiada, en la unión de conformidad de voluntades es menester que le matemos nosotras. Será con más o menos trabajo, mas tiene su precio; así será mayor el galardón si salís con victoria. Mas estemos seguras de que podemos morir a nosotras mismas, con tal que conformemos verdaderamente nuestra voluntad con la de Dios. Esta unión de voluntades es la que he deseado en toda mi vida; ésta es la que pido siempre a Nuestro Señor y la más segura.

¡Qué lástima que pocos lleguen a esta unión, aunque a los que se guardan de ofender al Señor y se han hecho religiosos les parezca que todo lo tienen hecho! Pues quedan unos gusanos que no se dan a conocer hasta que nos han roído las virtudes; entre ellos están el amor propio, la propia estimación, el juzgar mal del prójimo aunque sea en menudencias, o la falta de caridad para ellos, no queriéndolos como a nosotros mismos. De esta forma, aunque no lleguemos a cometer pecado, no llegamos a lo que habría que hacer para estar del todo unidas con la voluntad de Dios.

Pues, ¿qué pensáis, hijas, que es su voluntad? Que seamos del todo perfectas; para que seamos uno con el Padre y con su Hijo, tal como Jesucristo se lo pidió. Mirad lo que nos falta para llegar a esto. Yo os digo que lo estoy escribiendo con harta pena de verme tan lejos, y todo por mi culpa; que no necesita el Señor hacernos grandes regalos para llegar a esto; basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo, quien nos enseñó el camino.

No penséis que está la cosa si se muere mi padre o mi hermano, en que me conformo tanto con la voluntad de Dios que no llego a sentirlo; ni en que si sufro trabajos y enfermedades, en que los pase con agrado y contento. Bueno es esto, pero muchas veces nos mostramos así por discreción, porque no podemos más y hacemos de la necesidad virtud. Cuántas cosas de éstas o parecidas hacían los filósofos. Acá solo estas dos cosas nos pide el Señor: amarle a Él y amor al prójimo; en esto trabajemos. Guardando estas dos cosas con perfección, hacemos su voluntad, y así estamos unidas con Él. Mas ¡qué lejos estamos de hacer estas dos cosas como debemos a tan gran Dios! Ruego nos dé la gracia para que merezcamos llegar a alcanzarlo, que en nuestra mano está, si queremos.

La señal más segura que tenemos para saber si guardamos estas dos cosas es que guardemos bien la del amor del prójimo. Si amamos a Dios, no lo podemos saber, aunque haya grandes indicios para conocer que le amamos; pero si podemos saber si amamos al prójimo. Y tened por cierto que mientras más crezcáis en este amor, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca por diferentes medios el que tenemos a Él. No lo dudo lo más mínimo.

Importa mucho que estemos muy advertidas de cómo andamos en esto, que si es con mucha perfección, todo lo tenemos hecho; porque según está viciada nuestra naturaleza, si no tiene sus raíces en el amor de Dios, no llegaremos a tener con perfección el del prójimo. Si tanto nos importa esto, procuremos irnos conociendo en las cosas menudas, sin hacer caso de las muy grandes, como

cuando pensamos en la oración sobre lo que haremos por el prójimo y por la salvación de las almas; porque si no son conformes después las obras, no hay para qué creer que lo haremos. Así digo de la humildad también y de todas las virtudes. Son grandes los ardides del demonio, que por hacernos creer que tenemos una, no teniéndola, dará mil vueltas al infierno. Y tiene razón, porque es muy pernicioso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, sabiendo de donde provienen. Por el contrario, las virtudes que da Dios libres están de envanecimiento y soberbia.

Hay almas que estando en oración, les vienen grandes deseos de ser públicamente humilladas y afrentadas por Dios, y después que salen de la oración, la más pequeña falta que cometen tratan de encubrirla por todos los medios que pueden, incluso negando que la hayan hecho. Cuídense mucho de caer en esto y de hacer caso de lo que en verdad no fue determinación de la voluntad —que cuando ésta se determina, es otra cosa—, sino fruto de nuestra imaginación, por donde el demonio nos asalta y trata de engañar de muchas maneras. ¡Oh hermanas, cómo se ve claro en algunas de vosotras que amáis al prójimo, y cómo se ve en otras que no lo aman tan perfectamente! Si entendieseis lo que nos importa esta virtud, no tendríais otro deseo.

Cuando veo almas muy recogidas por hacer bien la oración, que parece no osan menear el pensamiento para que no se les vaya un poquito del gusto y devoción que han tenido, considero lo poco que conocen el camino por donde se alcanza la unión, pues piensan que en eso está lo fundamental. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no te importe para nada perder esa devoción y compadecerte de ella; y si tiene algún dolor, te debe doler a ti; y si fuere preciso, dejar de comer algún alimento, para que ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Ésta es la verdadera unión con Su voluntad, y si ves que se alaba mucho a una persona, alégrate mucho más que si te alabasen a ti. Esto, en verdad, fácil es

si hay humildad, antes te dará pena si te ves alabada. Gran cosa es alegrarse de las virtudes de las hermanas, y cuando veamos alguna falta en alguna, sintámosla como si fuera nuestra y tratemos de encubirla.

Mucho importa esto, hermanas, porque si fallamos en esto, vamos perdidas. Ruego al Señor nunca os ocurra, para que no dejéis de alcanzar la unión con Dios que queda dicha. Cuando veáis que falláis en ello, aunque os sintáis con devoción y consuelo, que os parezca habéis llegado muy alto, creedme, que no habéis llegado a unión, y pedid a Nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo, y dejad hacer a Su Majestad, que Él os dará más de lo que deseáis, con tal de que os esforcéis todo lo que podáis en esto. Violentad vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis de vuestro derecho, y olvidad vuestro bien por el suyo, por más contradicción que os haga vuestra naturaleza; y procurad cargaros con trabajos por quitarlos del prójimo cuando surja la ocasión. No penséis que no ha de costar algo, y que os resultará fácil. Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, pasó muerte tan ignominiosa hasta morir en la cruz.

CAPÍTULO 4

Lo mucho que importa andar vigilantes, pues el demonio se afana por hacernos tornar atrás en lo comenzado.

Ya sabéis que Dios quiere desposarse espiritualmente con las almas. ¡Bendita sea su misericordia que tanto se quiere humillar! Y aunque sea una grosera comparación, no hallo otra que más pueda dar a entender la unión del alma con Dios que el sacramento del matrimonio. Y digo grosera, porque lo son en grado muy diferente, porque en la unión del alma con Dios jamás hay cosa que no sea espiritual, amorosa, limpia y delicada.

Pues bien, la oración de unión todavía no llega a desposorio espiritual; sino al noviazgo que le antecede,

etapa en que los dos enamorados se comunican, se dan los primeros regalos y tratan de ver si son conformes el uno para el otro, y si se van a querer libremente. El alma intuye lo que Dios le pide y la relación estrecha que quiere guardar con ella, y ante tan enorme gracia se determina a hacer en todo la voluntad de su Esposo, para darle contento en todo; y el Señor, se compromete también con ella lleno de misericordia, y quiere dárselo a conocer ilustrando momentáneamente su entendimiento y su voluntad, para que le conozca más íntimamente, despertando en ella un amor nuevo, para así poderla juntar consigo. Esta ilustración es momentánea porque pasa en muy breve tiempo: el alma conoce secretamente quién es este Esposo que ha de tomar; los sentidos y las potencias en ninguna manera podrían llegar a entender en mil años lo que aquí conoce en brevísimo tiempo. De ver al Esposo, de solo esta visión, queda el alma tan enamorada, que hace de su parte lo que puede para que no se desconcierte este divino desposorio. Mas si esta alma se descuida y pone su afición en algo fuera de Él, lo pierde todo, y es tan grandísima la pérdida como lo son las gracias que iba a recibir, mucho más de lo que se pueda encarecer.

Por eso, mucho les insisto en que no se descuiden si el Señor les ha llevado hasta aquí, sino que se alejen de las ocasiones, que aún en esta etapa no está el alma tan fortalecida que no pueda caer en ellas, como lo estará después de hecho el matrimonio, en la morada que vendrá después. La vista o ilustración ha durado muy breves momentos y el demonio tratará por todos los medios de combatirla y de estropear este concertado matrimonio; después, cuando se haya hecho el matrimonio, como la ve del todo rendida al Esposo, no osa tanto, porque la tiene miedo, y tiene experiencia de que, si alguna vez lo hace, queda con gran pérdida y ella con más ganancia.

Yo os digo, hijas, que he conocido a personas muy encumbradas, que habían llegado a este estado, pero que la gran astucia y ardid del demonio las ha vuelto a ganar para sí. Debe de juntarse todo el infierno para lograrlo, porque tienen experiencia de que cuando lo consiguen, no

pierden un alma sola, sino una gran multitud. Así ha ocurrido siempre: por medio una sola alma que Dios atraído para sí, millares se han convertido. Es lo que ha acontecido con cada uno de los mártires. Pensemos en cuántas almas el demonio habrá perdido a causa de Santa Ursula, de Santo Domingo, o de San Francisco, o de otros fundadores de Ordenes, y las que pierde ahora por el Padre Ignacio, el que fundó la Compañía de Jesús. Todo esto lograron porque se esforzaron en no perder por su culpa tan divino desposorio. Y ahora tan dispuesto está el Señor a derramar su gracia como entonces, e incluso más todavía, porque hay ahora pocos que miren por su gloria, como entonces había.

Supongo que os preguntaréis dos cosas: la primera, que si está el alma tan determinada a hacer la voluntad de Dios, que ¿cómo se puede engañar, pues no quiere para nada hacer la suya propia? La segunda, ¿por qué caminos peligrosos podría entrar el demonio para perder vuestras almas, estando tan apartadas del mundo, participando frecuentemente de los sacramentos y en compañía — podemos decir— de ángeles, pues por la bondad del Señor no tenéis otros deseos que servirle y agradarle? Harta misericordia nos ha hecho Dios con todo esto; mas cuando considero que también vivía Judas en compañía de los Apóstoles, y trataba cotidianamente con el mismo Dios, y oía sus palabras, entiendo que no podemos sentirnos seguros.

Respondiendo a lo primero, si esta alma estuviese siempre asida a la voluntad de Dios, está claro que no se perdería; mas viene el demonio con tan gran sutileza y bajo color de bien, que la va desordenando en pequeñas cosas y le va dando a entender que no son malas, y poco a poco oscurece su entendimiento, entibia su voluntad y hace crecer en ella el amor propio, hasta que paso a paso la va apartando de la voluntad de Dios y llevándola a que haga la suya.

Y respondiendo a lo segundo, no hay encerramiento donde no pueda entrar el demonio, ni desierto tan apartado donde no deje de ir. Quizás lo permita el Señor

para probar al alma que quiere poner como faro de otras; que más vale que si va a ser ruin, que lo sea en los principios, para que no dañe a muchas.

Pidamos siempre a Dios en la oración que nos tenga de su mano, y no pongamos nunca la confianza en nosotras mismas, pues sería desatino estarlo. Si Él nos dejase no tardaríamos en caer rápidamente en el abismo. Además, esforcémonos sobre todo en vigilar con particular cuidado cómo vamos progresando en las virtudes: si mejorando o disminuyendo en algo, en especial en el amor de unas para con las otras, y en el deseo de ser tenida por la última, y en nuestra fidelidad en las cosas ordinarias; que si pensamos en ello y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia o la pérdida. No penséis que un alma que el Señor lleva a tanto, que la pueda dejar tan aprisa de su mano; ni que al demonio le va a resultar fácil. Dios tanto siente que se le pueda perder, que no dejará de darle mil avisos interiores de muchas maneras, para se dé cuenta del daño que se está causando.

En fin, sea la conclusión de todo esto procurar siempre seguir adelante, y si no es así, andemos con gran temor, porque sin duda alguna embestida nos va a dar el demonio; pues no es posible, habiendo llegado a tanto, que el amor deje de seguir creciendo, porque el amor jamás está ocioso. No puede echarse a dormir el alma que ha pretendido ser esposa del mismo Dios y que se trata ya con Su Majestad.

Y para que veáis lo que el Señor hace con las que ya tiene por esposas comencemos a tratar las sextas moradas, y veréis cómo es poco todo lo que podamos hacer o padecer para disponernos a tan grandes mercedes. Puestos los ojos en el premio y viendo cuán sin tasa es su misericordia, pues con unos gusanos quiere así comunicarse y mostrarse, olvidemos nuestros contentillos de tierra y corramos encendidas en su amor. Esforcémonos a servir a un Señor que tan bien paga incluso aquí en la tierra, para que podamos entender algo de lo que nos ha de dar en el cielo, sin los trabajos y peligros que hay en este mar de tempestades.

MORADAS SEXTAS

Contiene once capítulos

CAPÍTULO 1

Cuando comienza el Señor a hacer mayores mercedes al alma, le envía también mayores trabajos.

Comencemos con la asistencia del Espíritu Santo a hablar de las sextas moradas, donde el alma queda herida del amor del Esposo y procura estar más tiempo en soledad, quitando todos los impedimentos que se lo puedan estorbar conforme a su estado.

Está tan esculpida en el alma aquella gracia mística —la oración de unión—, que todo su deseo es volverla a gozar. Ya he dicho, que en esta oración no se ve nada, que se pueda decir ver, ni incluso con la imaginación. El alma queda bien determinada a no tomar otro esposo; mas el Esposo no se fija en los grandes deseos que tiene el alma de que se haga ya el desposorio, sino que quiere que lo desee todavía más y que algo le cueste por ser el mayor de los bienes. Y aunque todo es poco para lograr tan grandísima ganancia, no deja de ser necesario pagar este precio, como muestra y señal de estar bien dispuesta.

¡Oh, válgame Dios, cuántos son los trabajos interiores y exteriores que tiene que padecer el alma hasta poder entrar en la séptima morada! Temo que si el alma previamente los conociese, que le sería muy difícil según su flaqueza natural determinarse a sufrirlos, por muchos bienes que se le representasen, salvo si hubiese llegado ya a la séptima morada, donde allí nada se teme y se está dispuesta a pasar cualquier cosa por Dios. De estar el alma tan cerca del Señor, le viene la fortaleza.

Creo que os vendrá bien que conozcáis algunos de estos trabajos. Quizá no todas las almas sean llevadas por este camino, aunque dudo mucho que puedan vivir libres de trabajos, de una manera o de otra, quienes en sus momentos gozan tan de veras de las cosas del cielo.

Al alma que se vea en estos trabajos, que le lleve a pensar que se haya perdida, le servirá de gran consuelo saber que Dios trata de semejante manera a los que concede semejantes mercedes. Y quiero comenzar por los más pequeños, como las habladurías de conocidos y desconocidos que dicen sobre su persona: «que se hace santa»; «que hace extravagancias para engañar al mundo y encumbrarse por encima de los demás; que se puede ser buen cristiano sin estas rarezas». Y es de notar que no hace ninguna rareza, sino que procura ser fiel a su estado de vida. Los que tenía por amigos, se apartan de ella y son los que le causan mayor daño y la hacen sufrir: «que está perdida aquel alma y muy engañada»; «que son cosas del demonio»; «que le ha de pasar como a aquella otra persona que se perdió, y que será la causa de que decaiga la virtud»; «que trae engañados a sus confesores», e incluso van a ellos y se lo dicen. Se mofan, pues, de mil maneras de ella.

Yo sé de una persona [habla de sí misma] que temía no habría de encontrar quien la confesase, según andaban las cosas. Y lo peor es que esta situación puede durar años, y el avisarse de unos a otros de que se guarden de tratar a semejantes personas.

Me diréis que también habrá quien hable bien de ella. Los hay, pero en verdad muy pocos son en comparación de los muchos que la abominan. Incluso oír las alabanzas de estos le resulta al alma un trabajo todavía mayor. Porque ve claro que si tiene algún bien, éste le es dado por Dios y en ninguna manera es mérito suyo, pues poco antes estaba muy pobre y metida en grandes pecados. Éste es un tormento intolerable, al menos al principio, y después no tanto por algunas razones: la primera, porque la experiencia le hace ver claro que tan presto hablan bien de ella como mal, y así no hace más caso de lo uno que de lo otro; la segunda, porque le ha dado el Señor una mayor luz para ver que ninguna cosa buena es obra suya, sino dada de Su Majestad, y como si la viese en tercera persona, como si no tuviese que ver para nada con ella, se vuelve para alabar a Dios; la tercera, si ha visto que algunas almas

se han beneficiado de ver las gracias que Dios le concede, piensa que usó Su Majestad este medio de que la tuviesen por buena no siéndolo, para que a ellas les viniese bien; la cuarta, porque como tiene en más la honra y gloria de Dios que la suya propia, le importa muy poco verse deshonrada a cambio de que siquiera una vez sea Dios alabado por su medio; y está dispuesta a sufrir por Él, venga lo que viniere.

Estas razones disminuyen en algo la gran pena que siente de verse alabada. Pero mucho mayor que las murmuraciones, es el trabajo de verse sin motivo tenida por buena en público; y cuando llega a no importarle que se hable bien de ella, mucho menos le importa el que la tengan por mala, incluso hasta le divierte. Todo esto fortalece al alma más bien que la acobarda; porque ya la experiencia le ha enseñado la gran ganancia que le viene por este camino, y le parece que no ofenden a Dios los que le persiguen; antes, que lo permite Su Majestad para su provecho; y como lo siente claramente, les toma un amor particular y muy tierno, pues le parece que estos son más amigos y que le procuran más ganancia que los que la alaban.

También suele dar el Señor grandes enfermedades. Este es un trabajo mucho mayor, en especial cuando son dolores agudos e intensos; son sufrimientos de los mayores que hay en la tierra —me refiero a los exteriores—, aunque vengan cuantos quisieren. Porque desbaratan interior y exteriormente al alma, de manera que ésta, tan apretada, no sabe qué hacer de sí. De muy buena gana preferiría cualquier martirio que estos dolores; aunque por fortuna no duran mucho, pues, en fin, no da Dios más de lo que se pueda sufrir, y nos da la paciencia primero.

Yo conozco una persona [habla de sí misma] que desde que comenzó el Señor a darla estas gracias místicas, hace cuarenta años, que no ha pasado un día sin dolores y con mala salud corporal. Verdad es que fue muy ruin y que merecía el infierno, y que todo lo que ha sufrido se le hace poco. Otras almas que no habrán ofendido tanto a Nuestro Señor, las llevará Dios por otro camino; mas yo siempre

escogería el del padecer, siquiera por imitar a Nuestro Señor Jesucristo, aunque no haya otra ganancia, que siempre las hay.

A pesar de todo, estos trabajos exteriores parecen pequeños cuando se les compara con los interiores. Comencemos por el tormento de tratar con un confesor poco avisado, que duda de todo y que no da seguridad cuando ve que al alma le pasan estas cosas extraordinarias; sobre todo, si ve en ella alguna imperfección, pues le parece que debería ser un ángel para que Dios le concediese semejantes mercedes, y esto es imposible mientras more en el cuerpo. De esta forma, estos confesores todo lo atribuyen al demonio o a la melancolía. A esto se añaden las sequedades, en las que el alma no siente la presencia de Dios y le parece que nunca se ha acordado de Él ni se ha de acordar, y como a una persona lejana de quien oyó hablar por referencias, así es cuando oye hablar de Su Majestad.

Todo esto es nada si además piensa que no sabe informar a sus confesores y que los trae engañados; y aunque nada les haya ocultado, de poco le sirve; que tiene su entendimiento tan oscurecido que no es capaz de ver la verdad, sino que sólo cree lo que la imaginación le representa —que entonces ella es la señora—, y los desatinos que el demonio le sugiere. A éste le debe Nuestro Señor dar licencia para que la pruebe y aun para que se crea reprobada de Dios, porque son muchas las cosas que la combaten, con un apretamiento interior tan intolerable, que no sé a qué compararlo, sino a los que se padecen en el infierno; porque nada le consuela en esta tempestad. Y si se pone a leer cualquier libro espiritual, le parece no entender nada, porque tiene inhabilitado el entendimiento.

En fin, el único remedio para pasar esta tempestad es esperar en la misericordia de Dios, que a deshora, con una palabra o en un momento dado, la libraré de todo, pareciendo como si nunca hubiese estado nublada aquella alma, según queda llena de sol y muy consolada. De esta forma el alma entiende que ha ganado una batalla muy

peligrosa sin haberla peleado; por eso alaba al Señor, que fue quien peleó por ella; porque tiene muy claro que ella nada hizo, y así conoce claramente su miseria y lo poquísimo que puede por sí misma si la desampara Dios. Hasta que llegue ese momento, mientras gusta de su nada y de su miseria, la gracia parece que está escondida, aunque no está sin ella, pues a pesar de esta tormenta no ofende a Dios ni le ofendería por nada del mundo. Llega a parecerle que no tiene amor de Dios ni que le tuvo jamás; porque si ha hecho algún bien o Su Majestad le ha hecho alguna merced, todo le parece como cosa soñada y pura ilusión. Sólo tiene presente los pecados que hizo.

¡Oh Jesús, que triste es ver un alma así desamparada, y cuán poco le aprovecha ningún consuelo de la tierra! Por esto no penséis, hermanas, si alguna vez os vieseis en este estado, que si fueseis ricas y estuvieseis en el mundo, que tendríais por lo menos algún consuelo. No es así, ciertamente, que me parece a mí que es como si a los condenados les pusiesen delante cuantos deleites hay en el mundo; no bastarían para darles alivio, antes les acrecentaría el tormento; así acá el alivio tiene que venir de arriba, y no para nada valen aquí las cosas de la tierra. Quiere este gran Dios que lo reconozcamos por rey y que experimentemos nuestra miseria, e importa mucho para lo que más adelante veremos.

¿Qué hará esta pobre alma cuando esta sequedad se alargue mucho tiempo? Porque si reza, es como si no rezase, en lo que toca a que nada la consuela; no entiende lo que reza vocalmente, y para la oración mental no se siente en absoluto dispuesta, antes le cuesta la soledad, y al mismo tiempo tampoco quiere estar con nadie ni que la hablen. Y así, por mucho que se esfuerce, anda desabrida y con mala cara, que no lo puede ocultar.

¿Sabrá decir lo que le pasa estando en esta situación? Son unos sufrimientos indecibles; porque se trata de unos apretamientos y penas espirituales a los que no sabe poner nombre. El mejor remedio entonces, —no para que se quite, que yo no lo he hallado, sino para que se pueda sufrir— es ocuparse en obras exteriores y de caridad, y

esperar en la misericordia de Dios, que nunca falta a los que en Él esperan. Sea el Señor por siempre bendito, pues no pueden hacer los demonios más de lo que les permite. El Señor dé para todo su favor por los méritos de su Hijo, amén.

CAPÍTULO 2

Algunas maneras con que despierta el Señor al alma.

Parece que nos hemos olvidado de la mariposica, y no ha sido así; porque estos trabajos son los que la hacen volar más alto.

Comencemos ahora a explicar la forma como trata el Esposo al alma. Antes que del todo se unan, le aviva el deseo del desposorio por unos medios tan delicados, que el alma misma no los entiende, ni creo yo acertaré darlos a entender; porque son unos impulsos tan delicados y sutiles que proceden de lo profundo del alma, que no sé a qué compararlos.

Es bien diferente de todo lo que acá podemos procurar y aun de los gustos descritos en las moradas cuartas. Muchas veces estando la persona descuidada y sin tener el pensamiento en Dios, Su Majestad la despierta, a manera de una cometa que pasa de presto, o de un trueno, aunque ni se ve ni hace ruido; mas entiende muy bien el alma que fue una llamada de Dios, y tanto lo entiende, que algunas veces, en especial a los principios, la hace estremecer e incluso quejar, sin ser cosa que le duela. Siente que ha sido herida deliciosamente, mas no atina a saber cómo ni quién la hirió; mas bien entiende ser algo exquisito y jamás querría quedar sana de aquella herida. No puede hacer otra cosa más que quejarse con palabras de amor a su Esposo; porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que se deje gozar. Y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera no tenerla, no puede; mas esto no querría jamás: mucho más le satisface que el embelesamiento sabroso que carece de pena, de la oración de quietud.

No sé como daros a entender este toque amoroso. El Amado hace entender claramente al alma que está con ella y que la llama con una señal tan cierta que no se puede dudar, y con un silbo tan penetrante que no se puede dejar de oír; mientras habla el Esposo le parece al alma que está en las séptimas moradas, y toda la gente de las demás moradas — los sentidos, la imaginación, las potencias—no se atreven a menearse. Causa en ella tan gran operación, que se deshace en deseos y no sabe qué pedir, porque claramente sabe que está con ella su Dios.

Me diréis, entonces, que si así lo entiende, que ¿qué desea, o qué le da pena?, ¿qué mayor bien quiere? No lo sé; lo único que sé es que parece que llega a las entrañas esta pena, y que, cuando de ellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se la lleva tras sí, según el amor que siente.

Es como si del fuego del brasero encendido que es mi Dios, saltara alguna chispa que llegase a tocar el alma, de manera que sintiese aquel encendido fuego, y como no es todavía lo bastante para quemarla y Él es tan deleitoso, queda con aquella pena y al tocar hace aquella operación. Porque este dolor sabroso —que no es dolor— no está en un ser; aunque a veces dura gran rato, otras presto se acaba, pues no es cosa que se puede procurar por ninguna vía humana. Aunque dura algunas veces rato, se quita y se vuelve; en fin, nunca está estable, y por eso no acaba de abrasar el alma, sino cuando parece que se va a encender, muérese la chispa y queda con deseo de tornar a padecer aquel dolor amoroso que le causa.

Aquí no cabe la duda de que pueda proceder de nuestra naturaleza o de la melancolía, o que sea engaño del demonio, ni que sea una ilusión; porque claramente se deja sentir que procede del Señor; y las operaciones que produce en el alma no son como las que dejan las otras devociones. Aquí los sentidos y potencias no estorban para nada, ni pueden acrecentar aquella pena deleitosa ni quitarla.

A la que el Señor le haya hecho esta merced, no tema que sea engaño; déle muchas gracias y tan sólo tema ser

desagradecida a tan gran gracia, y procure esforzarse a servir y mejorar en todo su vida, y verá en lo que para y cómo más y más recibe.

Quizás os preguntéis por qué el alma está tan segura de no ser engañada. A mi parecer por estas razones: la primera, porque jamás el demonio da una pena tan sabrosa como ésta; podrá hacer sentir un gusto y deleite que parezca espiritual; mas juntar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma, no le es posible; que todos sus poderes están en la ronda del castillo, en lo exterior del hombre; y sus penas, cuando él las da, no son, a mi parecer, jamás sabrosas ni con paz, sino inquietas y con guerra. La segunda, porque esta tempestad sabrosa procede de otra morada diferente, donde el demonio no puede entrar ni dominar. La tercera, por los grandes provechos que quedan en el alma: ordinariamente los deseos de padecer por Dios, de sobrellevar muchos trabajos, de apartarse de los contentos y conversaciones del mundo, y otras cosas semejantes.

Que no se trata de una ilusión, está muy claro; porque por mucho que lo procure, no podrá experimentarlo de nuevo. Y es cosa tan notoria, que en ninguna manera se puede dudar; y si alguna duda queda, sepan que no son éstos verdaderos ímpetus; digo, si duda en si lo ha tenido o no; porque así se da a sentir, como si oyese en los oídos una gran voz. Tampoco pueden proceder de la melancolía, porque ésta no forja sus ilusiones sino en la imaginación; y esto otro procede de lo más profundo del alma.

También suele Nuestro Señor tener otras maneras de despertar el alma, como cuando a deshora, estando rezando vocalmente y descuidada de lo interior, parece que le viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande que se comunicase por todos sus sentidos (no digo que es olor, sino pongo esta comparación) o algo parecido, sólo para darle a sentir que está allí el Esposo. Incita un deseo sabroso de gozar el alma con Dios, y con esto queda dispuesta para alabarle grandemente y hacer grandes actos por Él. Para nada produce pena, ni los deseos mismos de gozar a Dios son

penosos. Tampoco me parece que hay aquí que temer, sino procurar ser agradecida.

CAPÍTULO 3

Otra manera con que Dios habla al alma. Cómo hay que conducirse en esto y no guiarse por el propio parecer. Algunas señales para conocer cuándo es engaño o no.

Dios tiene otra manera para despertar al alma, y como en algún sentido parece mayor merced que las anteriores, podrá ser más peligrosa, por lo que me detendré algo en ella. Consisten en unas hablas [o locuciones] con el alma de diferentes tipos: unas que parecen vienen de fuera, otras de lo profundo del alma, otras de lo superior de ella, y otras tan exteriores que se oyen con los oídos.

Estas hablas no hay que confundirlas con las ilusiones que pueden tener algunas personas, en especial las de flaca imaginación o muy melancólicas. A estas personas en particular no deberemos darles crédito, por mucho que digan que ven, que oyen y entienden; ni tampoco inquietarlas diciendo que sus representaciones son debidas al demonio; habrá que oírlas como a enfermas, sin hacer caso de ello, y sin mencionar que se debe a su melancolía, para no afligirlas más todavía; porque si esto se les dice, nunca acabarán de defenderse, jurando que lo ven y lo oyen, porque les parece así. En todo caso será preciso a veces acortarles la oración, y procurar que no hagan caso de lo que experimentan; porque suele el demonio aprovecharse de estas almas enfermas, aunque no sea para su daño, para el de otros. Y no se les debe a estas personas inquietar ni apretar el alma, porque verdaderamente no pueden más.

¿Cómo diferenciar entre las hablas del alma que provienen de Dios, de las causadas por el demonio o por la propia imaginación? Diré, con el favor del Señor, las señales que hay para diferenciarlas y cuándo serán estas hablas [o locuciones] peligrosas. Estas hablas se suelen dar entre gente de oración, y querría, hermanas, que no

penséis hacéis mal en darlas crédito o no, que poco va en ello. De una cosa os aviso: no penséis si las tenéis, aunque sean de Dios, que seréis por eso mejores, que harto Jesucristo habló a los fariseos, y todo el bien está cómo se aprovechan de estas palabras.

Pues tornando a la diversidad de las hablas interiores y a las señales para discernirlas, el que provengan de lo interior, de lo superior, o de lo exterior, nada tiene que ver para saber si son de Dios. Las más certeras señales para poder discernir si su origen es divino son éstas: la primera y más verdadera es el poderío y señorío que traen consigo, ya sea hablando u obrando. Me explicaré mejor: está un alma sumida en la tribulación, con el entendimiento oscurecido y con gran sequedad de espíritu; con una palabra de éstas, que diga solamente «no tengas pena», queda sosegada y con gran luz, sin toda aquella pena que antes tenía y que no habían podido quitar personas muy espirituales, por muchas razones que le diesen.

Otro ejemplo, está afligida y llena de temor el alma por haberle dicho su confesor u otros que las cosas extraordinarias que le pasan que proceden del demonio; y con una palabra que se le diga solo: «Yo soy, no tengas miedo», se le quita todo su temor y queda muy consolada, pareciéndole que nadie logrará hacerle creer otra cosa. Un último ejemplo, está el alma apesadumbrada por algunos asuntos importantes, que no sabe cómo han de terminar; y entonces alguien le dice que se sosiegue, que todo sucederá bien. Queda muy confiada y sin pena. Y así otras muchas cosas.

La segunda razón: que el alma queda con una gran paz, muy recogida y fervorosa, y con gran anhelo de alabar a Dios.

La tercera señal: permanecen estas palabras en la memoria durante mucho tiempo, y algunas jamás se olvidan, a diferencia de las palabras humanas, que aunque provengan de personas muy ilustres y respetables, no quedan tan esculpidas en la memoria, ni tampoco, si se refieren a cosas que están por venir, las creemos como a éstas. Queda una gran certeza, de manera que, aunque

algunas veces parezcan cosas imposibles al entendimiento, que duda y vacila de si sucederán o no, en la misma alma queda una gran seguridad de que se harán, aunque le parezca que sucede todo al contrario de lo que entendió. Si transcurren años, no varía su certidumbre, sabe que Dios utilizará otros medios que los hombres no entienden, pero que al fin se hará; y así acontece. Esto no quita para que no sufra cuando ve que en el intermedio las cosas no suceden como pensaba. Pero ella moriría por aquella verdad que en un momento vio claro. Mas, como digo, el demonio no deja de inquietar y acobardar el alma, azuzando la imaginación, en especial si se trata de un asunto difícil que puede reportar muchos bienes a las almas y mucha gloria de Dios. ¿Qué no intentará el demonio? Por lo menos enflaquecer la fe, lo cual ya es un gran daño, dejando de creer que Dios es poderoso para hacer obras inconcebibles para nuestros entendimientos.

En medio de todos estos combates, aunque quienes la traten le digan que sus ideas son disparatadas y que no se pueden cumplir, le queda al alma una certidumbre muy clara y viva de que sucederán, aunque todas las demás esperanzas se hayan extinguido. Y al fin se cumple la palabra del Señor, y queda el alma tan contenta y alegre, que no querría más que alabar por siempre a su Dios, no tanto por la misma obra que al fin ha resultado, aunque le importe mucho, sino por ver cumplido lo que se le había dicho. Y así es grande su alegría, cuando después de mil rodeos y en cosas muy dificultosas lo ve cumplido. Aunque le hayan de seguir grandes trabajos por esta obra, los quiere más pasar que no se deje de cumplir lo que tiene por cierto que le dijo el Señor.

Cuando las hablas o locuciones proceden no de Dios, sino de la imaginación, ninguna de estas señales está presente, ni certidumbre, ni paz, ni gusto interior; salvo la idea de que podría acaecer.

Del demonio hay más que temer, pero si se dan las señales dichas, mucho se puede asegurar que provienen de Dios; aunque si el asunto es grave, y afecta a terceras personas, jamás haga nada, ni le pase por el pensamiento

de hacerlo, sin el parecer de un confesor experimentado y muy siervo de Dios, por mucho que le parezca ser de Dios. Esto quiere el Señor, que no dejemos de hacer lo que Él manda, pues nos tiene dicho que tengamos al confesor en su lugar [cf. *Lucas* 10, 16], y no podemos dudar de Él. Estas palabras tuyas ayudan mucho y dan ánimo, sobre todo si el asunto es dificultoso. Nuestro Señor le hará ver en el momento preciso al confesor lo que Él quiere para que dé su permiso; y sino, no estamos obligados. Y hacer otra cosa y no guiarse por nadie, sino por el propio parecer en esto, lo tengo por muy peligroso; y así, hermanas, os amonesto de parte de Nuestro Señor que jamás os acaezca.

Otra manera de como el Señor habla al alma es a través de las visiones intelectuales, de las que más adelante hablaré. Se dan tan en lo íntimo del alma, y se oyen las palabras del Señor con tanta claridad, y tan en secreto, que los efectos que tienen aseguran que no puede tener el demonio allí parte. Podemos estar seguros de que esta «habla con visión intelectual» no procede de la imaginación, cuando se dan estas razones: la primera, porque esta voz es tan clara que no se olvida una sílaba de lo que dice. Mas cuando procede de la imaginación, el habla no será tan clara ni con palabras tan precisas, sino como algo medio soñado.

La segunda: porque cuando son de Dios, el alma, cuando las oye, no está pensando en lo que se le dice. Pueden ser a deshora y aun algunas veces estando la persona conversando, y muchas veces se trata de cosas que jamás pensaba que habían de ser ni serían, y así no las podía haber elaborado la imaginación.

La tercera: porque en un caso es como quien oye, y cuando procede de la imaginación es como quien va componiendo lo que él mismo quiere que le digan, poco a poco.

La cuarta: porque las palabras son muy diferentes, y con una sola se comprende en un momento mucho más de lo que nuestro entendimiento podría idear tan de prisa.

La quinta: porque junto con las palabras muchas veces se da a entender mucho más de lo que significan tal como suenan.

En definitiva, cuando el demonio habla, aunque sea bajo color de bien o de ángel de luz, no produce los efectos que quedan dichos, ni deja esa paz en el alma; no ilumina, antes inquieta y alborota. Mas no puede hacer ningún daño o muy poco, si el alma es humilde y hace lo que he dicho, de no moverse a hacer nada por cuenta propia por mucho que entienda.

Si son favores y regalos del Señor, mire con atención si por tenerlos se considera mejor; y si conforme más gracias místicas recibe, no queda más confundida y humilde, crea que allí no está el espíritu de Dios. Porque es cosa muy cierta que, cuando lo es, mientras mayor merced hace, mucho menos se considera la misma alma y más recuerdo tiene de sus pecados, y más olvidada de su provecho, y más empleada su voluntad y memoria en querer sólo la honra de Dios, y con más temor anda de no cumplir en alguna cosa Su voluntad, y con la certeza de que nunca mereció aquellas mercedes, sino el infierno. Cuando produzcan estos efectos, no ande el alma espantada, sino confiada en la misericordia del Señor, que es fiel y no dejará al demonio que la engañe, aunque siempre está bien que se ande con temor.

Quizás les parezca, a las que el Señor no lleva por este camino, que podrían estas almas no escuchar estas palabras que se les dice y, que si son interiores, que tratasen de distraerse para no oírlas, y con esto andarían sin estos peligros. A esto respondo que es imposible. No me refiero a las que proceden de la imaginación, que con no estar tanto tiempo apeteciendo alguna cosa ni haciendo caso de las representaciones, tienen remedio. Acá ninguno; porque de tal manera el Espíritu habla, que hace parar todos los otros pensamientos y fijar la atención del alma a lo que se le dice. Más fácil sería a una persona no entender a otra que hablase a voces, porque podría no darse por aludida, y poner el pensamiento y entendimiento en otra cosa; mas en lo que tratamos no se puede hacer: no hay

oídos que se puedan tapar, ni poder para pensar sino en lo que se le dice. El que pudo hacer parar el sol cuando Josué se lo pidió, puede hacer parar las potencias y todo el interior del alma, de manera que vea que otro Señor gobierna más poderoso aquel castillo que ella, lo cual aviva el fervor y la humildad. Así que no es posible dejar de atender cuando habla Dios. El único remedio que podemos hacer en estos casos, es pedir al Señor que únicamente pongamos los ojos en contentarle y nos olvidemos de nosotros mismos. Quiera Él que haya acertado a dar a entender lo que pretendía.

CAPÍTULO 4

El arrobamiento, éxtasis o raptó. Cómo se precisa gran ánimo para recibir tan gran merced.

Con todos estos trabajos que he mencionado, ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposa? Todo está orientado a que crezca en deseos de gozar del Esposo; por eso Dios, que conoce nuestra flaqueza, la va preparando con estas y otras cosas para que se anime a juntarse con tan gran Señor y le tome por Esposo.

Os parecerá desatino e innecesario que os diga esto, pues no puede haber mujer de tan baja condición que no quiera desposarse con un rey. Así también lo creo yo con los reyes de la tierra, pero con el del cielo os aseguro que se necesita más de lo que pensáis; porque nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran propósito, y si no nos ayuda Dios, es imposible. Y así veréis lo que hace Su Majestad para consumir este matrimonio, que entiendo yo debe ser cuando arrebatada y pone en éxtasis al alma, sacándola de sus sentidos; porque si estando en ellos se viese tan cerca de tan gran majestad, no le sería posible seguir con vida.

Quiero anotar aquí algunas formas de éxtasis. La primera forma ocurre cuando el alma, aunque no esté en oración, es tocada con alguna palabra que recuerda u oye de Dios. Entonces, Su Majestad, compadecido de haberla visto

padecer tanto tiempo por su deseo, aviva la chispa que llamea en el interior del alma, abrasándola toda ella y dejándola renovada. Y así la junta consigo, sin darse cuenta nadie más que ellos dos. El alma, entonces, permanece despierta y atenta, aunque no lo pueda después contar; porque no es como quien sufre un desmayo, que ninguna cosa interior ni exterior entiende. Y nunca como en esos momentos el alma está tan despierta y lúcida para las cosas de Dios, ni le conoce mejor. A algunos esto les parecerá imposible, porque si las potencias están tan absortas que parecen como muertas, y los sentidos lo mismo, ¿cómo se puede explicar que el alma tenga conocimiento? Yo no lo sé, ni quizá ninguna criatura, sino el mismo Creador. Sólo sé que estando el alma de esta forma suspendida, el Señor tiene por bien mostrarle algunos secretos, pero no de forma que lo pueda después contar; porque son cosas muy subidas.

Me diréis entonces que si después no las recuerda, que ¿qué provecho reportan? ¡Oh hijas!, son tan grandes los beneficios que no se pueden encarecer; porque, aunque no lo sepa describir el alma, en lo más interior de ella quedan bien escritas y jamás se olvidan estas mercedes.

Y si no se pueden representar ni las entienden las potencias [la memoria, el entendimiento y la voluntad], ¿cómo se pueden recordar? Tampoco lo entiendo; mas quedan en el alma bien fijas e impresas las verdades que ha entendido, como, por ejemplo, las concernientes a la grandeza de Dios.

Tampoco Moisés supo decir todo lo que vio en la zarza, sino lo que Dios quiso que dijese; mas si Dios no hubiese mostrado a su alma tan grandes secretos, para que viese y creyese quién era Él, no se habría podido meter en tantos y tan grandes trabajos. Debía Moisés entender tan grandes cosas para animarse a hacer lo que hizo por el pueblo de Israel. Así que, hermanas, no busquemos razones para entender los secretos ocultos de Dios, sino que, reconociendo su omnipotencia, creamos que unos gusanos tan limitados como nosotros no tenemos por qué entender

sus grandezas. Alabémosle mucho cuando nos permita que entendamos algunas.

Os pondré una comparación para que lo entendáis mejor. Entráis en la cámara de un rey o de un gran señor, dónde se muestran una gran multitud de artículos, cerámicas y otras muchas cosas, puestas de tal manera que casi todas se ven al entrar. Una vez entré en una sala de éstas, en casa de la Duquesa de Alba, quedándome espantada de ver tantas cosas juntas. Me preguntaba cómo podía aprovecharme y pensé que podía alabar mucho al Señor porque haya dispuesto tanta diversidad cosas en la creación. Aunque estuve allí un rato, era tanto lo que tenía que ver, que luego se me olvidó todo, de manera que no me acordaba de ninguna de aquellas cosas, como si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de qué forma eran, aunque sí me acuerdo del conjunto. Así ocurre también en el éxtasis, cuando está el alma hecha una cosa con Dios, metida en este cielo que tenemos dentro de nuestras almas, donde Él mora. Mientras está el alma embelesada gozándole, algunas veces el Señor quiere que conozca sus secretos, lo que está en aquel aposento, y así queda después de que torna en sí, con aquella impresión de haber visto maravillas; mas no puede decir ninguna ni llega su natural a comprender lo que sobrenaturalmente Dios ha querido que vea.

En estos arrobamientos Dios roba toda el alma para sí, y como a esposa suya, le va mostrando alguna partecita del reino que se ha ganado por ser esposa. No quiere estorbo de nadie, ni de potencias, ni de sentidos; y por eso manda cerrar todas las otras moradas, y sólo en la que está Él se comunica.

¡Oh hermanas mías!, ¡Nada es lo que dejamos, cuánto hacemos y podemos hacer por un Dios que así se quiere comunicar a un gusano! Y si esperamos que incluso en esta vida podemos gozar de tanto bien, ¿qué hacemos?, ¿en qué nos detenemos?, ¿podrá haber alguna cosa lo suficientemente importante para que en un momento dejemos de buscar a este Señor, como lo hacía la Esposa por barrios y plazas? ¡Oh, que es necedad todo lo del

mundo si no nos lleva y ayuda a esto, aunque durasen para siempre sus deleites, riquezas y gozos, cuantos se puedan imaginar! ¡Que es todo asco y basura comparado con estos tesoros que se han de gozar sin fin! Ni aun éstos son nada en comparación con tener por nuestro al Señor de todos los tesoros del cielo y de la tierra.

¡Oh ceguedad humana! ¿Hasta cuándo no limpiaremos esta tierra de nuestros ojos? Que aunque entre nosotras no parece tanta que nos ciegue del todo, veo unas motitas, unas chinitas, que si las dejamos crecer bastarán para que nos causen gran daño. Por amor de Dios, aprovechémonos de estas faltas para conocer nuestra miseria, y ellas nos aumenten la visión, como lo hizo el lodo al ciego que curó nuestro Esposo; y así, viéndonos tan imperfectas, supliquémosle con más ahínco que saque bien de nuestras miserias, para que le contentemos en todo. Gran pena me da saber lo mucho que perdemos por nuestra culpa. Porque, aunque es verdad que las gracias místicas las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Dios como Él nos quiere, a todas nos las daría. No está deseando otra cosa, sino tener a quien dar, que no por eso disminuyen sus riquezas.

Retornando a lo que decía del éxtasis, manda el Esposo cerrar las otras moradas e incluso las del castillo; y arrebatando el alma, le quita la respiración, de forma que no puede hablar; y a veces hasta le se enfrían las manos y el cuerpo, de manera que no parece que está con vida. Esto dura breve tiempo y pronto parece que el cuerpo vuelve algo en sí y que respira. Mas queda la voluntad tan cautivada y el entendimiento tan abstraído que permanece así todo el día, y hasta varios días, que parece incapacitada para entender otra cosa que no sea amar, muy despierta para esto y muy dormida para no dejarse atrapar por ninguna criatura.

Cuando el alma torna ya del todo en sí, queda con grandes deseos de servir a Dios de cuantas maneras quiera. Querría tener mil vidas para alabarle y para emplearlas todas por Él. Queda con grandísimos deseos de hacer penitencia; y no necesita esforzarse mucho para

poder hacerla, porque por la fuerza del amor siente poco cuanto hace y ve claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían; porque con esta ayuda de parte de Nuestro Señor todo resulta fácil, y así se quejan estas almas a Su Majestad cuando no se les ofrece en qué padecer.

Cuando estos éxtasis acontecen delante de algunas personas, es tan grande la vergüenza que el alma siente, que en alguna manera disminuye su gozo, por la pena y preocupación de qué pensarán de ella. Tiene experiencia de la malicia del mundo y sabe que en muchos casos, en vez de ser motivo de alabar al Señor, que no perderán la ocasión para desacreditarla. En alguna manera esta pena y vergüenza que siente denota su poca humildad, porque si esta persona desea ser vituperada, ¿qué más le da? Así lo entendió un alma [habla de sí misma] que estando en esta aflicción, oyó de parte de Nuestro Señor: *No te dé pena, que o ellos han de alabarme a Mí, o murmurar de ti; y en cualquiera cosa de éstas tú ganas*. Esta persona se animó y consoló mucho con estas palabras. Parece que quiere Nuestro Señor que todos entiendan que esa alma ya es suya, que nadie la ha de tocar; podrán hacerlo en su cuerpo, en su honra, en sus bienes, que de todo se sacará gloria de Dios; mas no en el alma, pues si ella no se aparta de su Esposo, Él la protegerá de todo el mundo y aun de todo el infierno.

CAPÍTULO 5

La forma con que Dios en el éxtasis levanta al alma con un vuelo del espíritu.

Distingo entre las diferentes formas de éxtasis porque, aunque en realidad sean todas una misma cosa, interiormente se sienten de forma muy diferente. Y así, llamo vuelo del espíritu al éxtasis en que el alma es arrebatada tan súbitamente y con una fuerza tan grande, que causa harto temor, en especial a los principios; y por eso os decía que es menester gran ánimo para recibir de

Dios tales mercedes, mucha fe y confianza, y una gran resignación para que haga Nuestro Señor del alma lo que quisiere. ¿Pensáis que causa poca turbación estar una persona en sus cinco sentidos y verse de repente arrebatarse el alma (y aun a algunas veces el cuerpo con ella) sin saber a dónde va, qué o quién la lleva o cómo?; pues a los principios no hay tanta certeza de que sea Dios.

¿Puede el alma resistirse a dejarse arrebatarse? En ninguna manera; antes es peor. Parece quiere Dios dar a entender al alma que, puesto que ella tantas veces se ha puesto en sus manos y con tan gran entera voluntad se le ha ofrecido toda, que entienda que ya no tiene parte en sí y que es arrebatada hacia Él con un impulso mucho mayor. Y como un gigante tomaría una paja, así es arrebatado su espíritu cuando Dios la levanta en sus manos.

Es como si Dios omnipotente, con una gran suavidad y con un ímpetu muy grande, desencadenase una ola tan poderosa que sube en lo alto la navecita de nuestra alma. Y así como en una nave que es zarandeada con furia, nada puede el piloto ni la tripulación para impedir que las olas la lleven donde les plazca, mucho menos puede resistirse el interior del alma que sea llevada donde Dios quiere, ni hacer que sus sentidos y potencias sean enajenados de lo exterior.

De sólo estar escribiéndolo me quedo asombrada de cómo se muestra aquí todo el poder de este gran Rey y Emperador. ¡Qué obligadas estarán, por tanto, las que hayan recibido tan gran merced! Mirad que quien mucho debe, mucho ha de pagar. Harta necesidad tiene el alma aquí de gran ánimo, que es una cosa que mucho acobarda; y si Nuestro Señor no se lo diese, andaría siempre muy afligida; porque al ver lo que Dios hace con ella y lo que ella hace por Él, ve cuán poco sirve para lo que está obligada, y ese poquito que hace lo ve lleno de faltas, miserias y debilidad. Siempre presente tiene sus pecados, por lo que pone su confianza en la misericordia de Dios, pues no tiene con qué pagar, y suplica tenga para con ella la piedad y misericordia que siempre tuvo con los pecadores.

A una persona [habla de sí misma] que por estos motivos se sentía muy afligida delante de un crucifijo, al considerar lo poco que había hecho por Dios y dejado por Él, el mismo Crucificado le dijo para consolarla: que le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión para que los tuviese por propios y para que se los ofreciese a su Padre. Quedó de esto aquella alma tan consolada y tan rica, según entendió, que no se le podrá olvidar jamás; antes cada vez que se ve tan miserable, se acuerda de ello y queda animada y consolada.

Mucho le agrada a Nuestro Señor que nos conozcamos y procuremos siempre mirar y remirar nuestra pobreza y miseria, sabiendo que no tenemos nada que no hayamos recibido. Así que, hermanas mías, para esto y otras muchas cosas que se ofrecen al alma es menester ánimo y mucha humildad; y a mi parecer, para esto último que tratamos más todavía. El Señor nos las dé, por ser Él quien es.

Pues retornando a este súbito rapto del espíritu, es de tal manera que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte, claro está, que no queda la persona muerta; al menos ella no puede decir si está en el cuerpo o si no por algunos instantes. Le parece que toda ella ha estado en un sitio muy diferente del que vivimos, donde hay también una luz muy diferente de la de acá, imposible de imaginar. Y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas que no bastarían muchos años para representárselas en su imaginación, ni siguiera una parte. Con los ojos del alma alcanza a ver mucho mejor que con los del cuerpo, y sin palabras se le da a entender algunas cosas; por ejemplo, se le dan a conocer algunos santos, y los conoce como si los hubiera mucho tratado. Otras veces, se le representan multitud de ángeles junto al Señor; y sin ver nada con los ojos del cuerpo, por un conocimiento admirable, los percibe, y otras muchas cosas que no hay por qué decir. Si esto todo pasa estando en el cuerpo o no, yo no lo sé; al menos ni juraría que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin alma.

Lo cierto es que súbitamente se levanta el interior del alma de tal manera sin hacer ruido, y tan claramente, que

no podría ser atribuido a una ilusión; y muy fuera de sí, a todo lo que puede entender, se le muestran grandes cosas; y cuando torna a sentirse en sí, es con tan grandes ganancias y teniendo en tan poco todas las cosas del mundo en comparación de las que ha visto, que le parecen basura. De ahí en adelante vive en la tierra con harta pena, y no ve cosa de las que antes le solían parecer bien que no le parezca nada. Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra a donde ha de ir, para que pase los duros trabajos de este camino, sabiendo dónde ha de ir a descansar. Aunque no os parezca de mucho provecho cosa que tan presto se pasa, son tan grandes los beneficios que deja en el alma que si no es a quien los haya pasado, no se sabrá entender su valor.

Por todo esto se comprueba no ser cosa del demonio ni de la propia imaginación. Nunca el demonio podría representar cosas que tanta paz y sosiego y aprovechamiento dejan en el alma: conocimiento de la grandeza de Dios, conocimiento de nuestra propia miseria y una gran humildad.

Estas son las joyas que comienza el Esposo a dar a su esposa; son de tanto valor y quedan tan esculpidas en la memoria, que es imposible que pueda olvidarlas hasta que las goce para siempre, a no ser que las pierda por culpa suya; mas el Esposo que se las da, es poderoso para darle la gracia para que no las pierda.

CAPÍTULO 6

Efectos en el alma que deja el arrobamiento. Cómo se entenderá si es verdadero o engaño. Otra forma de orar que da el Señor al alma para que le alabe.

El alma que ha recibido tan grandes mercedes queda con tantos anhelos de gozar del todo de Nuestro Señor, que vive con harto tormento, aunque sabroso. Ansía mucho morir y frecuentemente pide a Dios, con lágrimas en los ojos, que la saque de este destierro. Todo la cansa de

cuanto ve en él; estar a solas la alivia algo, pero siempre tiene esta pena y no puede vivir sin ella. En fin, no acaba esta mariposica de encontrar asiento que dure; más bien, como anda el alma tan inflamada en amor, cualquier ocasión que avive más ese fuego la hace volar; y así en esta morada son muy continuos los raptos, sin que pueda excusarlos, incluso estando en público, mientras apenas la turban que murmuren de ella. Y aunque el interior del alma se mantiene serena, en especial cuando está a solas con Dios, por otra parte anda muy afligida; porque teme si la ha de engañar el demonio de manera que ofenda a quien tanto ama. En obedecer a su confesor y no ofender a Nuestro Señor le parece está todo su remedio para no ser engañada; y así no cometería advertidamente un pecado venial aunque la hiciesen pedazos; y harto se aflige de ver que no puede evitar por descuido de cometer muchos.

Infunde Dios en esta alma un deseo tan grande de no desagradarle en ninguna cosa, por pequeña que sea, que si pudiese, por solo esto, querría huir de las gentes y vivir en desierto. Por otra parte, desearía meterse en medio del mundo por si pudiese influir en algo para que un alma amase un poco más a Dios.

¡Oh pobre mariposilla!, atada con tantas cadenas, no te dejan volar lo que quisieras! Tened piedad de ella, mi Dios; disponed las cosas de tal manera que pueda cumplir en algo sus deseos para vuestra honra y gloria. No os acordéis de su indignidad. Socorredla con vuestra fortaleza para que pueda soportar los muchos trabajos que desea padecer por Ti. Alargad, Señor, vuestro poderoso brazo para que no pierda la vida en cosas bajas. Resplandezca vuestra grandeza en su debilidad, para que, viendo el mundo que nada bueno proviene de ella, a Ti te alabe. Dar mil vidas daría por muy bien empleadas para que un alma os amase un poquito más, costase lo que costase.

Sin duda que estos son los efectos que ordinariamente dejan en el alma los raptos o éxtasis; porque no son deseos fugaces sino permanentes, y cuando acontece la oportunidad para ponerlos por obra se ve que no eran fingidos. Hay otras veces, sin embargo, en que Dios deja

transitoriamente al alma en su debilidad natural: ella se siente acobardada para hacer las más pequeñas cosas, está atemorizada y con muy poco ánimo. La quiere el Señor así para que mucho más se aproveche; porque el alma ve entonces con gran claridad que si algo ha tenido, ha sido de Su Majestad, y queda con un mayor conocimiento de la misericordia de Dios y de su grandeza, que en cosa tan baja ha querido mostrarse. Mas, ordinariamente, dejan los éxtasis unos efectos como antes he dicho.

Una cosa advertid, hermanas, andemos con temor siempre. No por tener lágrimas por Dios nos creamos más perfectas. No está en llorar mucho, sino en obrar mucho y practicar las virtudes.

Entre las cosas penosas y sabrosas que el Señor concede, algunas veces da al alma una forma de orar con un gozo y una alegría tan grandes que no se sabe explicar. Si os hace Dios esta merced, alabadle mucho por ello. A mi parecer, deja Nuestro Señor con libertad a las potencias para que se gocen juntas, y a los sentidos lo mismo, sin entender qué es lo que gozan y cómo lo gozan. Parece todo una fiesta, y ciertamente lo es, que es un gozo tan excesivo del alma, que no quiere gozarle a solas, sino que quiere que todos la ayuden a alabar a Nuestro Señor. Hartas fiestas y demostraciones haría, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo. Es cómo si se hubiese encontrado a sí misma, y como el padre del hijo pródigo, quiere convidar a todos y hacer grandes fiestas, por ver su alma con tanta felicidad. Y tengo para mí que su alegría es comprensible; porque tanto contento y gozo interior de lo muy íntimo del alma, en medio de tanta paz, incita a alabar mucho a Dios, y no es posible que lo comunique el demonio. En medio de tan gran alegría, mucho cuesta callar y disimular. Así debía estar San Francisco cuando los ladrones lo encontraron, mientras andaba por el campo dando voces diciendo que era pregonero del gran Rey.

Algunas veces, hermanas, me da una gran alegría ver que cuando estáis juntas mostráis exteriormente el gran gozo interior que tenéis y alabáis a Nuestro Señor de veros

en el convento. Se nota claramente que estas alabanzas os salen del interior. Muchas veces querría, hermanas, que hicieseis esto, pues cuando comienza una a manifestar su gozo, mueve a las demás a hacer lo mismo. Y ¿en qué mejor emplear vuestra lengua cuando estéis juntas que en alabar a Dios, pues tantas razones tenéis para hacerlo?

Quiera Su Majestad darnos muchas veces esta forma de orar, pues es segura y trae muchas ventajas; que adquirirla por nuestro esfuerzo no podemos, pues es cosa muy sobrenatural. Si acontece durar un día, anda el alma como borracha, mas no tanto que tenga enajenados los sentidos; o como una persona llena entusiasmo que lo irradia a los demás. Este gozo la tiene al alma tan olvidada de sí y de todas las cosas, que no advierte ni acierta a hablar más que de donde procede su gozo, que es Dios y de los motivos para alabarle.

CAPÍTULO 7

El dolor que sienten de sus pecados las almas a quien Dios hace tan grandes mercedes. El gran error que hay en no ejercitarse en traer presente la Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, su Pasión y vida, y a su gloriosa Madre y a los santos.

Os parecerá, hermanas, que a estas almas con las que el Señor se comunica tan particularmente, que se creerán ya tan seguras de que han de gozarle para siempre, que no tendrán que temer ni que llorar sus pecados; craso error es éste, porque el dolor de los pecados crece más mientras más se recibe de Dios; y hasta llegar al cielo, las penas no han de faltar.

Verdad es que el dolor de los propios pecados unas veces es más intenso que otras, y también es de diferente manera; porque el alma que ha recibido mercedes tan señaladas, no se acuerda de la pena que ha de sufrir por ellos, sino de cómo ha sido tan ingrata a quien tanto debe, pues conoce mucho más la grandeza de Dios. Se espanta de ver como fue tan atrevida; llora el poco respeto que

tuvo; le parece tan grande su insensatez, que no deja de avergonzarse al acordarse de las cosas tan bajas a las que se entregó, dejando de lado a tan gran Majestad. Mucho más se acuerda de sus pecados que de las mercedes que recibe; éstas las recibe de vez en cuando, pero el recuerdo de los propios pecados siempre lo tiene presente y es harta gran cruz.

En lo que toca a temer el infierno, ninguno tiene. De si ha de perder a Dios, a veces lo teme mucho, pero es pocas veces. Su gran temor es que Dios la deje de su mano y que pueda ofenderle, y que se vea de nuevo en el estado tan miserable en que estuvo en otro tiempo; que de su gloria y pena propia, no tiene cuidado, y si desea no estar mucho tiempo en el purgatorio, es más por no estar alejada de Dios el tiempo que allí esté, que por los sufrimientos que ha de pasar.

Tengo por poco seguro que por favorecida que un alma sea de Dios, que se olvide del miserable estado en que vivió en otro tiempo; porque aunque sea doloroso recordar los pecados, aprovecha mucho. Quizás como yo he sido tan ruin, así me parece, y ésta es la causa de traerlos siempre en la memoria. Este dolor no se alivia por pensar que Nuestro Señor ya nos ha perdonado; antes aumenta el dolor ver tanta bondad y como ha recibido tantas mercedes quien no merecía sino el infierno.

También os podrá parecer que quien goza de mercedes tan altas, que no necesita ya meditar los misterios de la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, porque se empleará ya toda en amar; y que como ya está adelantada, será mejor que se ejercite en cosas de la divinidad y que huya de las corpóreas. Pero yo nunca tendré esta forma de proceder como buena, pues así me quiso engañar el demonio, y he salido tan escarmentada, que mucho os lo advierto.

También les parece a algunas personas que no meditan en la Pasión, que menos podrán hacerlo sobre la Santísima Virgen y los Santos, de los que tantos beneficios y ánimo se sacan al repasar sus vidas. Si oran así, yo no puedo saber en qué piensan; porque no somos espíritus angélicos, que

están siempre alejados de lo corpóreo y abrasados en el amor. Para los que vivimos en un cuerpo mortal, siempre será bueno recordar y sentir la compañía de los que, tan mortales como nosotros, hicieron tan grandes hazañas por Dios; cuánto más necesitamos tener siempre presente todo nuestro bien y remedio: la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Yo no puedo creer que haya quienes se apartan de Él; al menos no entrarán en las dos últimas moradas, porque si pierden la guía, que es el buen Jesús, no darán con el buen camino. Porque el mismo Señor dice que es Él es el camino y la luz, y que no puede ninguno ir al Padre sino por Él; y que *quien me ve a mí ve a mi Padre*. Dirán que estas palabras tienen otro sentido. Yo no sé qué otros sentidos pueden tener; con éste que siempre ha sentido mi alma ser la verdad, me ha ido muy bien.

Hay también almas a las que Nuestro Señor ha llevado a la contemplación perfecta, que querrían siempre estarse allí, y esto no puede ser; mas notan después que no pueden discurrir en los misterios de la Pasión y vida de Cristo como antes lo hacían. Es esto bastante corriente, que quede el entendimiento más incapacitado para la meditación. Debe ser la causa, que como en la meditación siempre el alma busca a Dios, cuando una vez se lo encuentra por la contemplación perfecta, queda el alma tan acostumbrada a buscarle por la voluntad, que no quiere cansarse con el entendimiento. Esto no es malo, pero es imposible que se pueda lograr siempre, por lo menos hasta que no se entre en las dos últimas moradas. Hasta entonces, no pierda el tiempo buscándolo sólo con la voluntad, porque muchas veces necesitará la ayuda del entendimiento para moverla a amar.

Como este punto me parece importante, trataré de explicarlo mejor. Está el alma deseando emplearse toda en amar y querría no saber otra cosa, mas no podrá aunque quiera; porque, aunque la voluntad no esté muerta, está mortecina su llama, y necesita que alguien le sople para irradiar su calor. ¿Es bueno que el alma persista así en la oración, nadando en la aridez, esperando que venga fuego

del cielo para inflamarla, como hizo Elías? No, por cierto, ni está bien esperar estos milagros. El Señor los hace cuando le place, mas quiere Su Majestad que nos tengamos por tan ruines que no pensemos que los merecemos, sino que nos esforcemos lo que podamos. Y pienso que hasta que muramos, por muy subida que sea la oración, que siempre necesitaremos de la meditación.

Cierto es que a quien el Señor mete en la séptima morada, que muy pocas veces o casi nunca necesitará ayudarse del entendimiento; mas continuamente andará junto a Cristo Nuestro Señor, sintiendo su compañía divina y humana.

Así que si no sentimos nuestra voluntad inflamada de amor, y si no sentimos la presencia de Dios, necesario es que la busquemos; que esto quiere el Señor, como lo hacía la Esposa en el Cantar de los Cantares; que preguntemos a las criaturas quién las hizo, y no nos estemos como bobas perdiendo el tiempo, esperando lo que una vez nos dio, que al principio podrá ser que no nos lo vuelva a dar en un año o en muchos. Su Majestad sabe el porqué; nosotras no tenemos por qué saberlo. Pues sabemos el camino —cómo debemos agradar a Dios cumpliendo sus mandamientos y siguiendo sus consejos—, en esto andemos muy diligentes, y en pensar en su vida y su muerte, y lo mucho que le debemos; lo demás venga cuando el Señor quiera.

Ahora responderé a la objeción de las que dicen que no pueden detenerse a meditar en estas cosas, y quizás tengan razón en alguna manera. Ya sabéis que una cosa es discurrir con el entendimiento y otra distinta representar en la memoria las verdades. Llamo yo meditación a discurrir mucho con el entendimiento de esta forma: empezamos pensando en el beneficio que Dios nos hizo al darnos a su único Hijo; y no nos detenemos allí, sino que vamos adelante discurriendo sobre los misterios de su vida; o comenzamos en la oración del Huerto y no paramos de razonar hasta que lo contemplamos puesto en la cruz; o tomamos un paso de la Pasión, como el prendimiento, y consideramos este misterio en detalle, ya sea la traición de

Judas, como la huida de los apóstoles y todo lo demás. Esta forma de orar es muy provechosa y muy meritoria.

Podrá tener algo de razón la que piensa que, porque la ha llevado Dios alguna vez a la perfecta contemplación, que no puede detenerse a pensar, porque es posible que no pueda. Mas estará equivocada si aduce que nunca reflexiona sobre estos misterios ni los tiene presentes, en especial cuando los celebra la Iglesia Católica. No es posible que un alma que ha recibido tanto de Dios, que se olvide de estas muestras de amor tan preciosas, las cuales le servirían para encenderla más todavía en el amor hacia Él. No es que el alma, que ha llegado a la contemplación perfecta, no pueda entender estos misterios, sino que los entiende de una manera más perfecta: si los representa el entendimiento se fijan en su memoria de tal manera que con sólo ver al Señor caído y sudoroso en el Huerto, aquello le basta no sólo para una hora, sino para muchos días, cayendo en la cuenta con una simple mirada de quién se trata y lo ingratos somos a lo mucho que sufrió por nosotros; pronto la voluntad desea servir y padecer por quien tanto padeció, y así en otras cosas semejantes. Y por esta razón parece que no reflexiona sobre la Pasión, y esto le da la impresión de que no puede meditar sobre ella.

La que no medite sobre la Pasión, que lo intenté, pues no se lo impedirá su muy subida oración, y no tengo por bueno el que no se ejercite en esto muchas veces. Si de aquí el Señor la suspende en éxtasis, enhorabuena, que aunque no quiera la hará dejar lo que está meditando. Y tengo por seguro que no es ningún estorbo la meditación, sino una gran ayuda para todo bien.

Hay algunas almas, a las que el Señor comienza a llevar a oración de quietud y a hacerles gustar de sus regalos, que les parece que es muy buena cosa estarse allí siempre gustando. Pues créanme y no se embelesen tanto, que la vida es larga y en ella hay muchos trabajos. Necesario es que miremos a nuestro modelo, Jesucristo, cómo pasó sus trabajos, y también a los Apóstoles y Santos, para llevar los nuestros con perfección. Es muy buena compañía el buen Jesús, no nos apartemos de Él ni de su Santísima Madre. A

Él le agrada mucho que nos dolamos de sus penas, aunque tengamos que dejar nuestro contento y gusto algunas veces. Nunca será tan ordinario el regalo en la oración que no haya tiempo para todo; y la que diga que tiene continuo regalo en la oración, lo tendría yo por muy sospechoso, pues no podría hacer lo que he dicho. Así que salid de ese engaño.

Creo haber dejado claro que por muy espirituales que piensen que sean, que no huyan de la meditación ni de la Humanidad sacratísima de Cristo, pues sería muy peligroso, y podría el demonio haceros perder la devoción hacia el Santísimo Sacramento. Mi engaño no llegó a tanto, sino a perder el gusto en pensar en Nuestro Señor Jesucristo, mientras andaba en aquel embebecimiento, esperando ser consolada. Y claramente vi que iba por mal camino; porque como no podía gozar siempre del consuelo, andaba el pensamiento de aquí para allá, y el alma, me parece, como un ave que revolotea sin hallar en donde parar, perdiendo harto tiempo, y no aprovechando en las virtudes ni progresando en la oración. Y no entendía la causa, porque me parecía que iba por buen camino, hasta que me lo advirtieron, cuando conversé sobre la oración que llevaba con una persona muy sierva de Dios. Después vi claro lo errada que estaba, y cuanto tiempo perdí sin poder ganar nada. De aquí que no quiero adquirir ningún bien que no me venga por quien nos vienen todos los bienes. Sea por siempre alabado. Amén.

CAPÍTULO 8

*De cómo Dios se comunica al alma en la visión intelectual.
Los efectos que produce cuando es verdadera.*

Para que veáis más claramente que mientras más adelantada está un alma en la vida espiritual, más siente la compañía del buen Jesús, estará bien que tratemos de cómo, cuando el Señor quiere, hace que el alma sienta su cercanía constante, manifestándole de esta forma el amor que la tiene. Ocurre esto cuando de manera totalmente

imprevista, el alma siente dentro de sí a Jesucristo Nuestro Señor, aunque no le vea. Esta forma de manifestarse la llaman visión intelectual, y no sé por qué.

Conocí a una persona a quien Dios le concedió esta gracia [alude a sí misma], la cual al principio la turbaba harto, porque no comprendía qué le ocurría, pues no le veía; y al mismo tiempo se daba perfectamente cuenta de que era Jesucristo, quien se le mostraba de tal forma que no lo podía dudar. Mas esta visión no es como las imaginarias, que pasan rápidamente, sino que dura muchos días. Muy temerosa esta persona, se fue a su confesor, el cual le preguntó que, si no veía nada, que cómo sabía que era Nuestro Señor; que le dijese qué rostro tenía. Ella le dijo que no lo sabía, ni veía ningún rostro, pero que se daba cuenta de que era Él el que la hablaba y que no era producto de una ilusión. De esto no dudaba lo más mínimo, sobre todo cuando el Señor la decía: *No tengas miedo, que Yo soy*. Tenían tanta fuerza estas palabras que quedaba muy animosa y alegre con tan buena compañía. Esto le ayudaba grandemente para vivir en una habitual presencia de Dios y para tener gran cuidado de no desagradarle en nada, porque le parecía la estaba siempre mirando. Y cada vez que quería hablar con el Señor, ya sea en tiempo de oración o fuera de él, le parecía tenerlo tan cerca, que no la podía dejar de oír.

Bien es cierto que esta alma no oía sus palabras cuando ella quería, sino inesperadamente, cuando era menester. Sentía que andaba a su lado derecho, no porque se lo dijese los sentidos, sino por otra vía más delicada, que no sé explicar. Es tanta la seguridad de que es el Señor, y de que está tan cerca, que es imposible que sea fruto de la imaginación. Al mismo tiempo esta merced produce grandes bienes en el alma: queda con enorme paz, con continuos deseos de contentar a Dios y con gran desprecio de todo lo que no la lleva a Él. Además, queda avergonzada y más humilde, pues sabe que no es fruto de su ingenio o merecimiento, sino total obsequio de Dios. Y trae consigo tal particular conocimiento de Dios, y una impresión tan continua de estar acompañada, que la lleva a amar al

Señor más tiernamente y a desear entregarse a Él y servirle. Nunca tantos bienes podrán ser producto de una mente debilitada ni del demonio.

Por último, deja en el alma una gran delicadeza de conciencia, porque se da cuenta de la presencia que lleva dentro. Aunque ya sabemos que Dios está en todo lo que hacemos, es nuestro natural tal que apenas caemos en la cuenta de ello, lo que no ocurre en esta visión intelectual, en que el alma está constantemente apercebida de esta verdad.

En conclusión, es tanta la ganancia del alma, que no la cambiaría por ningún tesoro ni deleite del mundo. Y así, cuando el Señor se la quita, queda con gran sentimiento de soledad; y no bastarán todos los esfuerzos que haga para volver a sentir esta compañía; que lo da el Señor cuando quiere, y no se puede adquirir.

Otras veces, sin embargo, en vez de sentir la presencia de Dios dentro del alma, lo que siente es la compañía de algún santo, y también es de gran provecho.

Diréis que si no se ve, que cómo se entiende que es Jesucristo, o su Madre, o un santo. Esto no lo sabrá el alma explicar, mas no lo duda lo más mínimo. Así son las experiencias místicas, lo que es comprensible, pues muy baja es nuestra condición para comprender las grandezas de Dios.

No por disfrutar esta merced la persona se considera mejor que las otras, sino al contrario, pues le parece que es la que menos sirve a Dios en el mundo, porque está más obligada que nadie, y cualquier falta que hace le atraviesa las entrañas, y con razón.

Si alguna de vosotras, hijas, es llevada por este camino, que no se espante, aunque bien está que tenga temor y que ande con más cuidado. Por otro lado, no ande confiada por ser tan favorecida ni se descuide, que esto será señal de no provenir de Dios, si no queda con los efectos que os he dicho. Bueno es que al principio se lo comunique a su confesor [o director espiritual], mucho más todavía si es persona espiritual y con experiencia. Una vez se lo hayáis

dicho, no le deis más vueltas. No piense tampoco nadie que por tener una hermana cosas semejantes, que es mejor que las otras, sino que el Señor lleva a cada una como ve que es menester, y muchas veces, lleva por este camino a las más flacas. Y así no lo aprobéis ni lo condenéis, sino fijaos en las virtudes. Aquella que con más mortificación, humildad y limpieza de conciencia sirva a Nuestro Señor, ésa será la más santa, aunque no lo sabremos con seguridad hasta que el verdadero Juez dé a cada uno lo que se merece. Allá nos sorprenderemos de ver cuán diferente es su juicio de lo que aquí podemos entender. Sea por siempre alabado. Amén.

CAPÍTULO 9

De cómo se comunica el Señor al alma por la visión imaginaria. Guárdate mucho de desear ir por este camino.

Ahora hablemos de las visiones imaginarias, donde hay más riesgo de que se meta el demonio; pero cuando son de Nuestro Señor, me parecen de lo más provechosas, porque son más conformes a nuestro natural.

¿En que consisten estas visiones ? Cuando al Señor le place regalar más a un alma, le muestra claramente su sagrada Humanidad de la manera que quiere, ya sea tal como andaba en el mundo o después de resucitado; y aunque pasa esta imagen gloriosa tan rápida como un relámpago, queda tan esculpida en la imaginación, que tengo por imposible que el alma la olvide hasta que la vea en el cielo, donde la ha de gozar sin fin.

Aunque diga imagen, debéis entender que no es algo pintado, sino una imagen realmente viva, que algunas veces habla con el alma y aun le muestra grandes secretos. Es tan grande su majestad, que el alma casi siempre queda en éxtasis, pues no puede su bajeza sufrir tan espantosa visión.

Digo espantosa, porque con ser la más hermosa y más deleitable que una persona podría imaginar (aunque nunca llegaría a imaginárselo por mucho que lo intentase mil

años), es su presencia de tan gran majestad, que produce mucho espanto en el alma. Por supuesto que no es necesario preguntar cómo sabe quién es sin que se lo hayan dicho, que se da bien a conocer que es el Señor del cielo y de la tierra; lo que no harán los reyes de este mundo, que por sí mismos bien en poco se tienen si no van acompañados de su séquito, o si no se dan a conocer.

No será visión verdadera si el alma puede estarse mirando tranquilamente al Señor durante cierto tiempo, sino alguna ferviente consideración fabricada por la imaginación; la cual es como cosa muerta comparada con la verdadera. Estas falsas visiones las suelen tener algunas personas de flaca imaginación, o de gran inteligencia, que se emboban de tal manera con la imaginación, que todo lo que piensan les parece que lo ven. Si hubiesen tenido la verdadera visión, comprenderían su engaño; porque van ellas mismas componiendo lo que ven con su imaginación, y no causan después ningún efecto, sino que dejan el alma fría. No merecen que nos preocupemos de ellas, pues rápidamente se olvidan sus representaciones, mucho más rápido que los sueños.

En la visión verdadera no es así, sino que estando el alma desprevenida de que ha de ver tal cosa, sin pasarle por su pensamiento, de súbito se le representa, conmoviendo todas sus potencias y sentidos con gran temor y alboroto, para dejarlas en seguida en dichosa paz. Así como cuando San Pablo fue tirado del caballo, aconteció aquella tempestad y alboroto en el cielo, así en este mundo interior del alma hay gran revuelo, y en un punto queda todo sosegado, y el alma queda tan aleccionada de algunas grandes verdades, que no necesita otro maestro para aprenderlas; sin ningún esfuerzo suyo alcanza gran sabiduría, y queda durante bastante tiempo con una gran seguridad de que la visión proviene de Dios. Esto nunca lo podría hacer el demonio, dejarla con tantos bienes, ni con tal seguridad y majestad.

Como los confesores no pueden ver esto, cuando se les informa de ello, temen y con razón. Y así es preciso que vayan con prudencia, esperando a ver qué fruto producen

estas apariciones, e ir poco a poco viendo la humildad y la fortaleza en la virtud con que queda el alma; que si proviene del demonio, presto dará señal y le cogerán en mil mentiras. Si el confesor tiene experiencia o si le ha dado Su Majestad don de conocer espíritus, poco tiempo necesitará para discernirlo, para ver si procede de Dios, de la imaginación, o del demonio.

Lo que si importa mucho, hermanas, es que seáis muy sencillas y sinceras con vuestro confesor [o director espiritual], no digo en decir los pecados, que eso se da por supuesto, sino en informarle de vuestra oración; porque si no se le informa, no puedo asegurar que vayáis bien, ni que sea Dios el que os enseña; pues a Él le agrada mucho que al que está puesto en su lugar se le trate con mucha verdad y franqueza, procurando que esté al tanto de todos los pensamientos, cuánto más de las obras, por pequeñas que sean. Y al abrir vuestra alma no andéis turbadas ni inquietas, que aunque no fuese de Dios, si tenéis humildad y buena conciencia no os dañará; que sabe Su Majestad sacar de los males bienes, y que por el camino que el demonio os quería hacer perder, ganaréis más.

Gran ganancia y consuelo saca el alma de esta merced del Señor, pues cuando piensa en Él o en su vida y Pasión, se acuerda de su benigno y hermoso rostro, y esto la espolea a amarle. En este mundo también sucede lo mismo, pues si alguien nos ha hecho algún bien, nos moverá mucho más a amarle y ser agradecidos, el haberle conocido que si no lo conocemos. Yo os digo que hace harto consuelo y provecho tan sabrosa memoria. Por tanto, considerando las grandes mercedes que Dios os hace, esforzaros en agradarle más y en tener siempre presente su figura.

Lo que si quiero advertiros mucho es que cuando oigáis que el Señor hace estas mercedes a las almas, que jamás le supliquéis ni deseéis que os lleve por este camino. Aunque haya que estimarlo mucho y os parezca muy bueno desearlo, no conviene por algunas razones.

La primera, porque es falta de humildad querer que se os dé lo que nunca habéis merecido, y así creo que no tendrá

mucha humildad quien lo desee; porque así como un humilde labrador está muy lejos de desear ser rey, pues le parece imposible, porque no lo merece, así lo está el humilde de cosas semejantes. Y creo yo que nunca se darán a estas personas que lo desean tales mercedes, porque lo primero que da el Señor es un gran conocimiento propio.

La segunda, porque corre gran riesgo el alma de ser engañada o de estar en peligro, pues el demonio no necesita más que ver una pequeña puerta abierta para meterse y poder ponernos mil trampas.

La tercera, cuando se desea mucho algo, la misma imaginación nos hace creer que vemos aquello que deseamos, y hasta llegamos a oírlo, como aquellos que andan por el día pensando mucho en una cosa, que hasta la llegan a soñar por la noche.

La cuarta, es un gran atrevimiento querer escoger un determinado camino no sabiendo cuál me conviene más, en vez de dejar al Señor, que me conoce, que me lleve por el que conviene, para que en todo haga su voluntad.

La quinta, ¿pensáis que son pocos los trabajos que padecen aquellos a quienes el Señor hace estas mercedes? No, sino muy grandes y muy diversos. ¿Qué sabéis si podréis sufrirlos?

Además de estas razones hay otras; pero creedme, hermanas, lo más seguro es no querer sino lo que Dios quiere, pues nos conoce más que nosotros mismos y nos ama. Pongámonos en sus manos, para que se haga su voluntad en nosotras. No nos extraviaremos así, si con gran determinación permanecemos siempre en esta disposición. Y debéis advertir, que por recibir muchas mercedes de éstas no se merece más gloria, pues antes se queda más obligada a servir, pues se ha recibido más. Nunca el Señor nos quitará la oportunidad de poder merecer más, pues ello está en nuestra mano; y así hay muchas personas santas que jamás recibieron ninguna de estas mercedes; y hay otras que las reciben, que no lo son. Y no penséis que estas mercedes se reciben frecuentemente, antes por una

vez que las hace el Señor son muchos los trabajos que manda; y así el alma no se fija en si recibirá más, sino en cómo ha de corresponder a tan grandes gracias.

Verdad es que estas mercedes son una gran ayuda para progresar en las virtudes; mas el que haya progresado en ellas a costa de su trabajo, mucho más merecerá. Yo sé de dos personas [probable alusión velada hacia sí misma y a San Juan de la Cruz], a quienes el Señor había hecho algunas de estas mercedes, que estaban tan deseosas de servir a Su Majestad a su costa, sin estos grandes regalos, y tan ansiosas por padecer, que se quejaban a Nuestro Señor porque se los daba, y si pudieran no recibirlos, se excusarían de ellos. Digo regalos, no de estas visiones, que, en fin, ven la gran ganancia y son mucho de estimar.

Verdad es que también son estos deseos sobrenaturales, a mi parecer, y de almas muy enamoradas, que querrían que viese el Señor que no le sirven por sueldo; y así jamás aspiran a recibir más gloria por sus esfuerzos, sino a contentar al amor de mil maneras. Si fuese necesario, estarían dispuestas a ser aniquiladas para la mayor honra de Dios y lo harían de muy buena gana. Sea alabado para siempre el que se abaja a comunicarse con tan miserables criaturas, quiriéndoles mostrar su grandeza.

CAPÍTULO 10

Otras mercedes que Dios hace al alma, y el gran provecho que dejan.

Por diversos motivos el Señor se comunica mediante estas apariciones; unas veces porque el alma está afligida; otras, cuando le ha de venir algún trabajo grande; otras, por regalarse Su Majestad con ella y regalarla. No hay para qué particularizar más, pues sólo pretendo dar a entender cada una de las diferencias que hay en este camino y los efectos que dejan; para que no se os antoje que cualquier cosa que imagináis es visión, y para que cuando lo sea en verdad, que no andéis alborotadas ni afligidas, pues el demonio gana mucho y gusta de ver afligida e inquieta al

alma, porque sabe lo que le estorba para emplearse toda en amar y alabar a Dios.

Su Majestad puede comunicarse al alma de otras maneras. Así ocurre, cuando al Señor le place, que estando el alma en oración y en sus cinco sentidos, se quede de repente en éxtasis, para darle a conocer grandes secretos, que parece los ve en el mismo Dios. Éstas no son visiones de la Sacratísima Humanidad, y aunque digo que ve, no ve nada, porque no es visión imaginaria, sino intelectual, donde se le descubre cómo en Dios se ven todas las cosas y las tiene todas en sí mismo. Muy gran provecho produce esta visión, porque, aunque pasa en un momento, queda muy esculpida esta verdad en el alma y causa grandísima confusión, al ver mucho más claro la maldad que cometemos cuando ofendemos a Dios, porque en el mismo Dios —estando dentro en Él— hacemos grandes maldades.

Para que mejor lo entendáis, os pondré una comparación. Imaginemos que es Dios como un palacio muy grande y hermoso. ¿Por casualidad puede el pecador, para hacer sus maldades, apartarse de este palacio? No, por cierto; sino que dentro, en el mismo palacio, que es el mismo Dios, ocurren las abominaciones, deshonestidades y maldades que hacemos los pecadores. ¡Es posible que haya un atrevimiento más descabellado! Consideremos, hermanas, la gran misericordia y sufrimiento de Dios que no nos aniquila al instante, y démosle muchísimas gracias. Después de ver cómo nuestro Creador sufre tantas maldades de sus criaturas dentro de Él mismo, no nos quejemos cuando alguna vez digan, y quizás no con mala intención, alguna cosa contra nuestra persona estando ausentes nosotras.

¡Oh miseria humana! ¿Hasta cuándo, hijas, no imitaremos en algo a este gran Dios? No nos importe sufrir injurias, y de muy buena gana pasemos por todo y amemos a quien nos las hace, pues este gran Señor no nos ha dejado de amar a nosotras aunque le hayamos mucho ofendido, y así quiere que perdonemos al que nos agravia.

Yo os digo, hijas, que aunque pasa rápidamente esta visión, que es una gran merced de Nuestro Señor, si el

alma quiere aprovecharse de ella, trayéndola presente muy de ordinario.

Dios se comunica también al alma cuando de repente le muestra en sí mismo una verdad, que parece deja oscurecidas a todas las que hay en las criaturas. De esta manera le da claramente a entender que sólo Él es la verdad y que todo hombre es mentiroso, lo que no entendería jamás así por muchas veces que lo oyera. Acordaos de Pilatos, cuando preguntaba a Nuestro Señor qué es la verdad, y lo poco que entendemos acá de esta suma Verdad.

Saquemos de aquí, hermanas, esta enseñanza: que para conformarnos en algo con Nuestro Señor y Esposo, bueno será que mucho nos esforcemos por vivir siempre en la verdad. No digo sólo que no digamos mentira, que en eso, gracias a Dios, ya veo ponéis mucho cuidado en estas casas, no diciendo mentira por ninguna cosa; sino que nos mostremos tal como somos de verdad delante de Dios y de las personas, en especial no queriendo que nos tengan por mejores de lo que somos; y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo y a nosotras lo que es nuestro, y procurando mostrar en todo la verdad, y así tendremos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal perecedero.

Una vez estaba considerando por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y se me puso de súbito delante —a mi parecer sin considerarla— esta evidencia: que como Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad, que es gran verdad el saber que no poseemos nada bueno de nosotras, sino la miseria y el ser nada; y quien esto no entienda, vive en la mentira; y quien mejor lo entienda, más agrada a la suma Verdad, porque vive en ella. Quiera Dios, hermanas, nos haga la gracia de no salirnos jamás del propio conocimiento.

Estas son las mercedes que hace Nuestro Señor al alma que, como verdadera esposa, está determinada a hacer en todo su voluntad, para que conozca mejor alguna de sus grandezas y cómo hacer su voluntad. Alabemos al Señor por ello.

CAPÍTULO 11

Algunos deseos tan grandes e impetuosos que pone Dios en el alma de gozarle, que hacen peligrar la vida.

¿Bastarán todas estas gracias místicas que hace el Esposo al alma para que la mariposilla quede satisfecha y tome asiento donde ha de morir? No, por cierto; antes queda mucho peor. Aunque sean muchos los años que reciba estos favores, siempre gime y anda llorosa, porque de cada uno de ellos le queda mayor dolor. Y esto se debe a que como va conociendo más y más las grandezas de Dios y se ve tan desterrada e impedida de poder gozarle, crece mucho más el deseo y el amor, mientras más se le descubre lo que merece ser amado este gran Señor. Y al crecer durante estos años poco a poco este deseo, aumenta también la pena. He dicho años, aunque bien entiendo que a Dios no hay que ponerle plazos, que en un momento puede llevar a un alma a lo más subido. Poderoso es Su Majestad para todo lo que quiera hacer y deseoso está de hacer mucho por nosotros.

Estos grandes anhelos y lágrimas que proceden de nuestro amor, aunque sean tan grandes, no son nada en comparación con el fuego de que ahora hablaré, porque comparado con él, parece un fuego que está humeando y que se puede sufrir, aunque con pena. Pues llega un momento en que, estando el alma abrasada por estos suspiros e ímpetus, por un pensamiento que le viene, o por una palabra que oye de que se retrasa su muerte, sufre de repente un golpe, o siente que la atraviesa una flecha de fuego. No quiero decir que sea una flecha, mas cualquier cosa que sea, está claro que no procede de nuestro natural. Tampoco es golpe, aunque diga golpe; mas agudamente hiere. Y no se recibe donde se sienten acá las penas, sino en lo muy hondo e íntimo del alma, donde este rayo, que de presto pasa, en un punto ata las potencias de manera que no quedan con libertad para ninguna cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor.

Esta enajenación de sentidos y potencias, para todo lo que no es, acrecienta su aflicción. Porque el entendimiento está muy vivo para entender porque se siente tan ausente de Dios; y ayuda Su Majestad en aquel instante dándole un vivo conocimiento de Sí, que hace crecer la pena a tan alto grado, que llega la persona a prorrumpir grandes gritos. Y no es una pena del cuerpo, sino de lo interior del alma, y por eso mucho más grande. Algo parecido deben ser los sufrimientos que se padecen en el purgatorio, donde la ausencia del cuerpo no impide sufrir mucho más que todo lo que se sufre acá.

Yo conocí a una persona a la que le pasó esto [ella misma], que verdaderamente creía que se moría. Porque aunque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, sin calor natural y con el pulso tan lento que parece que el alma quisiese ya darse a Dios; y es tan grande su dolor que con otro poquito más hubiera cumplido el Señor sus deseos. Después queda dos o tres días sin fuerza para escribir, y con grandes dolores; y incluso me parece que queda para siempre el cuerpo con menos fuerza que antes. Y aunque el cuerpo se descoyunte, no lo siente, porque es mucho mayor el sentimiento interior del alma, que para nada hace caso del cuerpo; como cuando acá sentimos un dolor muy agudo en una parte del cuerpo, que hace que los otros se sientan poco. Es tan grande el dolor del alma que creo que no sentiría si la hiciesen pedazos.

Me diréis que tales deseos son señal de imperfección; que por qué no se conforma con la voluntad de Dios, pues tan rendida está a seguirla. Hasta aquí podía hacer eso, y con eso pasaba la vida. Ahora no, porque su razón está de suerte, que no es señora de ella, y no puede pensar sino en el motivo que tiene para sufrir, pues está ausente de su bien, que para qué quiere la vida. Siente una soledad extraña, porque ninguna criatura de la tierra le hace compañía, ni creo se la harían los del cielo como no fuese su amado, antes todo la atormenta. Se siente como una persona colgada en el aire, que no toca tierra, ni al cielo puede subir; abrasada con sed y sin poderse allegar al agua; y no sed que se pueda sufrir, sino en tal extremo que

con ninguna cosa se le quita, ni quiere que se le quite, si no es con el agua de que habló Nuestro Señor a la Samaritana, y esa no se la dan.

¡Oh, Señor, cómo apretáis a vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dais después. Bien es que lo valioso cueste mucho. Cuánto más si es para purificar al alma y hacer que entre en la séptima morada, como los que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio. Es tan poco en comparación con la ganancia este padecer, como lo es una gota de agua respecto del mar. Es tan preciada su pena, que entiende muy bien que no la merece; y aunque no le alivie ninguna cosa, mas con esto la sufre de muy buena gana y la sufriría toda su vida, si Dios fuese de ello servido; aunque no sería morir de una vez, sino estar siempre muriendo, que verdaderamente no es menos.

Pensemos, hermanas, en los condenados en el infierno, que no están con esta conformidad, ni con este contento y gusto que pone Dios en el alma, ni viendo ser ganancioso este padecer, sino que siempre padecen más y más, digo más y más cuanto a las penas accidentales. Siendo el tormento del alma mucho más recio que los del cuerpo y los que ellos pasan mucho mayores sin comparación que éste que aquí he dicho, y considerando que han de ser para siempre jamás, ¿qué será de estas desventuradas almas? ¿Y qué no podremos padecer y hacer en esta vida tan corta, que no sea en comparación nada, para librarnos de tan terribles y eternos tormentos? Es imposible dar a entender cuán sensible cosa es el padecer del alma, y cuán diferente al padecer del cuerpo, si no se pasa por ello; y quiera el mismo Señor que lo entendamos, para que más conozcamos lo mucho que le debemos en traernos a este estado, en el que, por su misericordia, tenemos esperanza de que nos ha de librar y perdonar nuestros pecados.

Pues volviendo a la pena de que hablamos, ¿pensáis que se puede resistir? No más que si metida una persona en el fuego, quisiese hacer que la llama no tuviese calor para quemarla. Es tan grande su pena que no la puede disimular y los que la acompañan se dan cuenta del gran peligro en corre, aunque no sepan lo que ocurre en su interior; es

verdad que la hacen compañía, pero como si fuesen sombras, y así le parecen todas las cosas de la tierra.

Y para que veáis cómo interviene nuestra naturaleza debilitada en esos momentos, acaece a veces que estando el alma como habéis visto —que se muere por morir cuando aprieta tanto el deseo, que ya parece que para salir del cuerpo no le falta casi nada—, verdaderamente le entra miedo y querría disminuyese la pena por no acabar de morir. Bien se ve cómo este miedo procede de nuestra flaqueza natural. A pesar de este miedo natural a morir, no desaparece el deseo de morir ni la pena hasta que la quita el mismo Señor, generalmente por medio de algún éxtasis o de alguna visión, donde el verdadero Consolador la fortalece, para que quiera vivir todo lo que Él quiera.

Cosa penosa es ésta, mas queda el alma con grandes beneficios, como el no temer a todos los trabajos que le puedan suceder; porque le parecen son nada en comparación con la pena tan grande que sintió su alma. Queda tan favorecida, que desearía padecer esta pena muchas veces. Mas tampoco eso puede en ninguna manera, hasta que el Señor quiera, como no pudo resistirla cuando le vino. Queda con mucho mayor desprecio del mundo y mucho más desasida de las criaturas que antes, y con gran temor y cuidado de no ofender al Señor.

MORADAS SÉPTIMAS

Contiene cuatro capítulos

CAPÍTULO 1

Las grandes mercedes que hace Dios a las almas que han entrado en las séptimas moradas.

Os parecerá, hermanas, que tanto se ha dicho de este camino espiritual, que no queda nada más por decir. Gran error sería pensar así; pues si la grandeza de Dios no tiene

término, tampoco lo tienen sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Imposible. Harta misericordia nos hace con habernos comunicado estas cosas, para que más alabemos su grandeza y más valoremos el precio de cualquier criatura hecha a imagen de Dios, y así entendamos los grandes secretos encerrados en ella.

Quiera Su Majestad sepa explicar algo de lo mucho que hay que decir sobre esta morada. Harto se lo he suplicado, pues no intento más que publicar sus misericordias, para que más sea alabado y glorificado. Y mucho importa que pongáis todos los medios de vuestra parte para que podáis celebrar este matrimonio espiritual con vuestro Esposo, pues tantos bienes trae consigo como veréis.

Cuando Nuestro Señor le place satisfacer los deseos del alma que tanto padece por desear unirse con Él, y que espiritualmente ya ha tomado por esposa, para consumir con ella el matrimonio espiritual la introduce en la séptima morada, en la estancia del alma donde sólo Dios mora.

Sabed, hermanas, que no es el alma algo lóbrego y oscuro, pues incluso el alma que no está en gracia, no está oscura por falta del Sol de Justicia, pues Él habita en ella dándole el ser, sino por estar incapacitada para recibir su luz. Y así el alma en pecado mortal está como en una cárcel oscura, atada de pies y manos, ciega y muda, inhabilitada para hacer ningún bien digno de merecer. Con razón debemos compadecernos de ella y considerar como en algún tiempo también nosotras nos vimos así y que también el Señor puede tener misericordia de ella. Pongamos especial cuidado en suplicárselo, pues es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal. Porque están como una persona que estuviese con las manos encadenadas por la espalda y amarradas a un poste, aunque tuviese comida a su lado, moriría de hambre si alguien no se la llevase a la boca. ¿No manifestaría gran crueldad aquél que se quedase mirándola sin llevarle nada a la boca? Pues algo parecido ocurre cuando no oramos por los pecadores, es imposible que se vean libres de sus cadenas para poder merecer. Por eso os pido, por amor de

Dios, que siempre os acordéis en vuestras oraciones de las almas que están en pecado mortal.

Pero ahora hablemos de las almas, que por la misericordia de Dios, han hecho penitencia de sus pecados y que están en gracia. En estas almas hay todo un mundo interior donde caben tantas y tan lindas moradas, como habéis visto; y sobre todo una donde habita Dios.

Cuando el Señor quiere consumir con el alma divino matrimonio, la mete en su morada, y se comunica con ella, no como otras veces, por medio de los éxtasis que vimos o de la oración de unión, en que el alma ninguna cosa entiende, pues todas sus potencias se pierden. En esta última morada es de otra manera: Dios la junta consigo, haciéndola gozar de verse tan cerca de Él. Al alma se le muestra por visión intelectual la Santísima Trinidad, de tal forma que llega a entender verdaderamente como las tres Personas tienen una misma naturaleza, son un solo poder, un solo saber y un solo Dios; de manera que lo que creemos por fe, en esta morada lo conoce el alma, podríamos decir, porque lo ve, aunque no con los ojos del cuerpo ni los del alma, pues no es una visión imaginaria. Las tres Personas hablan con ella y le dan a entender lo que el Señor dijo en el Evangelio: que vendrían a morar en el alma que ama a Dios y guarda sus mandamientos.

¡Oh Señor! Qué gran diferencia hay entre creer estas palabras a conocer verdaderamente lo ciertas que son! Cada día se asombra más el alma, porque claramente ve cómo estas Personas están en su interior haciéndola compañía, en lo más íntimo de ella, aunque no sepa decir cómo.

Según esto os parecerá que el alma estará fuera de sí, tan embelesada que no podrá entender en ninguna otra cosa. No es así, sino que entiende mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios. Y cuando cesan las ocupaciones, queda con esta agradable compañía. Si el alma no falta a Dios, jamás Él dejará de manifestar su presencia. Y el alma está convencida de que no será abandonada, y así es de esperar, aunque va con más cuidado que nunca para no desagradarle en nada.

Su estado se asemeja al de una persona que estando en una habitación junto con otras, si cierran las ventanas y se quedan a oscuras, no por eso deja ella de sentir la compañía de las demás. Con el alma ocurre algo parecido; harta misericordia tiene Nuestro Señor de estarse siempre con ella, haciéndola sentir su presencia, aunque no lo sepa explicar con el entendimiento.

Al hacerla sentir su presencia, Dios quiere disponer más el alma, animándola a proseguir en el camino de la perfección y quitándole el temor que algunas veces tenía. Y así es en verdad, que en todo mejora, y por muchos trabajos y ocupaciones que tenga, el centro de su alma jamás sale de esta morada. De esta forma le parece como si su alma estuviese dividida: mientras una parte soporta grandes trabajos, a manera de Marta, el centro de su alma goza con gran quietud de la divina compañía, como María.

Tal vez os parecerá esto un disparate, mas verdaderamente ocurre así, aunque se entiende que el alma está toda junta.

CAPÍTULO 2

La diferencia que hay entre la unión espiritual y el matrimonio espiritual. Cómo muere aquí la mariposilla.

Pues hablemos ahora del divino y espiritual matrimonio. Hay que precisar antes que esta gran gracia nunca la podremos vivir con perfección en esta vida, pues siempre tendremos el peligro de apartarnos de Él.

Cuando por primera vez Dios hace esta merced al alma, le muestra su sacratísima Humanidad, para que sea completamente consciente del soberano don que recibe. Aunque en otras personas lo podrá hacer de otra manera, a esta persona de quien hablamos [alude a ella misma], se le apareció el Señor al acabar de comulgar, con gran resplandor, hermosura y majestad, como cuando estaba después de resucitado, diciéndola que ya era tiempo de que tomase las cosas de Él por suyas, que Él se encargaría

de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir.

Fue tan diferente esta aparición del Señor de las anteriores, que quedó sobresaltada. Diferente por la gran fuerza que tenía esta visión; por las palabras que le dijo y porque acontecía en lo más interior de su alma. Tan enorme es la diferencia entre las visiones pasadas a las de esta morada, como diferente es el desposorio [o noviazgo] espiritual del matrimonio espiritual.

Aunque ponga estas comparaciones, porque no se me ocurren otras más a propósito, entiendo que en el matrimonio espiritual para nada participa el cuerpo, como si el alma no estuviese en él. Esta secreta unión ocurre en lo más interior y centro del alma, donde está el mismo Dios. El Señor en su Humanidad se aparece en el centro del alma de una forma mucho más delicada que las anteriores, tal como se apareció a los apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: *Paz a vosotros*. Es un misterio tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios al alma en un instante, y tan grande el deleite que siente el alma, que no sé a qué compararlo, sino a que quiere el Señor darla a conocer en la forma más subida la gloria que tiene en el cielo. Al fin, el alma queda hecha una cosa con Dios.

De esta forma, pues, quiere mostrarnos el amor que nos tiene, para que alabemos su grandeza, porque tanto ha querido juntarse con la criatura, que así como los casados ya no se pueden separar, no quiere el Señor separarse de ella.

No ocurre así en el desposorio espiritual [o noviazgo], el cual es muy diferente, pues muchas veces terminan por separarse los desposados [o novios]. Lo mismo ocurre en la unión espiritual; porque, aunque unión es juntarse dos cosas en una, en fin, se pueden separar y quedar cada una por su cuenta. Así pasa en este tipo de unión, cuando pasa de presto la merced del Señor, después el alma queda sin sentir la compañía divina.

En el matrimonio espiritual no pasa esto; porque para siempre Dios se hace sentir en el centro del alma. Para que lo entendáis, la unión espiritual es como si dos velas de cera se juntasen tanto, que pareciesen que irradian una sola luz; mas después se pueden separar una vela de la otra. Y el matrimonio espiritual es como si lloviese agua del cielo en un río, en que ya no se pueden separar el agua del río, de la que cayó del cielo; o como el agua de un arroyo que desemboca en el agua del mar, ya nunca se podrán separar; o como si en una habitación hubiese dos ventanas por donde entrase la luz; aunque la luz entra dividida, se hace todo una misma luz.

Quizá es esto lo que quería indicar San Pablo: *El que se allega a Dios, se hace un mismo espíritu con Él*, por este soberano matrimonio. Es decir, llegamos a hacernos un espíritu con Dios si le amamos. Y también dice: *Para mí vivir es Cristo, y morir ganancia*; así me parece lo puede decir aquí el alma, porque es el momento en que la mariposilla muere con grandísimo gozo, porque su vida ya es Cristo.

Y esto se conoce mejor conforme pasa el tiempo por los efectos que deja, porque el alma conoce y siente tan claramente que es Dios quien da vida a nuestra alma, que de ninguna manera lo puede dudar, aunque no lo sepa explicar. Es tan intenso el sentimiento que le produce que a veces la hace exclamar: ¡Oh, vida de mi vida y sustento que me sustentas! Y palabras parecidas. Porque de ese centro donde está Dios sustentando el alma, salen unos rayos que calientan todo el castillo; como si quisiese el Señor que toda el alma se goce de alguna manera de lo mucho que goza lo más profundo de ella. Y así las potencias [el entendimiento, la memoria y voluntad] se gozan de lo mucho que reciben del interior del alma. El alma permanece así en su centro sin perder la paz.

De esta forma Jesucristo Nuestro Señor hace por el alma lo que una vez hizo por sus apóstoles, cuando suplicó a su Padre que fuesen una sola cosa con Él, tal como Él estaba en el Padre y el Padre en Él. ¡No sé qué mayor amor puede haber que éste! Y aquí estamos incluidos todos, porque así

lo quiso Jesucristo: *No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mi también*, y dice: *Yo estoy en ellos*.

¡Oh, Jesucristo, qué verdaderas son tus palabras, y cómo se cumplirían si no fuese por nuestra culpa, pues las palabras nuestro Rey y Señor no pueden fallar! Mas como fallamos por no disponernos y por no desviarnos de todo lo que puede entorpecer esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, donde nuestra imagen está esculpida.

Una vez que mete el Señor al alma en esta morada suya, que es el centro de ella misma, nada la turba ni le quita la paz. Pero esto no significa que el alma esté ya segura de su salvación y de no tornar a caer. No digo tal cosa, sino que ella se siente segura mientras Dios no la deje de su mano y ella no le ofenda. Aunque hayan pasado años desde que entró en esta morada, no se tiene por segura, sino que anda con mucho más temor que antes, guardándose de hacer la más pequeña ofensa a Dios, y vive con gran deseo de servirle, y con pena y confusión de ver lo poco que puede hacer y lo mucho a lo que está obligada; que no es pequeña cruz, sino gran penitencia.

Con esto, no penséis que las potencias y sentidos y pasiones están siempre en esta paz; el alma sí; mas en esas otras moradas no deja de haber períodos de guerra, de trabajos y fatigas; mas son de tal manera que no le quitan la paz.

Decir que hay trabajos y penas, y que el alma está en paz, es cosa difícil de entender. Por ello os pondré algunas comparaciones.

Está el rey en su palacio, y hay muchas guerras en su reino y otras muchas desgracias, pero no por eso deja de permanecer en su puesto; en el alma ocurre lo mismo, aunque en las otras moradas haya mucho ruido y alboroto, y fieras venenosas, nada llega al centro del alma que la haga salir de sí. Las cosas que oye, aunque le den pena, no la alborotan ni quitan la paz, porque las pasiones las tiene

vencidas, de suerte que tienen miedo de entrar allí, porque salen más vencidas todavía.

Nos duele todo el cuerpo; mas si la cabeza está sana, no porque duele el cuerpo, dolerá la cabeza. Me río de las comparaciones que he puesto, las cuales no me satisfacen, mas no sé poner otras.

CAPÍTULO 3

Los grandes efectos que produce el matrimonio espiritual: olvido de sí; deseo de padecer; gran gozo interior; gran deseo de servirle y no de morir; desasimiento de todo; y no temer las argucias del demonio.

Ahora podemos decir que esta mariposica murió muy alegre por haber encontrado su reposo, y que vive en ella Cristo. Veamos qué vida lleva, o en qué se diferencia de cuando vivía; porque en los efectos veremos si es verdadero el matrimonio espiritual. A mi parecer, estos son los efectos:

El primero es un gran olvido de sí, estando el alma tan transfigurada que no parece ser ella, sino que está hecha una cosa con Dios; porque se comporta de tal manera que no le preocupa si va a ir al cielo, ni se fija en su persona, sino que lo único que le interesa es que Dios sea glorificado, como si las palabras que le dijo se hubiesen puesto en práctica: que mirase por sus cosas, que Él miraría por las suyas. Y así, como si ya no existiese, no le importa lo que le pueda ocurrir a su persona, y no se busca en nada a sí misma, excepto en lo que tiene que poner de su parte para dar gloria a Dios, que por esto entregaría muy de buena gana su vida.

Estamos hablando de cosas interiores; no penséis, por tanto, que a esta alma ya no le preocupa si tiene que comer o dormir, ni que abandonará los deberes a los que le obliga su estado. Aunque le apena ver lo poco que puede, no dejará de hacer por nada del mundo lo que ve que es voluntad del Señor.

El segundo efecto es un deseo de padecer muy grande, pero no de manera que la inquiete como antes solía suceder; porque es en tan grande el deseo que tiene de que se haga la voluntad de Dios en ella, que todo lo que Él hace lo tiene por bueno: si quiere que padezca, enhorabuena; y si no, no se inquieta.

Sienten también estas almas un gran gozo y una gran paz interiores cuando son perseguidas, no mostrando ninguna enemistad con las personas que les hacen el mal o se lo desean hacer, antes les cobran un amor particular; de manera que si los ven en alguna desgracia, lo sienten tiernamente, y harían todo lo posible porque se librasen de ella; rezan por ellas fervientemente, y estarían dispuestas de muy buena gana a perder las mercedes que Dios les hace para que se las hiciese a ellas y para que no ofendiesen más a Nuestro Señor.

Ya habéis visto los trabajos y angustias que han padecido estas almas por querer morirse y gozar de Nuestro Señor. Pero ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, de que sea alabado, y de ayudar a las almas, que ahora no sólo no desean morirse, mas desearían vivir muchos años padeciendo grandísimos trabajos con tal de que el Señor sea alabado por ellas, aunque no sea más que un poco. Y si estuviesen seguras de que al salir su alma del cuerpo, de que han de gozar inmediatamente de Dios, apenas les importaría; pues no desean su gloria, sino ayudar en algo al Crucificado, sobre todo cuando ven las muchas ofensas con que se le ofende, y los pocos que hay que de veras miren por su gloria. Verdad es que algunas veces se olvidan de esto, y les vuelven con fuerza los deseos de gozar de Dios y de salir de este destierro, en especial cuando ven lo poco que le sirven; pero pronto aceptan contentas el querer vivir, y se lo ofrecen al Señor como la ofrenda más costosa que le puedan hacer.

Y así los deseos de estas almas no son ya de regalos ni de gustos. Como vive en ellas el mismo Señor, cuya vida no fue sino continuo tormento, de este modo hace que sean sus vidas, al menos en los deseos, pues las trata

como a frágiles en lo demás; aunque bien las llena de su fortaleza cuando la necesitan.

El Señor les concede un gran desasimiento de todo y un gran deseo de estar siempre a solas con Él y de estar ocupadas en algo que redunde en beneficio de prójimo. No les da sequedades ni trabajos interiores, sino les hace sentir su tierna presencia, lo que les hace estar siempre alabándole; y cuando se descuidan, el mismo Señor la despierta desde el interior del alma, con unos ímpetus muy suaves, que no proceden del pensamiento, ni de la memoria, ni de cosa que pudiera dar a pensar que la criatura hizo algo de su parte.

Por cierto, aunque no se lograra tras este camino de oración otra ganancia que la de reparar en el gran deseo que tiene Dios de comunicarse con nosotros y de que nos estemos con Él, me parece que estarían bien empleados cuantos trabajos se pasan por gozar de estos toques de su amor, tan suaves y penetrantes.

Estos deseos del Señor son muy manifiestos cuando el alma llega a tener oración de unión. Cuando esto os suceda, por nada del mundo dejéis de corresponderle, aunque estéis ocupadas exteriormente o conversando con algunas personas. Por tratarse de un diálogo interior, es muy fácil entonces hacer un acto de amor, o decir como San Pablo: *¿qué queréis, Señor, que haga?* Dios escuchará vuestra petición y os enseñará cómo tenéis que agradarle en ese momento, y además, os pondrá suavemente en disposición para que podáis hacer su voluntad resueltamente.

Esta es la gran diferencia que hay en esta morada de las anteriores: que ya no sufre el alma esa sequedad o alboroto interior que solía tener en ciertos momentos, sino que está el alma en quietud casi siempre. Ya no teme las astucias del demonio, sino que esta segura con su Dios; porque no tienen que ver aquí los sentidos ni las potencias. El Señor se ha manifestado al alma y la ha metido consigo, en donde, a mi parecer, no osará entrar el demonio ni le será permitido. Es tanta la quietud y la paz con que Dios enseña y aprovecha al alma, que en esta morada suya sólo

Él y el alma se gozan con grandísimo silencio. Para nada tiene que moverse el alma ni buscar con el entendimiento, pues el Señor la sosiega, sin que la persona deje por ello de estar atenta a lo que pasa a su alrededor. Aquí las potencias no se anulan, mas están como atónitas, pero no suspensas, de tal forma que los éxtasis se dan muy raramente. Tampoco se conmueve el alma como solía hasta arrobarse, cuando ve una imagen devota, cuando oye un sermón o escucha una canción religiosa. Ahora ya no siente esta flaqueza, que le causaba harto trabajo, por que ya halló su reposo y porque goza de tal compañía que ya no se asombra de nada.

Todos estos efectos concede Dios al alma que se allega a Él. Aquí esta cierva herida bebe de las aguas abundantemente. Aquí se deleita en el tabernáculo de Dios. Aquí halla su reposo la paloma tras pasar las tempestades de este mundo. ¡Oh Jesús! Y icuán grande es la paz con que vive el alma!

Mas ¿qué sienten estas almas cuando ven que todavía podrían por negligencia verse privadas de su gran bien, de Dios Nuestro Señor? Esto les hace andar más cuidadosas y procuran sacar fuerzas de su flaqueza, para no dejar de hacer cosa que se les ofrezca para más agradarle. Mientras son más favorecidas de Su Majestad, más andan acobardadas y temerosas de sí. Y como por estas grandes mercedes han conocido más sus miserias y más graves les parece que son sus pecados, andan muchas veces que no osan alzar los ojos, como el publicano; otras veces andan con deseos de acabar la vida por verse ya seguras de estar con el Señor, aunque después vuelven, por el amor que le tienen, a querer vivir para servirle, como queda dicho, poniendo toda su confianza en su misericordia. Por último, otras veces se sienten anonadadas por las grandes mercedes que han recibido, pues temen les pueda suceder lo que a una nave excesivamente cargada, que se vaya a lo hondo.

Yo os digo, hermanas, que no les falta cruz, salvo que no las inquieta ni les hace perder la paz. Si les sobrevienen repentinamente algunas tempestades, como si les pasase

una ola, pronto vuelve la bonanza; que la presencia del Señor que experimentan hace que luego se les olvide todo. Sea por siempre bendito y alabado de todas sus criaturas. Amén.

CAPÍTULO 4

Lo que pretende Nuestro Señor al hacer tan grandes mercedes al alma. Cómo es necesario que anden juntas Marta y María.

No penséis, hermanas, que siempre se dan estos efectos en el alma; que algunas veces la deja Nuestro Señor en su natural miseria, y no parece sino que entonces se juntan todas las fieras ponzoñosas de los alrededores y de las moradas de este castillo para vengarse de ella.

Verdad es que esto no dura mucho: un día lo más, o poco más; y en el gran alboroto que produce se ve lo que gana el alma con la buena compañía que tiene, porque le da el Señor una gran entereza para no dejar en nada de servirle con gran determinación. Con estas aprietos quiere Nuestro Señor que el alma no se olvide de su miseria, para que siempre esté humilde, y para que entienda más lo que debe a Su Majestad, la gran gracia que recibió, y le alabe por ello.

Tampoco penséis que por tener estas almas tan grandes deseos y estar muy determinadas a no caer en ninguna imperfección por nada del mundo, que no caen muchas veces en ellas y que no cometen pecados. Bien es verdad que estos no son plenamente advertidos, pues les da el Señor particular fortaleza para no cometerlos. Me refiero a los pecados veniales, pues de los mortales están libres, aunque no seguras, e incluso algunas veces dudan si los habrán cometido, lo cual les causa no pequeño tormento.

Gran tormento también les produce a estas almas ver como se pierden las almas; y aunque en alguna manera tienen gran esperanza que esto no les sucederá a ellas, cuando se acuerdan de algunos que parecían tan favorecidos del Señor, como el rey Salomón, no pueden

dejar de temer. Por tanto, la que se sienta más segura de entre vosotras que se ha de salvar, más debe temer, porque como dice David: *Bienaventurado el que hombre que teme al Señor*. No tenemos otra seguridad mayor que suplicárselo continuamente, para que no le ofendamos. Sea por siempre alabado.

Bien estará ahora que os diga, hermanas, cuál es fin que persigue Dios al conceder tan grandes mercedes en este mundo. No penséis que es para únicamente regalar a estas almas, pues eso constituiría una gran equivocación; porque no puede el Señor hacernos mayor merced al darnos la vida, que poder imitar la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo por cierto que estas mercedes son para fortalecer nuestra flaqueza y poderle imitar en el mucho padecer.

Y así, podemos ver como los que más cercanos han estado de Nuestro Señor Jesucristo han sido siempre los que más han sufrido trabajos: miremos sino los que pasó su gloriosa Madre y los gloriosos apóstoles. ¿Cómo pensáis que pudo sufrir San Pablo tan grandes trabajos? Por él podemos ver los efectos que dejan las verdaderas visiones y la contemplación de Nuestro Señor, cuando son verdaderas y no fruto de la imaginación o engaño del demonio. ¿Por ventura se escondió San Pablo para gozar de aquellas mercedes y no preocuparse de ninguna otra cosa? Ya veis que no tuvo un día de descanso, que incluso por la noche se ganaba trabajando su sustento. También me gusta recordar a este respecto a San Pedro, cuando iba huyendo de la cárcel y se le apareció Nuestro Señor, diciéndole que iba a Roma a ser crucificado otra vez, porque rehuía padecer por Él. ¿Qué hizo San Pedro después de recibir esta merced del Señor? Se fue resuelto al martirio.

Y así, hermanas, el alma que ha recibido del Señor dones tan particulares, muy olvidada está de su descanso y muy poco le importa ser admirada y considerada. Porque si está habitualmente con Él, poco se acuerda de sí; toda su preocupación la pone en cómo más podría agradarle y encontrar la forma de demostrarle el amor que le tiene.

Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras.

Esta es la verdadera señal de que se trata de una merced del Señor, porque poco me aprovecha estarme muy recogida a solas con Nuestro Señor, proponiendo y prometiendo hacer maravillas en su servicio, si cuando salgo de allí, al presentarse la ocasión, lo hago todo al revés. Mal he dicho de que aprovecha poco, que todo el tiempo que estamos con Dios aprovecha mucho; y aunque seamos débiles para cumplir tales determinaciones, alguna vez nos dará Su Majestad fuerza para cumplirlas, e incluso, quizás, aunque nos pese, como acaece muchas veces: que cuando ve un alma muy cobarde, le da harto trabajo contra su voluntad, y la saca de él con ganancia; y de esa manera más pierde el miedo que antes tenía para ofrecerse del todo a Él.

Por tanto, cuando dije que poco aprovecha, fue para compararlo con la persona cuyas obras son conformes a los deseos y las palabras, en la que por supuesto estarse en oración le aprovecha muchísimo más. La que no pueda con tanto, que trate de llegar a ello poco a poco, doblando paulatinamente su voluntad si quiere que la oración le aproveche: que no faltarán abundantes ocasiones para que lo pueda lograr.

Mirad que importa mucho esto. Poned los ojos en el Crucificado y todo se os hará poco. Si Su Majestad nos mostró su amor con espantosas obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios y estar marcados con su hierro, el de la cruz, pues le entregaron su libertad y Él los puede tratar como esclavos de todo el mundo, como Él lo fue; que no les hace ningún agravio sino gran merced. Y si a esto no se determinan, no piensen que aprovecharán mucho, porque todo este edificio está cimentado en la humildad; y si ésta no es verdadera, el Señor no querrá, por vuestro bien subiros muy alto, para que no deis del todo en el suelo. Así que, hermanas, si queréis tener buenos cimientos, procurad ser la menor y la esclava de todas, atentas a cómo agradarlas y servir las;

pues lo que hagáis de esta manera, lo hacéis más por vosotras que por ellas, ya que estáis poniendo piedras muy firmes para que no se os caiga el castillo.

Insisto en que para todo esto es necesario no poner vuestro fundamento en solo rezar y contemplar; porque, si no procuráis las virtudes y ejercitaros en ellas, os quedareis enanas y aun, quiera Dios, que sólo dejéis de crecer, porque ya sabéis que quien no crece, decrece; pues es imposible que el amor se contente con esto.

Os parecerá que hablo de los que comienzan, y que después, que ya podrán descansar. Ya os he dicho que el sosiego que tienen estas almas es en lo interior, que mucho menos lo tienen, y no hay que quererlo tener, en lo exterior. ¿Para que pensáis que son esas inspiraciones y deseos, y aquellos mensajes que envía el alma desde su centro a la gente de arriba del castillo y a las otras moradas? ¿Son para que se echen a dormir? No, sino para darles más guerra, para que no estén ociosos el cuerpo, las potencias y los sentidos. Hasta esta última morada el alma no sabía apreciar la ganancia tan grande que traen los trabajos, pues han sido medios de que Dios se ha valido para llevarla hasta allí. Y al mismo tiempo, la compañía de Dios de que ahora goza, le alcanza grandes fuerzas para soportarlos. Si con los santos seremos santos, tal como dice David, no hay duda de que al estar el alma hecha una cosa con el fuerte, por esta unión tan soberana, se le ha de pegar algo de su fortaleza, y así lo comprobamos en la fortaleza que han tenido los santos para padecer y morir.

Y esta fortaleza que se le pega al alma se transmite en algún grado a todos los que están en el castillo, y aun al mismo cuerpo, que parece que no se siente e incluso se haya animoso, influido por la energía del alma que ha bebido del vino de esta bodega, a donde la ha traído su Esposo. Y así gran mala fortuna tiene el cuerpo mientras vive; porque, por mucho que haga, es mucho mayor la fuerza interior y la guerra que se le da. De esta fuerza interior proceden las grandes penitencias que hicieron los santos, como las de María Magdalena; o las ansías y grandes trabajos que pasaron Santo Domingo y San

Francisco por ganar almas para Dios, olvidándose de sí mismos.

Esto, hermanas mías, es lo que debemos procurar al ejercitarnos en la oración, no el gozar sino tener fuerzas para servir. No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos a la menor ocasión; y sería ingenuo pensar que alcanzaremos estas mercedes de Dios por camino distinto del que el Señor anduvo y han ido todos sus santos. Que Marta y María han de andar siempre juntas para poder dar buen hospedaje al Señor, dándole de comer, si quieren tenerle siempre consigo. ¿Cómo se lo daría María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no le sirviera? El manjar que el Señor nos pide es que le ganemos almas para que se salven y siempre le alaben, por cuantos medios podamos.

Me podréis objetar que el Señor dice que María escogió la mejor parte. Pero antes ya había hecho el oficio de Marta, regalando al Señor al lavarle los pies y limpiarlos con sus cabellos. ¿Y pensáis que no sería poca mortificación irse por esas calles sola y entrar en donde nunca había entrado, y sufrir la murmuración del fariseo, y otras muchas que debió sufrir? Pues era imposible que tan mala gente no murmurase de esta mujer recordando la vida que había llevado, ahora que trataba de demostrar su amor hacia el Señor, a quien ellos tanto aborrecían.

Yo os digo, hermanas, que si escogió la mejor parte es porque escogió grandes trabajos y mortificaciones por acompañar y regalar a su Maestro tan aborrecido. Así fueron los muchos que pasó al pie de la cruz. Tengo para mí que si no murió martirizada fue por haber recibido ya el martirio viendo morir al Señor, y por verse tan privada de Él en los años que vivió después, lo que le producía terrible tormento. Por tanto, está claro que no estuvo siempre en consolación y contemplación a los pies del Señor.

Me podréis objetar además, para no tener que obrar, que no podéis ni sabéis cómo ganar almas para Dios; que lo haríais de muy buena gana si pudieseis, pero que no podéis predicar ni enseñar como hacían los Apóstoles. Ya os he dicho que algunas veces nos inspira el demonio

grandes deseos para que no prestemos atención a los medios ordinarios que tenemos para servir a Nuestro Señor, y de esta forma nos contentemos con haber deseado los imposibles. Aparte de que por la oración podéis ganar muchas almas para Él, no tratéis directamente de ayudar y de mejorar a todo el mundo, sino a las hermanas que viven con vosotras, de las que os sentís responsables y a las que estáis más obligadas. ¿Pensáis que ganaréis poco en humildad, mortificación, y ejercicio de las virtudes, por tener que servir las, mostrando una gran caridad para con ellas, y de esta manera, un gran amor hacia el Señor? Mucho le agradaréis si obráis de esta manera; y Él entenderá con ello que mucho más haríais si tuvieseis la oportunidad; y así os lo premiará, como si le ganaseis muchas almas predicando.

Diréis que esto no es convertir almas, porque todas vuestras hermanas ya lo están. ¿Quién os hace pensar así? Mientras mejores sean, más agradables serán sus alabanzas al Señor, y más aprovechará su oración al mundo. En fin, hermanas mías, no construyamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y conforme hagamos lo que podamos, hará Su Majestad que podamos hacer más cada día, con tal que no nos cansemos. Poco dura esta vida, y quizás será más corta de lo que cada una piensa. Ofrezcamos a Dios, por la oración y las obras, todo el sacrificio que podamos, que el Señor lo juntara con el que ofreció en la cruz por nosotras al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad e intención hayan merecido, aunque sean pequeñas las obras.

Quiera Dios, hermanas e hijas mías, que nos veamos todas en el cielo para alabarle siempre. Quiera también que me dé la gracia de que haga yo algo de lo que os digo, por los méritos de su Hijo. Y así os pido, llena de confusión, que no os olvidéis en vuestras oraciones de esta pobre miserable.

JESUS.— Aunque sentí gran repugnancia y contradicción al comenzar a escribir estas reflexiones, después de haberlo acabado me ha alegrado mucho, y por ello doy por

bien empleado el trabajo. Viendo lo pequeños que son los conventos donde vivís, mis hermanas, pienso que este escrito os servirá de consuelo para poder pasearos por este castillo interior.

Verdad es que no en todas las moradas podéis entrar por vuestras fuerzas, aunque os parezca las tenéis grandes, si no os mete el mismo Señor del castillo. Por eso os aviso, que ninguna fuerza pongáis por entrar, ni le hagáis resistencia, porque le enojareis de tal manera que os impedirá entrar en ellas. Que es muy amigo de la humildad. Si os consideráis que no sois dignas de entrar ni en las terceras moradas, más le ganareis pronto la voluntad para que os meta en las quintas; y si le servís con perseverancia, os acabará metiendo en la misma morada que tiene para Si, de donde no saldréis mas, excepto si os llama la priora, cuya voluntad quiere tanto este gran Señor que cumpláis, como la suya misma. Y aunque mucho estéis fuera por su mandato, siempre que retornéis os tendrá abierta la puerta. Una vez que os hayáis adentrado en lo profundo de este castillo, en todas las cosas hallareis descanso, aunque sean de mucho trabajo.

Aunque no se trata más que de siete moradas, en cada una de estas hay muchas otras, con lindos jardines y fuentes y cosas tan deleitosas, que os desharéis en alabanzas a Dios, pues os creó a su imagen y semejanza. Si algo hallaréis de bueno en este escrito, creed verdaderamente que lo dijo el Señor; y lo malo que encontréis, es dicho por mí. Y si alguna cosa errada halláis, será porque no sé expresarme bien, y en todo me sujeto a la Santa Iglesia Católica Romana, en la que vivo, creo, y quiero morir. Sea Dios Nuestro Señor por siempre alabado y bendito. Amen.

Se acabó de escribir

en el monasterio de San José,
de Ávila,
año 1577,
vísperas de San Andrés
para gloria de Dios que vive
y reina por siempre.
Amen.